

Bianca
LOS CORRETTI
KATE HEWITT
Herencia de infamia
HARLEQUIN

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Herencia de infamia, n.º 92 - mayo 2014
Título original: An Inheritance of Shame
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4308-0
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

Ya era suyo. Bueno, casi suyo… Angelo Corretti iba a firmar al día siguiente los documentos que transferían la propiedad del hotel Corretti Palermo de la empresa Corretti Enterprises a Corretti Internacional, su grupo empresarial.

Le parecía muy irónico que pasara de un Corretti a otro. Pero en realidad no eran lo mismo.

Se paseó por el vestíbulo del hotel.

Los botones lo reconocieron y se enderezaron al instante. La recepcionista lo miró también con algo de aprensión, parecía estar lista para responder si él la necesitaba. No se había presentado aún a ninguno de los empleados del hotel, pero estaba claro que sabían quién era. Había estado entrando y saliendo de las oficinas de la empresa Corretti durante casi una semana, organizando reuniones con los principales accionistas. No habían tenido más remedio que entregarle las riendas del hotel más importante de la empresa hotelera. Después de todo, el director general seguía ausente y Angelo tenía la mayoría de las acciones.

Al final, todo había sido mucho más simple de lo que había previsto. Sabía que bastaba con dejar a los Corretti solos durante un tiempo para que acabaran por pelearse entre ellos. No parecían ser capaces de evitarlo.

–¿Señor? ¿Señor Co… Corretti? –lo saludó entonces la recepcionista acercándose a él.

No le sorprendió que le costara dirigirse a él. Después de todo, estaban en Sicilia y allí los Corretti eran la familia más conocida y poderosa. Además de protagonizar todo tipo de escándalos. Pero sentía que él no era uno de ellos.

«Aunque sí lo eres», se recordó Angelo.

Sin poder evitarlo, sintió cómo recorría su cuerpo una ira que ya le resultaba demasiado familiar. Él era uno de ellos, pero oficialmente, nunca lo había sido. Nunca lo habían reconocido como tal, a pesar de que todo el mundo había sabido desde siempre la verdad sobre su nacimiento.

Había crecido en un pueblo y, desde su más tierna infancia, cuando ni él mismo entendía bien lo que significaba, había sabido que era el hijo bastardo de Carlo Corretti. Un hecho que había

provocado que su vida fuera un infierno.

Se volvió hacia la recepcionista y se esforzó por mirarla con una sonrisa.

–¿Sí?

–¿Hay algo que pueda hacer por usted? –le preguntó la mujer con incertidumbre en sus ojos.

Parecía estar algo asustada, como si temiera que fuera a cambiarlo todo en el hotel y despedir a todo el mundo. Y, en parte, le tentaba la idea de hacerlo. Las personas que trabajaban allí habían sido leales a una familia a la que despreciaba profundamente y a la que estaba decidido a arruinar.

–No, gracias, Natalia –repuso mirando la placa con su nombre–. Voy a subir a mi habitación.

Había reservado la suite del ático para esa noche. Tenía la intención de disfrutar de su estancia en la habitación más lujosa del mejor hotel de su enemigo.

La suite que solía usar Matteo Corretti. Pero, después de la debacle que había resultado ser la boda del siglo entre las familias Corretti y Battaglia, Matteo se había fugado con la novia y nadie sabía dónde estaba. Además, ya no iba a poder volver a esa suite. En cuanto firmara al día siguiente el contrato, solo él iba a poder usarla si así lo deseaba.

Ningún otro Corretti iba a volver a hospedarse en ese hotel. Solo él, Angelo Corretti.

–Muy bien, señor Corretti –le dijo la recepcionista con algo más de seguridad.

Pero eso no hizo que se sintiera mejor. Siempre había sido un Corretti y había reclamado su derecho a usar ese apellido, aunque el hombre que lo había engendrado nunca había querido reconocerlo como su hijo y a pesar de que había tenido que pelearse con mucha gente desde pequeño para poder usar ese nombre. Aunque odiaba a la familia Corretti, se había ganado el derecho a usarlo.

Le dedicó una última sonrisa a la recepcionista y fue hacia los ascensores.

Era medianoche y el vestíbulo estaba casi desierto. Solo estaban allí la recepcionista y un mínimo de personal para atender a los huéspedes.

Aunque era muy tarde, sabía que le iba a costar dormir. Se quedó mirando la bella vista que tenía desde la planta superior del hotel. Podía ver toda la ciudad y el puerto.

Siempre le había costado conciliar el sueño. Demasiado a

menudo, no llegaba a dormir más de dos o tres horas por noche y no siempre de forma consecutiva. Las horas en vela las llenaba trabajando o haciendo ejercicio, cualquier cosa para mantener el cuerpo y el cerebro ocupados, para no tener que pensar.

Las puertas del ascensor se abrieron directamente cuando llegó a su suite. Era una lujosa vivienda que ocupaba todo el piso superior del hotel.

Miró a su alrededor, fijándose en todos los detalles. El suelo era de mármol e iluminaba el vestíbulo una elegante lámpara de cristal. La suite estaba decorada con antigüedades y obras de arte muy caras.

Dejó caer la llave electrónica en una mesa auxiliar, se aflojó la corbata y se quitó la chaqueta. Sintió el comienzo de un dolor de cabeza, el latido en las sienes que anunciaba lo que iba a convertirse en migraña en un par de horas.

Las jaquecas y el insomnio eran parte del caro precio que había tenido que pagar para llegar a donde había llegado, pero no se arrepentía. Habría hecho cualquier cosa por estar donde estaba y llegar a ser quien era. Alguien con suficiente poder como para vengarse de los Corretti.

Se acercó a los ventanales del salón. Desde allí podía ver las luces de la ciudad.

La decoración de la suite era elegante, pero algo presuntuosa para su gusto. Uno de sus primeros proyectos iba a ser la reforma del hotel. Quería deshacerse de unos muebles y adornos tan barrocos y darle al hotel un aire más moderno. Creía que los anteriores dueños no habían hecho nada por mantenerlo al día y habían dejado que fuera marchitándose durante demasiado tiempo.

Estaba inquieto, no podía evitarlo, y le empezaba a doler más la cabeza. Dio vueltas por el salón. Sabía que no iba a poder conciliar el sueño. Pero tampoco le apetecía ponerse a trabajar. Era la noche anterior a su mayor victoria. Estaba a punto de convertirse oficialmente en el nuevo propietario del hotel y creía que debería estar celebrándolo.

Pero, por desgracia, no tenía a nadie a quien llamar en esa ciudad. No había hecho amigos durante los primeros dieciocho años de su vida, solo enemigos.

Recordó entonces que sí tenía a alguien.

Fue un pensamiento que se deslizó en su mente de manera sorprendente y muy dulce. Se quedó de repente quieto.

Lucia.

Trataba de no pensar en ella porque prefería no recordar el

pasado, lo que podía haber pasado y no pasó, lo que pudo haber sido y no fue. Sentía nostalgia y remordimientos al mismo tiempo.

Y era algo a lo que no estaba acostumbrado. Nunca se arrepentía de nada.

De lo que menos se arrepentía era de la noche que había pasado en sus brazos, enterrándose tan dentro de ella que casi había olvidado quién era.

Durante unas horas felices con Lucia Anturri, la hija de un vecino a la que había ignorado y apreciado a partes iguales, había olvidado el dolor y el vacío que siempre había sentido. No podía olvidar sus sorprendentes ojos azules, unos ojos que reflejaban su corazón.

Pero después se había ido de su cama sin despedirse, aprovechando que ella aún dormía. Había vuelto entonces a su vida en Nueva York y a ser el hombre lleno de propósitos, determinación e ira que él siempre iba a ser. No estaba dispuesto a olvidar. Ni siquiera por una noche.

Estaba cada vez más inquieto y no podía hacer nada para olvidar la ira que lo reconcomía. Comenzó a desabotonarse la camisa. Decidió que le vendría bien darse una larga y caliente ducha. A veces le ayudaba con los dolores de cabeza.

Estaba quitándose la camisa cuando entró en el dormitorio y se detuvo de manera abrupta. Había al lado de la cama una cubitera con una botella de champán dentro. Y no era lo único que había junto a la cama.

También había una mujer.

Lucia se quedó inmóvil al ver al hombre medio desnudo frente de ella y presionó contra su pecho las toallas limpias. El corazón le latía con fuerza.

Era Angelo.

Siempre había sabido que lo vería de nuevo. De vez en cuando, había incluso fantaseado con esa posibilidad. Pero creía que solo habían sido románticos y ridículos sueños. Sueños de colegiala.

Pero hacía mucho tiempo que no soñaba con reencontrarse con él y nunca se habría imaginado que fuera a suceder de esa manera.

No podía creer lo que le estaba pasando, encontrarse con él de manera tan imprevista...

Había oído rumores de que estaba de vuelta en Sicilia, pero había asumido que eran solo eso, simples rumores. Nunca se podría haber imaginado verlo allí.

Lo miró de reojo, con su pelo alborotado y la camisa medio desabrochada. Estaba segura de que no la había reconocido. Ella, en cambio, no había podido evitar revivir, en cuestión de segundos, cada momento de aquella noche que habían pasado juntos hacía ya siete años.

Pero sabía que Angelo no sabía quién era. La miró con los ojos entrecerrados. Parecía enfadado.

Reconoció enseguida esa mirada. La había visto muy a menudo durante su infancia. Pero, aún enfadado, seguía siendo muy atractivo, el hombre más guapo que había visto nunca.

Lo había querido mucho, aunque era algo en lo que prefería no pensar. Estaba segura de que Angelo nunca la había amado.

Había pasado demasiado tiempo para que aún le doliera. Pero al verlo allí, con la camisa entreabierta revelando su terso y musculoso torso, se dio cuenta de que seguía doliéndole.

Angelo arqueó una ceja. Parecía molesto, como si estuviera esperando alguna reacción por parte de ella. No sabía si quería que se disculpara o que saliera de allí corriendo.

Ella también estaba enfadada. Le habría encantado poder decirle lo que pensaba de él después de que se fuera de su lado sin despedirse. Pero no era ira lo único que sentía. También deseo y desesperación, esperanza y odio, amor y sentimiento de pérdida.

En cualquier caso, creía que lo más sensato que podía hacer era salir de esa habitación antes de que él la reconociera y tuvieran que saludarse después de tanto tiempo. Le parecía una situación demasiado complicada e incómoda para los dos.

Habían sido amigos de infancia y él había sido su primer y único amante, pero sabía que no era importante para él, nunca lo había sido.

–Lo siento –susurró ella mientras bajaba la cabeza un poco para que el pelo le cubriera la cara–. Estaba preparando la habitación para la noche. Ahora mismo me voy.

Fue hacia la puerta sin levantar la cabeza. Odiaba que ese breve encuentro hubiera conseguido despertar de nuevo el dolor en su interior. Era un dolor que había tenido durante tanto tiempo que casi se había vuelto insensible a él. Pero, en ese momento, viendo que Angelo ni siquiera la había reconocido, sintió palpitar con más fuerza que nunca ese dolor. Estaba a punto de pasar a su lado cuando Angelo agarró su brazo.

–Espera –le pidió él.

Se quedó inmóvil y con el corazón a mil por hora. No podía respirar. Angelo soltó su brazo y fue hasta la cama.

–Estoy de celebración –le dijo.

Pero su voz no lo reflejaba. Hablaba con tanto cinismo como siempre. No pudo evitar ponerse bastante tensa al oírlo. Estaba de espaldas a él y sabía que aún no la había reconocido. Por una parte, era un alivio, pero tampoco podía evitar sentirse bastante decepcionada.

–¿Por qué no lo celebras conmigo? –continuó Angelo–. Solo una copa –le aclaró Angelo mientras abría la botella de champán–. Después de todo, no hay nadie con quien pueda celebrarlo.

Lucia se dio la vuelta lentamente. Estaba rígida y no sabía cómo actuar ni qué decir. Había pasado demasiado tiempo para seguir fingiendo que era un desconocido.

Vio que Angelo estaba vertiendo el champán en dos flautas de cristal. Parecía muy serio. Había algo en la desolación que vio en su expresión que no hizo sino aumentar ese dolor tan profundo que sentía en su interior. Un dolor que había tratado de ignorar durante mucho tiempo. Verlo así le recordó cuando apareció en su puerta siete años antes y la miró con tristeza en sus ojos.

–Ha muerto, Lucia –le había dicho entonces–. Y no siento nada. Me siento vacío.

Al verlo así, no había pensado en nada. Se había limitado a tomar su mano y entrar con él en su casa. Había comenzado en ese instante algo que había cambiado su vida para siempre.

Tragó saliva y levantó la barbilla para mirarlo a los ojos. Vio cómo se quedaba inmóvil, con una mano extendida hacia ella, ofreciéndole una copa de burbujeante champán.

–Está bien, Angelo –le dijo ella tratando de mantener la calma–. Me tomaré una copa contigo.

Angelo se quedó completamente inmóvil, con la mano extendida hacia ella. Los únicos sonidos en la habitación eran los de las burbujas del champán y su respiración entrecortada.

Lucia.

No entendía cómo no la había reconocido, cómo no había sabido de quién se trataba en cuanto la había visto en su suite. Y, en vez de reaccionar, no podía dejar de pensar en lo azules que eran sus ojos y en cuánto contrastaba ese color con su pelo oscuro y la piel olivácea de su rostro. Se quedó sin respiración al ver esos ojos mirándolo de nuevo.

Pero entonces se dio cuenta de lo que hacía allí y no pudo evitar sentir cierta amargura.

–¿Trabajas para ellos? ¿Para esos sinvergüenzas?

Vio que Lucia levantaba un poco más la barbilla y entrecerraba los ojos.

–Si te refieres a si soy una empleada del hotel, la respuesta es sí –le contestó orgullosa.

Era otra de las cosas que había olvidado. Su voz algo ronca y baja. Creía que no había una voz más sensual que la de Lucia. Y, aun así, podía ser también muy tierna y dulce. Recordó de repente la conversación que habían tenido aquella noche que compartieron siete años antes, después del funeral de su padre. Lucia, después de oírle confesar que no sentía nada, había querido saber qué era lo que Angelo había esperado sentir.

–No lo sé. Quizás satisfacción, felicidad... Algo. Pero solo siento un vacío en mi interior –le había asegurado él.

Lucia no le había respondido, se había limitado a abrazarlo.

Y él se había dejado abrazar, enterrando la cabeza en la suave curva de su cuello. Pocos minutos después, sus labios habían buscado y encontrado los de ella. Esa noche había necesitado más que nunca la comprensión de Lucia. Algo con lo que siempre había contado.

Por eso le costaba entender que pudiera trabajar para los Corretti, la familia que había hecho que su infancia fuera un verdadero infierno. Sacudió la cabeza lentamente. Su jaqueca iba de mal en peor y notaba que se le empezaba a nublar la vista.

–¿Cómo puedes trabajar para ellos? ¿Qué pasó con tu promesa, Lucia?

–Mi promesa... –repitió ella.

Apretó un puño contra su sien y cerró los ojos un instante. El dolor era insoportable.

–¿No lo recuerdas? Me prometiste que ni siquiera les dirigirías la palabra...

–La verdad es que no hablo con ellos. Angelo. Solo soy una más de todas las empleadas que limpiamos a diario el hotel. Ni siquiera saben cómo me llamo.

–Y eso crees que es una excusa para...

–¿De verdad quieres hablar de excusas? –lo interrumpió Lucia.

Angelo abrió los ojos y apretó el puño con más fuerza contra su sien. Sabía que estaba siendo ridículo. Después de todo, Lucia le había hecho esas promesas cuando era solo una niña, no podía haber tenido más de once o doce años. Recordaba muy bien el momento. Había tenido una pelea de vuelta a casa desde el colegio. Unos chicos mayores habían salido a su encuentro para pegarle,

pero él se había defendido como había podido.

Después, se había encontrado a Lucia esperándolo en su puerta y mirándolo como siempre, con mucho cariño en sus ojos. Había tratado de consolarlo, pero él, herido en su orgullo y furioso, le había quitado importancia.

Lucia había insistido, siempre lo hacía, y él le había dejado que le pusiera una bolsa de hielo en el ojo y que le limpiara la sangre de la cara.

La había sorprendido mirándolo con los ojos tan abiertos y tan seria que, sin pensárselo dos veces, le había tomado las manos.

–Prométeme, Lucia, que nunca vas a hablar con ellos ni cambiar de opinión hacia esa gente. Prométeme que ni siquiera trabajarás para ellos o…

Lucia lo había mirado con sorpresa. Pero después le había dado la respuesta que esperaba.

–Te lo prometo.

No, no quería hablar de excusas en ese momento. Sabía que él no tenía ninguna. Habían pasado siete años desde que se fuera dejándola sola en la cama y todavía se sentía culpable.

Lo cierto era que había tratado de no pensar en Lucia. Pocas horas después de pasar la noche con ella, se había encontrado de nuevo en un avión y de regreso a Nueva York. Había decidido entonces que tenía que olvidarla.

Pero estaba en ese instante delante de ella y los recuerdos se apoderaron de él, haciéndole sentir cosas que no deseaba sentir.

Cerró los ojos de nuevo.

–Tienes una migraña, ¿verdad? –le preguntó ella en voz baja.

Angelo abrió los ojos y asintió. Había tenido jaquecas incluso de niño y Lucia solía darle entonces aspirina y le frotaba las sienes cuando él se lo permitía.

–No importa…

–¿Qué es lo que no importa? ¿Tu dolor de cabeza o que yo trabaje para los Corretti?

–Ya no trabajas para ellos.

Lucia abrió mucho los ojos durante un segundo. Supuso que lo había entendido mal y pensaba que iba a despedirla.

–Soy el nuevo propietario del hotel –le explicó él.

–Felicidades –repuso ella con un tono neutro.

No habría podido adivinar cómo se sentía. Era muy distinta a como la recordaba. Mucho más tranquila y fría. Había sido una persona cálida y generosa, capaz de entregarle su cuerpo y tal vez incluso su corazón en el transcurso de una sola noche.

Pero algo le decía que su corazón no había tenido nada que ver. Había llegado a temer que ella hubiera visto algo más en lo que solo había sido un único encuentro, quizás porque habían tenido una amistad que había durado muchos años. Le había preocupado que ella hubiera esperado más de él, cosas que sabía que no era capaz de dar, que nunca podría dar a nadie.

Pero, al ver cómo lo miraba, se dio cuenta de que no había tenido razones para preocuparse. No le sorprendía que hubiera dejado atrás lo ocurrido ni que siguiera adelante con su vida.

–¿Tienes analgésicos? –le preguntó Lucia con calma.

Le dolía tanto la cabeza que no dudó en contestarle.

–Sí, en mi neceser. Está en el baño...

Lucia pasó junto a él y su aroma lo envolvió. Se sentó a esperarla en la cama, con la copa de champán aún en su mano. Unos minutos más tarde, regresó y se arrodilló a su lado.

Le dio un vaso de agua, dos pastillas y le guio la mano para ayudarlo a beber. A pesar del intenso dolor de cabeza, no pudo evitar estremecerse al sentir el calor de sus manos.

Recordaba muy bien cómo había sido tenerla entre sus brazos. Apenas habían tenido que hablar, se conocían muy bien. Lucia siempre había sido muy dulce y generosa, siempre había estado dispuesta a cuidar de él, aún cuando la echaba de su lado una y otra vez.

Pero cada vez tenía más claro que había cambiado. No tardó en apartar sus manos.

–Gracias –repuso él bruscamente.

Habían compartido una noche desesperada y apasionada, pero sabía que ya no había nada entre ellos. Y que nunca podría haberlo.

Lucia seguía en cuclillas frente a Angelo, viendo cómo luchaba contra él mismo, como le había visto hacer tantas veces. Odiaba verse en una situación de debilidad y que otros lo vieran así.

Ella siempre había tratado de ayudarlo, pero era muy duro sentir que la apartaba de su lado una y otra vez, rechazando esa ayuda. Así había sido siempre su historia, desde que eran pequeños.

Pero ya estaba harta de esa historia. Ver de nuevo a Angelo había hecho que volviera a abrirse una profunda y dolorosa herida dentro de ella, pero no pensaba hacer nada al respecto.

Sabía que tenía que ser más inteligente de lo que lo había sido en el pasado y protegerse. A pesar de que una parte de ella, como siempre, anhelaba estar con él y aceptar lo poco que Angelo pudiera

darle.

Había roto en mil pedazos su corazón y su alma. No iba a permitir que volviera a hacerlo. Había tardado años en reponerse y volver a sentirse fuerte.

–¿Vas a estar bien? –le preguntó mientras se levantaba.

–Estoy bien –repuso él con un gruñido.

Sabía por qué estaba de tan mal humor. No era solo por el dolor sino por que no le gustaba que nadie lo viera así de vulnerable.

–Muy bien. Entonces, me voy.

Angelo no respondió. Fue hacia la puerta, pero se detuvo poco después. De espaldas a él, con una mano en el marco de la puerta, decidió que no podía irse sin decirle unas palabras que tenía atravesadas en la garganta. Palabras que amenazaban con derramar todo el dolor que aún sentía después de tantos años. Y era un dolor que no quería mostrar ante Angelo porque no quería que él viera lo mucho que le había importado y lo débil que había sido. Y que aún era.

Respiró profundamente para tragarse esas palabras y tratar de ocultar una herida tan profunda que aún la podía sentir. Una herida y una pena de las que él no sabía nada. No podía decírselo esa noche.

Tal vez, no llegara a contárselo nunca. Una parte de ella le recordaba que Angelo no necesitaba saberlo y que quizás fuera mejor seguir adelante con su vida y hacerle creer que ella había seguido con la suya, que nada había cambiado.

–¿Lucia? –murmuró Angelo entonces.

Supuso que se preguntaba por qué seguía allí, qué era lo que quería.

–Me voy –le dijo ella de nuevo.

Se obligó a abrir la puerta y salir de la habitación sin mirar atrás.

Capítulo 2

Angelo miró la lista de los empleados del hotel que tenía en su escritorio. En realidad, era aún el escritorio de Matteo, no había tenido tiempo para cambiar nada desde que firmara esa mañana los documentos que lo convertían oficialmente en el nuevo propietario del hotel. Había ido directamente de la reunión con los descontentos accionistas al despacho de su rival.

Hizo una mueca al ver en su portátil el titular sensacionalista de un diario de Internet. No solía leer esas cosas, pero ese estaba lleno de malas noticias relacionadas con la familia Corretti.

Alessandro Corretti había estado a punto de casarse con Alessia Battaglia, pero esta se había fugado en el último momento con su primo Matteo. No pudo evitar sonreír. El escándalo estaba siendo devastador para sus hermanastros y primos, pero eran buenas noticias para él.

Con Matteo fuera de allí y el resto de los Corretti intentando solucionar la situación, se había encontrado de manera inesperada con la situación ideal para llevar a cabo su plan. Había llegado el momento de hacerse con parte del pastel de los Corretti y pensaba empezar con las obras de rehabilitación de la zona portuaria.

Antonio Battaglia, el ministro de Comercio y de Vivienda, que era además el padre de Alessia, iba a estar encantado con su oferta. Angelo había presentado ya sus propuestas iniciales y pensaba consolidar el acuerdo esa misma semana.

Volvió a mirar la lista de empleados. El nombre de Lucia Anturri era el primero en la sección de limpieza. En cuanto había llegado al hotel, había sacado los archivos de los empleados y acababa de ver que Lucia había estado trabajando allí durante siete años, todo el tiempo que había pasado desde que se vieran por última vez.

No entendía por qué le dolía tanto. Pero Lucia había pasado directamente de su cama a trabajar haciendo las camas de los Corretti. Hubiera preferido saber que no había sido algo tan inmediato, que se lo había pensado un poco más antes de aceptar un trabajo para la familia que él tanto odiaba. Una familia que lo había rechazado siempre.

También cabía la posibilidad de que eso no le importara a Lucia en absoluto, pero no terminaba de creerlo. Sabía que siempre lo

había apoyado, se había preocupado por él, lo había esperado en casa cuando volvía del colegio, dispuesta a limpiarle las heridas o simplemente a hacerlo sonreír. A menudo había tratado de apartarla, había estado tan dolido que ni siquiera había sido capaz de aceptar sus ofrecimientos de amistad. *Mi cucciola*, la solía llamar. Mi cachorrita... Había sido un apelativo cariñoso, pero también una crítica porque ella siempre se había comportado con él como un cachorro, siguiéndole a todas partes para conseguir una mínima atención.

Sin embargo, aunque no la tratara como se merecía, Lucia siempre regresaba a su lado, con el corazón en los ojos. Como había hecho aquella noche tan lejana, cuando había aparecido en la puerta de su casa, demasiado aturdido para sentir nada, excepto la repentina pasión que se había despertado en él cuando Lucia lo había abrazado.

Seguía sintiéndose culpable cuando pensaba en esa noche y en cómo se había ido sin despedirse.

Se puso de pie y dio vueltas por el amplio despacho con su inquietud habitual. Sabía que debía sentirse satisfecho e incluso victorioso, pero no era así. Estaba nervioso y agitado. Además, aún sufría las consecuencias de la migraña que había tenido el día anterior.

Había pasado otra noche sin dormir luchando contra los recuerdos y la jaqueca. Llevaba siete años tratando de olvidar esa noche, pero no lo había logrado y había recordado cada minuto de aquel momento con Lucia durante horas de insomnio y dolor.

Recordaba perfectamente la dulzura de sus labios contra los de él, la forma en que ella lo había acogido entre sus brazos, abriéndose de una manera que no había encontrado en su vida ni antes ni después de esa noche. Había llegado incluso a sentir lágrimas en sus ojos cuando sus cuerpos por fin se habían unido en uno solo. Nunca se había sentido tan completo como en ese instante.

No entendía por qué no podía quitárselo de la cabeza. No era una persona romántica, nunca lo había sido. Y su parte más racional le decía que lo que pasó no podía significar nada.

Sabía que Lucia lo había olvidado. Por eso se había mostrado tan impasible al verlo de nuevo la noche anterior. Ella lo había adorado como a un héroe de niña, pero todo había cambiado y no le había mostrado más que indiferencia. Quizás incluso frialdad. Estaba decidido a actuar de la mima forma que ella y esperaba también sentir lo mismo. Nada.

En cualquier caso, tenía demasiados asuntos pendientes para no perder ni un segundo más pensando en Lucia Anturri o lo que había pasado entre ellos. No iba a volver a ocurrir y tenía que recordar en todo momento que había vuelto a Sicilia con un solo propósito en mente: arruinar a los Corretti para poder por fin vengar tanto dolor.

Con determinación, sacó su teléfono móvil. Tenía que llamar a Antonio Battaglia y poner así en marcha su plan.

Lucia sintió un fuerte latido en sus sienes y se preguntó si los dolores de cabeza serían contagiosos. Le había dolido desde que saliera de la suite de Angelo la noche anterior. Y no había podido dormir nada, recordando el pasado sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Sin embargo, mucho peor que ese dolor de cabeza era el que había sentido al volver de nuevo a verlo. Y, contra ese dolor, no existía ningún analgésico. Tragó saliva y empujó el carro por el pasillo. Tenía que terminar todas las habitaciones del tercer piso antes de la hora de la comida y, para ello, iba a tener que darse prisa y olvidarse de Angelo.

«¿Cómo podría olvidarlo cuando no se lo he contado?», se dijo entonces.

Anoche, después de tanto tiempo sin verse y con la migraña que tenía Angelo, no había sido el momento adecuado. Por otro lado, no sabía si sería buena idea hacerlo. Después de todo, no necesitaba saber las consecuencias que había tenido esa noche que habían pasado juntos. Creía que no tenía sentido desenterrar el pasado. Eso no iba a cambiar las cosas.

Pero, por otra parte, sabía que ella habría querido saberlo si hubiera estado en el lugar de Angelo. Lo que no podía saber era si él iba a sentir lo mismo.

Creía que, si se lo contaba y Angelo le restaba importancia, iba a volver a romperle el corazón. De hecho, le había bastado con verlo durante unos minutos el día anterior para que pasara toda la noche sin dormir y ya sintiera que las heridas volvían a abrirse.

Estaba casi terminado el tercer piso cuando oyó unos suaves sollozos que parecían proceder del almacén de material, al final del pasillo. Con el ceño fruncido, fue hacia allí y abrió la puerta.

–Maria... –saludó a su compañera con el corazón encogido al ver cómo estaba.

Era otra empleada del hotel. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Tomó una caja de pañuelos de papel y le entregó uno.

–¿Qué te pasa? ¿Se trata de Stefano?

Maria asintió con la cabeza. Lucia sabía que su hijo se había ido de Sicilia para tratar de encontrar trabajo y una vida en Nápoles. Algo que había roto el corazón de su madre.

–Lo siento mucho, Maria –le dijo con cariño–. ¿Has sabido algo de él?

–Ni siquiera me ha llamado –repuso Maria secándose los ojos con el pañuelo de papel–. No puedo vivir así, Lucia. Sin saber si está bien o no, si está vivo o muerto…

–Te llamará –murmuró Lucia para tranquilizarla–. Aunque no lo demuestre, sabes que te quiere.

Era lo que tenía que decirle a Maria, pero eran palabras que parecían reírse de ella misma. Era lo mismo que se había repetido ella una y otra vez después de que Angelo la abandonara sin más.

Había estado convencida de que Angelo terminaría por llamarla o escribirla, aunque el dolor que sentía en su corazón le decía exactamente lo contrario.

Cuando se había despertado y había visto que estaba sola en la cama, había sabido a ciencia cierta que Angelo no iba a volver y que tampoco tendría cartas ni llamadas.

–Con lo buen chico que es. ¿Por qué tuvo que irse?

Lucia no sabía cómo consolarla. Solo podía escucharla y animarla.

Oyó de repente a alguien en el pasillo, alguien que caminaba con propósito y determinación.

Instintivamente se puso rígida. Después, sintió una especie de sacudida eléctrica por todo el cuerpo cuando vio quién asomaba la cabeza por la puerta del pequeño almacén.

–¡Lucia!

Se enderezó nada más verlo y Maria se levantó de un salto.

–*Scusi, scusi, signor* Corretti… –comenzó la mujer aún algo llorosa.

–Tengo que hablar contigo –le dijo Angelo mirando solo a Lucia.

–Muy bien –repuso Lucia mientras metía sus temblorosas manos en los bolsillos del delantal.

No había esperado tener que verlo de nuevo tan pronto y no tenía ni idea de lo que Angelo quería decirle, pero sabía que no estaba preparada para esa conversación.

–En mi despacho –agregó Angelo dándose la vuelta.

Lucia miró a Maria. La mujer parecía muy sorprendida. No era cotilla, pero sabía que todo el mundo iba a enterarse muy pronto de que Angelo Corretti la había llamado a su pasado para tener una

conversación privada con ella. Y eso iba a provocar que saliera a la luz el pasado y todo tipo de rumores.

Cerró los ojos un momento y siguió a Angelo por el pasillo. No hablaron en ningún momento, ni siquiera en el ascensor que usaron para bajar a la planta de las oficinas. A pesar del silencio, Lucia era muy consciente del hombre que estaba junto a ella. Podía sentir la tensión que había en su cuerpo musculoso y esbelto. Vio de reojo que tenía apretada la mandíbula.

Trató de no mirarlo. Sabía que, si lo hacía, Angelo iba a poder percibir la necesidad que había en sus ojos. Habría sido demasiado obvio.

Le parecía increíble que, a pesar del tiempo que había pasado, aún anhelara estar con él y hubiera algo que lo atrajera hacia ese hombre. Y le enfurecía que su cuerpo e incluso su corazón pudieran desear a alguien que había tenido tan poca consideración hacia ella. Pero creía que al menos su mente era fuerte. Se irguió y levantó la barbilla. Estaba decidida a no permitir que Angelo llegara nunca a saber cuánto daño le había hecho.

Se abrió el ascensor y no pudo evitar sonrojarse al ver cómo la miraba la recepcionista de las oficinas al ver que estaba con el dueño del hotel. Lo siguió hasta su despacho como una colegiala a punto de recibir la regañina del director. O como una amante cuya presencia era requerida por el hombre que la mantenía.

Entraron en el despacho y Angelo fue directo a los grandes ventanales. Tenía una hermosa vista del puerto de Palermo. Apoyó una mano contra el cristal, dándole la espalda.

Mientras tanto, Lucia esperó. El corazón le latía con fuerza. No pudo evitar fijarse en su cuerpo ni recordar… Era alto, esbelto y de anchos hombros. El elegante traje que llevaba parecía hecho a medida y, aunque no podía ver su cara, conocía sus rasgos de memoria.

Angelo se dio la vuelta de repente hacia ella y la miró con los ojos entrecerrados.

–¿Por qué quisiste trabajar en este hotel? –le preguntó.

Lucia parpadeó. Le sorprendió lo directo que estaba siendo.

–Bueno, necesitaba un trabajo.

–Pero podrías haber encontrado algo apropiado en otro lugar, ¿no te parece?

–¿Sigues enfadado porque rompí la promesa, Angelo? Me parece muy hipócrita.

–Bueno, yo no hice ninguna promesa –le dijo rotundamente él.

Sus palabras la hirieron como si fueran una espada.

–Lo sé –reconoció ella.

–Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Apretó los dientes y trató de mantener la calma. Se recordó que tenía que ser fuerte.

–Ya te lo he dicho, Angelo. Necesitaba un trabajo. ¿De verdad me has hecho venir hasta aquí para preguntarme por qué...?

–¿Pensaste acaso en la promesa que me hiciste cuando aceptaste este trabajo, Lucia? –la interrumpió con dureza Angelo mientras apretaba con fuerza los puños–. ¿Pensaste en mí?

«Todos los días», pensó ella sin poder soportar el dolor que sentía en su corazón.

–¿Has pensado tú en mí, Angelo? –le preguntó ella en voz baja.

Él se alejó de nuevo y su silencio fue más claro que cualquier respuesta que pudiera darle.

Lucia esperó con las manos agarradas a los bordes de su delantal. Pasó un minuto de silencio tenso y, después, otro más. Angelo seguía sin hablar.

–¿Quién era esa mujer con la que estabas en...? –le preguntó Angelo de repente.

Lucia parpadeó sorprendida.

–Se llama Maria Dibona y trabaja aquí, conmigo.

–Eso ya lo había imaginado –le dijo Angelo mientras se volvía hacia ella.

Su rostro no reflejaba cómo se sentía, solo parecía algo enfadado, nada más. Pero la verdad era que Angelo siempre había sido así, desde pequeño. Y, cuando no estaba enfadado, era porque estaba triste. Lo había visto sonreír muy pocas veces, cuando los dos eran niños... Eran recuerdos maravillosos que mantenía en su corazón y en los que no podía pensar en esos momentos.

–¿Por qué estaba llorando? –le preguntó Angelo.

Ella se encogió de hombros.

–Su hijo se ha ido de casa y está viviendo en Nápoles. Lo echa mucho de menos.

Angelo se quedó callado unos segundos, pero no dejó de mirarla a los ojos.

–¿Y tú estabas consolándola?

No entendía por qué quería saberlo.

–Bueno, lo intentaba. A veces no hay manera de encontrar consuelo...

Angelo no contestó, pero ella vio un destello en sus ojos, como si Angelo creyera que Lucia se estaba refiriendo en realidad a ellos dos.

Y quizás tuviera razón.

–Todavía vives en Caltarione –le dijo Angelo de pronto.

No era una pregunta y ella lo miró sorprendida.

–Ya sabes la respuesta, es obvio que has mirado mi ficha. ¿Qué es lo que quieres, Angelo? ¿Por qué me has traído hasta aquí?

Sorprendida, vio que él se ruborizaba ligeramente. Bajó la mirada y se distrajo mirando unos papeles que tenía en la mesa.

–Bueno, tú y yo éramos amigos, ¿no?

No le extrañó que hablara en pasado, pero le dolió.

–Sí, Angelo, cuando éramos niños –respondió ella con rotundidad.

–Solo quería saber qué ha sido de ti durante estos últimos años.

–¿En serio? –le preguntó ella sin poder evitar sonar algo sarcástica–. Entonces no sé por qué nunca me has llamado ni escrito. Ni una postal ni un correo electrónico. Nada. Si querías ponerte al día y saber de mí, Angelo, podrías haber encontrado otra forma de hacerlo en vez de hacerme venir a tu despacho como si fuera una colegiala a la que quieres regañar.

Su rubor se hizo aún más intenso y le brillaban los ojos.

–Yo no...

–¿Qué vas a decir? –lo interrumpió enfadada–. ¿Que no has pensado ni una sola vez en mí durante los últimos siete años, mientras estabas en el extranjero convirtiéndote en multimillonario? ¡Menuda sorpresa! ¿Cómo te atreves a enfadarte por el hecho de que aceptara trabajar para los Corretti? Puede que tú no hicieras ninguna promesa , pero sigues siendo un hipócrita.

–Estás enfadada conmigo –le dijo él.

Lucia se obligó a reír al oír sus palabras, pero no había ni un ápice de humor en ese sonido.

–¿Enfadada? No, eso sería demasiado esfuerzo. Estuve enfadada, es verdad. Y ahora me molesta que creas que puedes darme órdenes. Pero si crees que sigo herida porque te fuiste de mi cama...

Se detuvo de repente, sentía que tenía el aire atrapado en su pecho y tragó saliva. No podía continuar fingiendo que lo que había ocurrido siete años antes no le había afectado.

Así que se limitó a mirarlo con la frente bien alta, esforzándose por hacerle creer que él no le importaba en absoluto, que no le había roto el corazón.

Prefería que pensara que estaba enfadada, solo enfadada.

–Lo siento, Lucia –le dijo Angelo entonces.

Ella no pudo decir nada durante unos segundos. No le pareció que lo sintiera de verdad.

–¿Qué es lo que sientes? –le preguntó ella después de un momento de tenso silencio.

Vio que Angelo parpadeaba nervioso, como si le costara responder. Y sus ojos estaban ensombrecidos por alguna emoción oscura.

–Siento haberme ido como lo hice y dejarte allí…

Lucia dejó escapar un tembloroso suspiro. Nunca había esperado que Angelo llegara a disculparse, aunque se tratara de una disculpa tan a regañadientes como aquella.

Se quedó callada y Angelo la miró con el ceño fruncido.

–¿No vas a decir nada? –le preguntó al ver que seguía en silencio.

–¿Qué quieres que te diga? –respondió ella.

–Bueno. Para empezar, podrías aceptar mis disculpas.

–¿Por qué iba a hacerlo?

Angelo abrió sorprendido la boca.

–El hecho de que por fin te hayas dignado a disculparte no implica que yo tenga que estar lista para aceptar tus disculpas.

No pensaba dar su brazo a torcer cuando Angelo no se había dignado a darle siquiera una explicación y se había limitado a murmurar una breve disculpa que apenas significaba nada para ella. Quería más que esa simple disculpa. Creía que se merecía mucho más.

Pero, por otra parte, sabía que Angelo no podía dar más. Lo cierto era que su disculpa no cambiaba nada. Y seguía sin entender por qué le había ordenado que fuera a su despacho.

Se quedó mirándolo unos segundos y llegó a la conclusión de que esa conversación no era nada más que uno de los puntos que tenía en una larga lista de asuntos pendientes.

Supuso que formaba parte de su elaborado plan: regresar a Sicilia, comprar un hotel, hacer frente a Lucia…

Parecía decidido a librarse de cualquier tipo de bagaje emocional de su pasado para poder pasar cuanto antes a cosas más importantes. Supuso que debería estar agradecida al ver que al menos había tenido la consideración de incluirla en su lista de tareas.

Respiró hondo antes de hablar.

–Bueno, ya has dicho lo que querías decir, Angelo. Ya puedes quitarme de la lista de asuntos que tenías pendientes para seguir con tu lujosa vida y tus importantes acuerdos comerciales. Y yo, si no te importa, voy a volver al trabajo.

Estaba deseando salir de allí y no tener que seguir fingiendo que

Angelo no le importaba. Le parecía increíble que la estuviera creyendo, pero era evidente que lo hacía, porque él también estaba molesto al ver lo obstinada que se estaba mostrando. Afortunadamente, Angelo seguía sin saber cuánto daño le había hecho.

–Han pasado siete años, Lucia –le dijo Angelo con algo extraño en su voz.

Ella lo miró tratando de mantener la calma.

–Así es.

–No había vuelto a Sicilia desde aquella noche...

–Como ya te he dicho antes, para eso están los teléfonos, el correo electrónico... Si hubieras querido mantenerte en contacto conmigo, lo habrías hecho –le recriminó ella–. No me des excusas, no las necesito. Sé que aquella noche fue exactamente eso para ti, una noche. No me he hecho ilusiones.

«Ya no», se dijo ella.

–Así que ¿no esperabas siquiera que te llamara? ¿Ni que te escribiera? –le preguntó Angelo.

–No –repuso ella sin ser del todo sincera.

No podía decirle que una parte de ella, su lado más romántico, había soñado con que lo hiciera.

–No lo esperaba, pero sí me habría gustado saber de ti –reconoció Lucia.

Angelo la miró fijamente durante un buen rato.

–¿Qué es lo que querías? –le preguntó él en voz baja.

Lucia no respondió. No se veía capaz de decirle todas las cosas que habría querido, con las que había incluso soñado a pesar de que Angelo no podía haber sido más claro. Después de todo, se había ido sin despedirse.

Pero no le iba a dar la satisfacción de saber lo que había sentido entonces. Se encogió de hombros como si nada le afectara ya.

–No habría estado de más que al menos te despidieras.

–¿Eso es todo lo que querías? ¿Una despedida?

–Lo que he dicho es que una despedida no habría estado de más –le insistió ella apartando la mirada y tratando de controlar las emociones que amenazaban con desbordarse–. Bueno. De todos modos, eso ya no importa... Si querías que viniera a tu despacho para decirme que lo sientes, ya lo has dicho. Gracias –agregó con dificultad.

–Pero en realidad no aceptas mis disculpas –adivinó Angelo.

La miró de los pies a la cabeza como si así pudiera saber qué estaba pensando.

Lucia cerró los ojos un momento y trató de reunir las fuerzas necesarias para seguir manteniendo esa conversación con él.

–¿Acaso eso te importa? –le preguntó.

Angelo la miró con el ceño fruncido.

–¿Por qué me lo preguntas?

–Bueno, porque has logrado vivir durante siete años sin disculparte. Sin siquiera tener que hablar conmigo, Angelo. ¿Cómo voy a pensar ahora de repente que mis opiniones o mis sentimientos te importan?

Angelo se quedó callado.

–No es una acusación –le dijo ella–. Ya no estoy enfadada.

–Pues lo parece.

Estaba de acuerdo con él, sabía que parecía enfadada y le habría encantado que las cosas fueran así de simples, que pudiera seguir molesta después de Angelo hubiera sido tan desconsiderado como para irse de su cama sin decirle nada. Pero no era solo ira lo que sentía, era el gran pesar que tenía en su corazón lo que más le dolía.

–Supongo que verte de nuevo me ha hecho recordar lo enfadada que estaba contigo, eso es todo –le dijo ella sin poder mirarlo a los ojos–. Pero, ¿por qué te importa tanto? No lo entiendo.

–Supongo que... Bueno, me ha pasado lo mismo que a ti –le confesó Angelo con algo de incertidumbre–. Al verte otra vez he sentido la necesidad de... No lo sé. Quería hacer las paces.

Le parecía increíble que Angelo pensara que su breve y poco sentida disculpa podía compensar tantos años de soledad, angustia y agonía.

Pero él no sabía cuánto había sufrido. No podía saber lo mucho que había soportado. Los rumores, la vergüenza, la pérdida, la angustia... No tenía ni idea del infierno que había pasado y no pensaba desnudarse tanto como para contárselo en ese momento.

–Muy bien. Entonces... –susurró ella con frialdad–. Supongo que eso es todo lo que teníamos que decirnos.

Angelo asintió levemente con la cabeza.

–Supongo que sí.

Se obligó entonces a mirarlo a los ojos, imaginando que había llegado ya el momento del adiós. Ese adiós que nunca habían tenido. Las cosas habían cambiado mucho en siete años y vivían en mundos diferentes. Ella era camarera de hotel y él, un multimillonario.

Y, mientras que ella aún atesoraba los recuerdos del Angelo que había conocido, no reconocía a ese hombre arrogante de mirada hostil y traje de diseño. No tenía nada que ver con el niño de

cabello alborotado, ojos tristes y sonrisa repentina, el chico que había hecho todo lo posible por evitar que nadie lo viera cuando era vulnerable pero que, sin embargo, había buscado la compañía de ella en los momentos más inesperados. No sabía qué habría pasado con ese chico.

Se fijó en su rostro y en su dura mirada. Ese niño se había ido para siempre. Y ese hombre inflexible que tenía frente a ella no era más que un extraño. No pudo evitar sentir una nueva oleada de dolor al pensar en ello. Cerró los ojos, tratando de esconder sus sentimientos. Echaba de menos a ese niño y a la niña que había sido ella a su lado. Los dos habían estado llenos de esperanza y alegría. Pero las circunstancias y el sufrimiento los habían cambiado.

Abrió los ojos y vio que Angelo la observaba con el ceño fruncido. Apretaba los labios y no pudo evitar fijarse en ellos. Seguía teniendo una hermosa boca, labios carnosos y esculpidos. Aún recordaba cómo había sido besarlos. Le parecía increíble que pudiera acordarse como si acabara de suceder.

–Bueno... ¿Me puedo ir ya? –le preguntó ella para romper un silencio demasiado largo e incómodo–. ¿O quieres decirme algo más? Será mejor que lo hagas ahora porque si vuelves a traerme a tu despacho la gente va a empezar a hablar.

Angelo hizo una mueca.

–¿Crees que habrá rumores? –preguntó él.

Lucia se arrepintió de haberle dicho nada. Angelo no sabía lo difíciles que habían sido para ella los meses después de que él la dejara ni sabía que en su pequeña aldea la habían etiquetado como a una cualquiera, igual que le había pasado a su propia madre. Angelo no sabía nada y ella quería que siguiera en la ignorancia.

–Bueno, les va a parecer un poco sospechoso, eso es todo –le dijo para quitarle importancia–. No es normal que las camareras del hotel estemos en el despacho del director general.

–Entiendo... –repuso Angelo–. Lo siento. No era mi intención ponerte las cosas difíciles.

–No importa –repuso ella–. ¿Puedo irme ya?

Angelo la miró durante un buen rato y ella vio de nuevo una sombra de desolación en sus ojos. Le dolió verlo así, no podía evitarlo. Le entraron ganas de abrazarlo y conseguir que dejara de fruncir el ceño y borrar su gesto de preocupación. Quería besarlo y decirle que nada importaba, que ella lo amaba. Siempre lo había amado.

Sabía que era patético y estúpido. Le parecía increíble que fuera el tipo de mujer capaz de amar a un hombre que la había tratado

como Angelo lo había hecho.

El mismo tipo de mujer que había sido su madre. Y esa historia había terminado muy mal.

–Sí –le contestó por fin Angelo con un tono algo distante y distraído.

Supuso que ya estaría pensando en otra cosa, como en su próximo negocio. Se dio la vuelta y miró la vista desde los ventanales.

Ella salió rápidamente del despacho sin decir nada más. La conversación que acababa de tener con Angelo había hecho que se abriera aún más su herida y solo sentía dolor, necesidad y un gran vacío en su interior. Caminó rápidamente hacia el ascensor con lágrimas en los ojos.

Consiguió contenerlas hasta que se cerraron las puertas del ascensor. Apretó entonces los puños contra los ojos y trató de calmarse. No quería llorar. No pensaba llorar por Angelo Corretti. Le había roto el corazón demasiadas veces y no quería volver a pasar por ello.

A solas en el ascensor y con lágrimas saliendo de sus ojos, se dio cuenta de que era inútil, Angelo no podía volver a romperle el corazón porque seguía en mil pedazos, nunca había llegado a reconstruirlo.

Angelo miró por la ventana sin ver, repitiendo en su cabeza lo que Lucia le había dicho. Y también lo que no le había dicho.

Su primera reacción había sido la de enfadarse con ella. Le parecía increíble que no hubiera querido aceptar su disculpa.

No había tenido necesidad de pedirle que fuera a hablar con él a su despacho, podía haberse limitado a ignorarla por completo. Pero, aunque estaba furioso, reconocía que no estaba siendo razonable ni justo.

La había tratado muy mal, sobre todo teniendo en cuenta que habían sido amigos desde pequeños. Era algo que siempre había tenido muy claro.

Verla de nuevo después de siete años había despertado en su interior todos esos viejos recuerdos y sentimientos que había tratado de ignorar. Y no quería estar distraído, no cuando tenía asuntos más importantes en Sicilia. Tenía que reconocer que Lucia, en cierto modo, había dado en el clavo al acusarle de estar disculpándose con ella solo para quitarse de encima un asunto más de su lista de tareas pendientes.

Le habría encantado que esa disculpa fuera suficiente para poder seguir adelante con otras cosas, pero no estaba siendo así. La conversación le había afectado más de lo que quería reconocer. El reencuentro con Lucia lo había devuelto de golpe al pasado, haciendo que recordara cómo habían sido las cosas siempre con ella y cómo se había comportado al final.

Lucia lo había visto en sus momentos más vulnerables y era algo que le costaba asumir.

Había esperado que su disculpa sirviera para poner punto final a todo lo que había pasado entre los dos, pero creía que no había sido así. Al menos para él. La conversación que habían tenido no había hecho sino remover las cosas aún más.

Seguía mirando por la ventana, pero solo podía ver el azul brillante de sus ojos y la determinación con que lo había mirado. Se había vuelto una mujer mucho más fuerte y dura.

Había pensado que Lucia iba a agradecer su disculpa, aunque la hubiera mascullado casi a regañadientes. Pero le había sorprendido mostrándose casi indiferente.

Se apartó de la ventana.

Odiaba el sentimiento de insatisfacción que tenía en esos momentos. Era algo que no conseguía superar con ninguna sensación de logro que le hubieran producido sus recientes éxitos en los negocios. Odiaba también las emociones que sentía por Lucia, una mezcla incómoda de la culpabilidad, vulnerabilidad y necesidad. No entendía por qué no podía olvidarse de ella.

Trató de recordar que, aceptara o no su disculpa, por lo menos le había dicho lo que había querido decirle. Lo había hecho y esperaba que el asunto se quedara como estaba.

Se sentó a la mesa y abrió una carpeta con documentos. Estaba decidido a no pensar más en ella. Se las había arreglado para no hacerlo durante siete años y esperaba poder concentrarse en otra cosa durante al menos una hora o dos más.

Pero pasaron los minutos y Angelo seguía sentado en el mismo sitio, mirando los papeles que tenía delante y sin poder leer ni una sola palabra.

Capítulo 3

Tienes que llevar toallas limpias a la suite del ático.

Lucia, que había estado guardando ropa de cama en uno de los armarios de suministros, levantó la vista al oírlo.

–¿A la suite del ático? –repitió ella con algo de temor–. ¿No puede ir otra persona?

Había estado evitando la suite del ático y las zonas comunes del hotel desde que tuviera la confrontación con Angelo en su despacho.

Había visto cómo la miraba la gente cuando salió de su despacho y había escuchado los susurros cuando entró más tarde en la sala de descanso para empleados. Sabía que la gente había empezado a hablar y se preguntaba por qué Angelo había querido hablar con ella. Cabía la posibilidad de que algunos recordaran el pasado, y no podía soportar la idea de que siguieran especulando sobre su vida. Se sentía avergonzada.

Y tampoco le gustaba verlo cuando sabía que para él no era más que un problema que había tenido que resolver para poder quitárselo de encima y dedicarse a otras cosas. No le quedaban fuerzas para seguir actuando como si Angelo le fuera indiferente y temía que él acabara por darse cuenta de que todo era una farsa.

–El señor Corretti nos pidió que subieras tú –respondió Emilia que también era camarera de hotel–. Me pregunto qué querrá. Además de toallas, claro.

Lucia se quedó inmóvil. Conocía a Emilia desde que eran niñas y sabía que nunca le había caído bien. De hecho, siempre le había parecido que estaba celosa de ella. Y no entendía por qué. Después de todo, su vida había sido bastante solitaria desde que Angelo se fuera de manera repentina. Pero a Emilia parecían gustarle especialmente los rumores que empezaban a extenderse por el hotel sobre Angelo y ella. Tragó saliva y asintió con la cabeza.

–Está bien –murmuró de mala gana.

Pensaba aprovechar que iba a su suite para pedirle a Angelo que la dejara en paz.

Respiró hondo y tomó varias toallas. Eligió las más suaves y aterciopeladas.

Después de todo, Angelo era el nuevo propietario del hotel y no

iba a poder evitarlo mientras siguiera trabajando allí. Creía que, cuanto antes se acostumbrara a ello, menos le dolería. Eso era al menos lo que esperaba.

Pero no pudo evitar que se le hiciera un nudo en el estómago mientras subía por el ascensor de servicio a la planta superior y con las toallas aferradas contra su pecho.

Pensó que quizás no estuviera allí. Cabía la posibilidad de que hubiera pedido toallas limpias y que después hubiera salido. Pero algo le decía que no iba a tener esa suerte. Después de todo, las había pedido él mismo y había solicitado que las subiera ella.

Las puertas del ascensor se abrieron directamente a la suite y Lucia intentó no hacer ruido. Quería ir directamente al baño, dejar las toallas y salir de allí muy deprisa.

Respiró profundamente y se apresuró por el pasillo. Tenía la mano en el pomo del cuarto de baño cuando la puerta se abrió. Contuvo el aliento al encontrarse de repente con Angelo. Solo llevaba puestos unos pantalones y no pudo evitar fijarse en su pecho desnudo y en las gotas de agua que aún tenía en su piel dorada.

Lucia se quedó inmóvil con las toallas aferradas contra su pecho. No podía pensar con claridad.

–Que… querías toallas, ¿no?

–¿Toallas? –repitió Angelo frunciendo el ceño mientras las miraba–. No he pedido ninguna toalla.

Lucia sintió que se sonrojaba.

–¿Qué? ¿No lo has hecho?

Se dio cuenta de que Emilia debía haberse equivocado, pero creía que era más probable que le hubiera mentido y le hubiera tendido esa trampa para seguir contando chismes a su costa.

Así iba a poder decirle a sus compañeras que había visto a Lucia entrando en la suite del ático a altas horas de la noche. Sabía demasiado bien lo que la gente iba a pensar.

Viendo cómo la miraba Angelo, le dio la impresión de que también él se estaba haciendo una idea equivocada.

Angelo miró a Lucia. Se había ruborizado, pero sus ojos no expresaban nada. Siempre había sido capaz de interpretarlos y entender cada emoción que veía en ellos. Nunca había tratado de ocultar lo que sentía.

Empezaba a darse cuenta de que había dado por sentado que Lucia siempre lo iba a mirar y tratar como había hecho entonces,

como si él fuera su héroe, como si tuviera adoración por él.

Siempre había sabido que no era real, que no podía serlo, pero lo echaba de menos. Y también el afecto que Lucia le había tenido siempre.

Ahora lo miraba como si no le importara en absoluto. Como si él no fuera más que un desconocido. Creía que le habría sido más fácil aceptar que estuviera enfadada con él o incluso que lo odiara. Le habría parecido comprensible.

Pero esa fría indiferencia en sus ojos lo dejaba helado. Le recordaba a la mirada indiferente de Carlo Corretti cuando se había enfrentado a él, el hombre que lo había engendrado y que nunca se había preocupado por él.

–No deberías haber sido más que una mancha en las sábanas –le había dicho ese hombre.

No podía soportar que Lucia lo mirara de la misma manera, como si no le importara. Como si no existiera.

–No he pedido ninguna toalla –insistió él.

Se preguntó si Lucia estaría utilizando lo de las toallas como una excusa para verlo. Pero le daba la impresión de que habría preferido estar en cualquier otro lugar y con cualquier otra persona.

–Debe de haber sido un error –repuso Lucia algo tensa–. Me voy.

Se dio la vuelta para salir de allí, pero él tuvo el impulso de acercarse a ella y atrapar su muñeca.

–No.

Lucia se quedó inmóvil.

–Angelo –le dijo ella en voz baja–. No lo hagas.

Podía sentir su pulso acelerado en la muñeca y le gustó ver que no era tan impasible como parecía. Debajo de esa fría indiferencia, sentía algo. Como le pasaba a él.

–¿Que no haga qué? –le preguntó él en voz baja.

–No hagas esto –le dijo ella–. Lo que pasó entre nosotros ha terminado. Lo sé. Y está bien.

–No, no está bien.

Lucia se volvió hacia él y vio que parecía de verdad confundida. Lo podía ver en sus ojos.

–¿Por qué? ¿Por qué te importa siquiera lo que yo pueda pensar o sentir? –le recriminó Lucia.

–Porque... –comenzó él algo frustrado.

«Porque no puedo dejar de pensar en ti. Porque cuando por fin me duermo cada noche sueño con tus ojos, con tu boca...», se dijo él.

No sabía qué podía hacer para dejar de pensar en esa mujer,

para sacarla por completo de su cabeza.

Lucia lo miró con el ceño fruncido. Después, bajó la mirada.

–Tengo que irme –insistió ella yendo hacia el ascensor y alargando la mano para apretar el botón.

Sin pensar en lo que estaba haciendo, se acercó a ella y agarró su mano antes de que pudiera pulsarlo.

–No lo hagas –le pidió él.

Lucia se quedó inmóvil y él se dio cuenta entonces de que estaba muy cerca de ella y de que su cuerpo la presionaba contra las puertas del ascensor. Podía sentir el calor que emanaba de su esbelto y ágil cuerpo. Era consciente también de la tensión que había entre los dos y de la misma atracción que los había unido durante una noche hacía ya siete años.

Una atracción que aún sentía ahora y sabía que Lucia también era consciente de ella. Tuvo muy claro en ese instante que, entre ellos dos, no estaba todo dicho.

Bajó la cabeza y dejó que sus labios rozaran la suavidad de su cabello, inhalando su dulce aroma.

–Lucia... –murmuró.

Sintió que su cuerpo se tensaba aún más.

–Déjame, Angelo –protestó Lucia con voz temblorosa.

Le gustó ver que su presencia le afectaba más de lo que quería admitir, que también se sentía atraída por él.

Angelo rozó de nuevo su cabello con los labios y apartó la mano de Lucia del panel de botones del ascensor. Sintió cómo se estremecía y él sintió otra oleada de emoción.

Entrelazó los dedos de Lucia con los suyos y la hizo girar suavemente para que estuviera de espaldas al ascensor y de cara a él.

Se apretó entonces contra su cuerpo y, aunque Lucia seguía estando bastante tensa, pudo sentir su respuesta, su cuerpo arqueándose hacia el suyo sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Eso era lo que él había querido desde el principio, lo que no podía olvidar. Lo que no quería olvidar...

Y pensaba que así era como iba por fin a poder librarse de la influencia que Lucia parecía tener sobre él, pasando una noche más con ella.

Lucia había bajado la cabeza y no podía ver su cara. Con ternura, le apartó un mechón de pelo.

–No... –susurró Lucia.

–¿No qué? –preguntó él con la voz ronca y cargada de deseo–. ¿No quieres que te toque o no quieres que me pare? –añadió

acariciando su mejilla hasta llegar a sus carnosos labios.

Lucia se estremeció de nuevo y su cuerpo reaccionó al instante. Su piel era tan suave...

–¿No quieres que te bese? –murmuró él segundos antes de hacerlo.

Sus labios eran tan dulces y cálidos como los recordaba y no tardaron en separarse poco a poco. Dibujó su boca con la lengua mientras sus manos se deslizaban por la espalda hasta llegar a su estrecha cintura. Bajaron después hasta sus caderas y la acercó más a él. Estaba seguro de que Lucia podría sentir lo excitado que estaba.

Después de uno segundos de sorpresa, ella reaccionó llevando las manos hasta sus hombros y respondiendo a sus besos con la misma intensidad, dejando que sus lenguas se reencontraran y entregándole su cuerpo como había hecho muchos años antes.

Se sentía victorioso, pero no solo eso. También sentía algo mucho más profundo que se apoderó de él. No sabía cómo había podido vivir sin eso. Sin ella.

Subió una mano hasta uno de sus pechos y sintió que Lucia volvía a estremecerse. Pero también notó en ese momento la leve humedad de una lágrima en su mejilla y se apartó de ella deprisa, como si se hubiera quemado.

–¿Estás llorando? –le preguntó con el ceño fruncido mientras Lucia se frotaba la mejilla con el dorso de la mano.

–¿Crees acaso que quiero esto? –le espetó ella con voz temblorosa–. ¿Crees que deseo que se repita lo que ocurrió hace siete años? ¿Otra aventura de una noche?

No sabía qué decir y se limitó a sacudir la cabeza. Había pensado que ella se había vuelto una mujer muy dura, fría e indiferente. Pero, en ese momento, le pareció que lo anterior no había sido más que una fachada. No podía hacer nada por ocultar la emoción sincera que veía en sus ojos. Había en ellos desesperación y mucho dolor.

–Lucia... –comenzó él sin saber muy bien qué iba a decirle.

–No –lo interrumpió ella sacudiendo la cabeza–. Por favor, Angelo –agregó dándole la espalda mientras apretaba el botón del ascensor.

Lucia no dijo nada y tampoco lo hizo él mientras esperaban a que se abrieran las puertas del ascensor.

Segundos después, estaba dentro y se giró para mirarlo. Angelo sintió en ese instante una presión en el pecho y un latido en las sienes a los que estaba muy acostumbrado. No quería que se fuera,

no de esa manera.

Se cerraron las puertas sin que ninguno de los dos dijera nada más. Se quedó allí un momento. Le dolía la cabeza y también el corazón. No entendía por qué Lucia lo había mirado con tanta tristeza. Había pensado que era fuerte, dura, indiferente... Pero no había sido indiferente a él entre sus brazos. Le había parecido entonces que Lucia estaba sintiendo el mismo deseo que lo consumía a él. No entendía su tristeza.

Pero prefería no pensar en eso.

Se apartó del ascensor y fue hasta donde tenía su portátil. Lo abrió con decisión, tenía que olvidarse de Lucia de una vez por todas.

No quería que nada lo distrajera de lo que era su propósito, su gran plan. Tenía trabajo que hacer, más ofertas que presentar y proyectos que poner en marcha. Battaglia quería conocerlo y discutir el proyecto de rehabilitación de la zona portuaria de Palermo.

Por otro lado, creía que la empresa de moda de Luca Corretti podría ser su siguiente objetivo si conseguía hacerse con el control de las acciones mediante una adquisición hostil. Incluso Gio Corretti y sus carreras de caballos al otro lado de la isla empezaban a mostrar cierta debilidad. Estaba viendo cómo el imperio Corretti comenzaba a desmoronarse y él estaba decidido a ser el que recogiera los pedazos.

Se recordó a sí mismo que estaba en la cima y que estaba muy cerca de conseguir todo lo que siempre había querido.

Por eso no entendía por qué en ese preciso momento se sentía tan vacío.

Capítulo 4

A Lucia le temblaban tanto las piernas que tuvo que apoyarse en la pared del ascensor que la alejaba de Angelo. Todavía podía sentir su sabor en los labios y la presión de su musculoso cuerpo contra el de ella. El deseo la dominaba sin que pudiera hacer nada para controlarlo y eso hacía que se sintiera más débil aún. Y lo había sido tanto como para dejarse llevar por el deseo.

A pesar de que no la hubiera tratado como se merecía y de que para Angelo nunca fuera a ser nada más, seguía deseándolo, no podía evitarlo.

No entendía por qué la había besado. La respuesta, la única respuesta posible, era muy dolorosa. Angelo quería estar con ella y echarla después de su lado, como ya había hecho antes. Creía que podía acostarse con ella y dejarla sin darle siquiera una explicación. Era la opción más fácil, como lo había sido su madre, que había aceptado que un hombre la tratara como si no valiera nada y al que, a pesar de todo, había rogado que volviera con ella.

Lucia nunca había querido ser así y no pensaba volver a caer en sus redes.

Cerró los ojos, tenía ganas de llorar, pero trató de controlarse. Sabía que era inútil arrepentirse por lo que había pasado. Y tampoco le iba a servir de nada dejarse llevar por la ira y el dolor. Creía que al menos ella le había mostrado que era distinta y esa vez había sido ella la que se había alejado de él.

Dos horas más tarde, cansada y con el corazón dolorido, subió las escaleras hasta el pequeño apartamento que tenía alquilado encima de un bar en Caltarione, el pueblo donde había nacido, muy cerca del *palazzo* familiar de los Corretti. Ella había crecido en una pequeña casa en la calle principal, al lado de la de Angelo, donde había vivido con sus abuelos.

Había querido salir de Caltarione después de que se fuera Angelo, para no tener que seguir sufriendo las miradas ni los comentarios que tuvo que soportar durante meses. Pero, al final, siguió viviendo allí.

Tal vez por terquedad o por sentimentalismo. El caso es que decidió no irse del que había sido siempre su hogar. No iba a dejar que nadie la echara de allí. Aunque sabía que las concurridas calles

de Palermo le habrían ofrecido más anonimato y aceptación.

En cualquier caso, los rumores y los comentarios habían ido muriendo con los años. Pero habían vuelto en parte durante la última semana, desde que regresara Angelo. Había reconocido enseguida las miradas de Emilia y otras limpiadoras del hotel que conocían su pasado. Pero ella las ignoraba por completo, no iba a permitir que pudieran con las pocas fuerzas que le quedaban después de tener que resistirse a Angelo.

En cuanto entró en su apartamento, se quitó los zapatos y el uniforme y fue directa al pequeño cuarto de baño. Abrió el grifo de la bañera, también pequeña y bastante vieja. Se sentó en el borde y se tapó la cara con las manos. Estaba muy cansada, mucho...

Estaba harta de fingir todo el tiempo para hacer creer que era fuerte y que ya ni siquiera recordaba lo que le había pasado. No entendía por qué había decidido que debía ser fría y fingir indiferencia. Quizás fuera simplemente su orgullo lo que le impedía mostrar cómo se sentía en realidad.

Pero una parte de ella sabía que la verdad no era tan simple. Sabía que se mostraba distante y fría para protegerse ella misma y para proteger también a Angelo.

Se había hecho a la idea de que, si actuaba como si no le importara, lo iba a conseguir. Pero la experiencia le había dejado muy claro que se equivocaba.

Aunque se había convencido de que Angelo no necesitaba saber la verdad, algo le decía que ella sí necesitaba decírselo.

Era una idea aterradora. No quería decirle a Angelo la verdad sobre esa única noche que habían pasado juntos. Pero sabía que, mientras siguiera manteniéndolo en secreto, la herida iba a seguir sin cicatrizar en su alma. Se le ocurrió entonces que le convenía hacerlo para poder aceptarlo, que tenía que hacerlo por ella, no por Angelo.

Y quizás así iba a ser capaz de superarlo y olvidar a ese hombre.

Se dio un baño y no se movió de la bañera hasta que el agua se quedó fría. Después, se secó y se puso una camiseta y unos pantalones de punto.

Fue a su dormitorio, abrió el armario y tomó una vieja caja de cartón que tenía en el estante superior. La llevó hasta el sofá en la sala de estar. Hacía mucho que no miraba lo que tenía en esa caja y sabía que no iba a servir más que para ahondar en su dolor.

Además, estaba en un momento de especial debilidad, pero no pudo evitarlo. Tenía que recordar.

Con cuidado, quitó la tapa de la caja y miró los pocos tesoros

que tenía dentro: un álbum de postales antiguas que le habían dado los dueños de las casas donde su madre y ella habían trabajado limpiando. Había postales de todo el mundo. Recordó que Angelo y ella las habían usado para inventar historias sobre todos los países a los que querían viajar algún día y las aventuras que iban a tener. También tenía allí la única carta que Angelo le había escrito desde Nueva York, cuando se fue a los dieciocho años.

Se la sabía de memoria.

También había en la caja un mechón de pelo.

Lo tomó con cuidado, acariciándolo. Era un pequeño y suave rizo atado con un poco de hilo. Cerró los ojos y una lágrima rodó por su mejilla. Le dolía mucho recordarlo, volver a ese lugar de su alma lleno de dolor que siempre iba a estar con ella.

Oyó de repente unos golpes en la puerta y todo su cuerpo se quedó muy tenso. La única persona que subía y llamaba a su puerta de vez en cuando era el dueño del bar de abajo. Un hombre insoportable que siempre le hacía comentarios no demasiado sutiles sobre lo que creía saber de su pasado. No tenía ganas de tratar con él en esos momentos.

Volvieron a llamar a la puerta. Esa vez con más fuerza.

Respiró hondo, dejó la caja en el sofá y fue a la puerta secándose una lágrima.

Se quedó sin aliento al ver por la mirilla quién era.

Angelo levantó la mano para llamar de nuevo, pero ella abrió antes de que pudiera hacerlo.

–¿Qué estás haciendo aquí, Angelo? –le preguntó a modo de saludo.

Estaba despeinado, como si se hubiera pasado los dedos por el pelo sin ningún cuidado, y su expresión era tan sombría como siempre.

–¿Puedo pasar? –le pidió.

Ella se encogió de hombros y se echó a un lado para que pudiera entrar.

Angelo entró y miró a su alrededor. Supuso que no le impresionaría demasiado ver su pequeño y viejo apartamento.

Lucia sabía que no era mucho, pero todas esas cosas eran suyas y podía pagarse ese sitio gracias a su trabajo. Le pareció que Angelo lo miraba con desprecio y no le gustó nada.

–¿Qué es lo que quieres? –le preguntó ella–. Si es que lo sabes, claro. Porque parece que estás siempre queriendo verme y hablar conmigo aunque solo Dios sabe por qué.

Angelo se volvió lentamente hacia ella.

–La verdad es que tienes razón, no tengo ni idea –asintió él.

–Entonces, deja de hacerlo.

–No puedo –reconoció Angelo.

Ella sacudió frustrada la cabeza. No sabía qué hacer. Tenía las emociones demasiado a flor de piel para soportar que la mirara como lo hacía.

–¿No puedes? ¿Por qué? –insistió ella.

–No... –murmuró Angelo mientras la miraba fijamente.

Sus labios se separaron de nuevo, pero no dijo nada. Lucia se cruzó de brazos, acababa de recordar que no llevaba sujetador bajo su delgada camiseta.

–¿No vas a decir nada? –preguntó ella.

–Antes, cuando te ibas de mi habitación de hotel... –comenzó Angelo lentamente–. En el ascensor... ¿Por qué me miraste de esa manera?

–¿Cómo te miré?

–Como si... Como si estuvieras muy triste.

Lucia tragó saliva al oírlo.

–No sigas por ahí, Angelo –susurró ella sin apenas fuerzas para tener esa conversación–. Por favor, déjalo estar.

–No puedo.

–Sí puedes. ¡Eres como un perro con un hueso! –protestó ella–. Déjame en paz, por favor.

–¿Acaso no crees que me gustaría poder dejarte en paz? –le preguntó Angelo en voz baja.

Ella no pudo evitar echarse a reír con amargura.

–No, Angelo. Sé muy bien que no quieres dejarme en paz. Está muy claro lo que quieres, lo que siempre has querido. Todo lo que has tenido conmigo lo has hecho olvidando durante unas horas tu sentido común y casi en contra de tu voluntad. ¿Crees que no lo sé?

Angelo se quedó en silencio durante un buen rato.

–Entonces, ¿por qué me has ofrecido siempre tanto? –le preguntó Angelo–. Todas esas atenciones cuando éramos niños. Y después, lo de aquella noche...

Lo último que quería era recordar esa noche. La esperanza y la alegría que había sentido cuando Angelo la había besado. Había creído entonces que sentía lo mismo que ella.

Había construido un castillo en el aire y se dio cuenta después de que no habían sido más que sueños y fantasías.

–Porque éramos amigos, Angelo –le aseguró ella sin querer profundizar más en sus sentimientos–. Porque veía tristeza en tus ojos y quería borrarla. Solo quería ayudarte...

«Y amarte», añadió en silencio.

–Nunca quise la ayuda de nadie.

–Ya lo sé. ¿Cómo no voy a saberlo, cuando constantemente tratabas de apartarme de tu lado? Y, sin embargo seguía intentándolo –susurró ella sacudiendo la cabeza y sonriendo con tristeza–. Era una niña muy tonta.

–¿Y esa noche? –quiso saber Angelo–. ¿Por qué te acostaste conmigo?

–¿No era obvio? –repuso ella dándose la vuelta y encogiéndose de hombros.

Trató de parecer fuerte.

–Te deseaba –le confesó ella–. Siempre me había sentido atraída por ti –agregó sin mirarlo a los ojos.

–¿Y eso fue todo ? ¿Una aventura de una noche?

Ella asintió con la cabeza. No podía hablar.

Angelo no parecía muy convencido.

–Hay algo más –le dijo dando un paso hacia ella y clavándole los ojos–. Si lo que me has dicho es todo lo que pasó, Lucia, no me habrías mirado como lo hiciste esta noche en el ascensor. Me miraste como si yo te hubiera roto el corazón.

–Bueno, es que lo hiciste –replicó ella sin poder contener las palabras.

Vio sorpresa en los ojos de Angelo y apartó avergonzada la mirada.

–Entonces...

–No es lo que piensas –susurró ella con voz entrecortada.

Era el momento de la verdad, o al menos de parte de esa verdad. No podía decirle lo mucho que lo había amado, no se veía capaz de admitir lo débil que había sido, pero sí podía hablarle de las consecuencias de esa noche. Pensó que quizás ya lo hubiera adivinado y que esa era la razón por la que seguía buscándola, haciéndole preguntas y exigiendo respuestas. Angelo parecía haber descubierto que ella le estaba ocultando algo.

–¿Qué es lo que pienso, Lucia? –le preguntó Angelo en voz baja.

Ella sacudió la cabeza, aún de espaldas a él.

–Lo que piensas no importa.

–¿No?

–Lo que importa es lo que no sabes, Angelo –susurró ella–. No lo entiendes...

–Entonces, explícamelo –le exigió Angelo acercándose a ella y colocando una mano en su hombro–. Cuéntame lo que no sé.

Lucia cerró los ojos y trató de encontrar las palabras. No había

sido capaz de hacerlo en todas las cartas que le había escrito y no había podido enviarle.

Respiró profundamente antes de empezar.

–Esa noche...

–¿Sí? –murmuró Angelo con impaciencia.

–Hu… hubo consecuencias...

–¿Consecuencias? –repitió él–. ¡Por el amor de Dios, Lucia, mírame!

Agarró sus hombros para hacerla girar y la obligó a mirarlo a la cara.

–¿Qué es lo que has estado ocultándome? –le preguntó.

Había ira en sus ojos, pero también miedo. Podía sentirlo.

Él lo sabía. A lo mejor, ni el propio Angelo era consciente de que lo sabía, pero así era.

–Me quedé embarazada, Angelo –susurró Lucia–. Tuve un bebé.

Capítulo 5

Angelo soltó los hombros de Lucia y la miró sin poder reaccionar. Su cuerpo estaba completamente inmóvil.

Lucia no tenía ni idea de lo que Angelo estaba pensando o sintiendo en esos momentos. A lo mejor, no sentía nada. Cabía la posibilidad de que no le importara lo que acababa de decirle. Lo que tenía muy claro era que nunca iba a llorar como había llorado ella por su hija.

Quizás no lo creyera.

Angelo la miró de arriba abajo, como si la respuesta a todas sus preguntas estuviera en su cuerpo.

–¿Estás diciendo que te quedaste embarazada después de esa noche? ¿Después de solo una noche? –le preguntó Angelo.

Ella asintió con la cabeza.

–¿Y tuviste un bebé?

Lucia asintió de nuevo. No podía hablar. Tenía un nudo en la garganta que le impedía hacerlo.

Estaba ensimismada viendo las emociones que aparecían y desaparecían en la cara de Angelo. Primero, sorpresa y casi enfado. Después, comprensión. Y, por último, verdadera emoción. Algo que no esperaba ver en su rostro. La miró y le dedicó una sonrisa temblorosa e incrédula.

–¿Un niño o una niña? –le preguntó con mucha emoción.

Lucia cerró los ojos. Le dolía verlo emocionado. Había estado preparada para que estuviera enfadado, para que no la creyera o para que la acusara de cualquier cosa. Pero verlo tan feliz le dolió mucho más.

–Una niña... –susurró ella.

–Pero, ¿dónde...? ¿Dónde está? –le preguntó Angelo mientras miraba a su alrededor como si esperara ver de repente a una pequeña de seis años, ojos brillantes y pelo rizado.

–¿Cómo se llama?’

–Angelica –susurró Lucia con gran pesar.

–Angelica... –repitió Angelo con una maravillosa sonrisa.

Pero, al ver su gesto de dolor, dejó de sonreír y la miró con los ojos entrecerrados.

–¿Dónde está la niña, Lucia?

Ella sacudió la cabeza, incapaz de hablar, de decirle la verdad.

–¿Dónde está? –preguntó con más urgencia mientras la tomaba de nuevo por los hombros.

Vio a través de sus propias lágrimas la desolación en los ojos de Angelo.

–Murió...

Sintió cómo se apretaban en sus hombros los dedos de Angelo antes de soltarla y alejarse de ella. Durante unos minutos, ninguno de los dos habló.

–¿Cómo? –le preguntó finalmente él.

–Nació muerta a los siete meses de gestación. Tenía el cordón umbilical alrededor del cuello –le explicó llorando–. Era perfecta, Angelo.

Él sacudió la cabeza y oyó cómo salía una especie de gemido de su garganta. Estaba de espaldas a ella y tuvo el repentino impulso de consolarlo, como había hecho muchas otras veces. Quería abrazarlo, colocar la cabeza en su hombro y hacer que se sintiera mejor, pero no se movió. Sabía que era demasiado tarde para eso.

Poco a poco, Angelo se dio la vuelta. Su rostro no expresaba ya ninguna emoción.

Ella se quedó inmóvil.

Quería que le dijera algo, que hiciera algo. pero Angelo no se movió ni habló.

Después de un momento interminable, vio que se fijaba en la caja que había dejado en el sofá. Le entraron ganas de ir hasta ella y taparla. Le avergonzaba que viera lo sentimental que era. Allí tenía la carta de Angelo, el libro de postales y el mechón de pelo...

Angelo también lo vio.

–¿Puedo? –le preguntó él.

Lucia asintió con la cabeza.

Vio cómo Angelo tomaba el sedoso rizo del bebé con mucho cuidado y lo acariciaba. No dijo nada y, desde donde estaba ella, no podía ver su cara.

–Angelo... –susurró ella sin saber qué iba a decirle.

Podía contarle que nunca lo había olvidado, que no había dejado de pensar en él, que había abrazado a su hija y le había entristecido su muerte y saber que nunca iban a tener un futuro juntos.

También podía decirle cuánto lo había amado.

Y que todavía lo quería.

Pero no dijo nada.

Con cuidado, Angelo dejó el mechón en la caja.

Cuando se volvió para mirarla, estaba muy serio y distante.

–Bueno, debería irme –le dijo.

Se sintió muy decepcionada, pero se las arregló para asentir de nuevo. No se veía capaz de hablar, no sabía lo que podía decirle.

Angelo fue a la puerta y salió sin decir nada más. Volvió a dejarla sola y llena de dolor, como ya había hecho antes.

Angelo no sabía siquiera cómo había conseguido regresar sano y salvo al hotel. Su mente era un torbellino de recuerdos y pensamientos que no podía encajar.

Entró en el edificio sin mirar a nadie, sin saludar.

Subió directamente a su suite y fue a oscuras hasta el cuarto de baño. Cuando vio su reflejo pálido en el espejo, no se reconoció.

Hizo un puño con su mano y golpeó el espejo con fuerza. El cristal se rompió en mil pedazos y comenzó a salir sangre de sus nudillos.

Maldijo entre dientes y tomó una de las toallas que Lucia le había subido esa tarde.

Sabía que había sido una estupidez, que debía controlarse. Pero, a pesar del dolor que sentía en la mano, no se arrepentía. Había necesitado dar salida de alguna manera a su rabia, a su dolor.

La angustia que lo abrumaba le había llegado de manera repentina e inesperada. Nunca se había sentido así, pero no le era del todo ajeno.

De hecho, se sentía en parte cómo se había estado sintiendo toda su vida.

No había llorado cuando su madre lo abandonó a los seis años de edad, con un beso en la frente y una mirada de culpabilidad. La había visto después solo una vez, cuando él tenía trece años y ella había vuelto a casa de sus padres para pedirles dinero.

No había llorado la muerte de sus abuelos, que habían cuidado de él durante toda su infancia y que fallecieron con pocos meses de diferencia cuando él tenía ya dieciocho. Sabía que ellos tampoco le habían querido, que siempre se habían sentido avergonzados de su existencia. Era para ellos también un hijo bastardo de los Corretti que nadie había querido.

Ni siquiera le había entristecido no tener un padre ni conocer al hombre que lo había engendrado y que le había dicho a la cara que habría preferido que no existiera.

Cuando murió Carlo Corretti, tampoco había sentido nada.

Hasta ese momento.

La intensidad de la pena que sentía le había sorprendido. Tenía un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas por un bebé que nunca había esperado tener, una vida que ni siquiera había pensado que quería.

Una hija. Una hija con el pelo oscuro y sedoso y su mismo nombre.

Con la toalla todavía presionada contra la mano, salió del baño pisando los cristales rotos y fue hasta el salón. Se quedó mirando absorto la ciudad que se extendía ante él como un tablero de ajedrez brillante del que él era el rey.

En eso había consistido su vida hasta el momento, en el arduo viaje para pasar de peón a rey, en elaborar todo tipo de estrategias y calcular cada movimiento con el único propósito de ganar.

Sin embargo, nunca se había sentido tan derrotado como en ese momento ni tan vacío.

Lentamente, se sentó en el sofá con la mano y la toalla en su regazo. Se sentía como si estuviera completamente perdido, sin planes, sin pensamientos. No sabía qué hacer.

Tenía la opción de tratar de seguir adelante olvidando el pasado, olvidando a esa hija que nunca había conocido y a la mujer que había dado a luz a ese bebé, la mujer que podría haber sido su esposa...

No sabía si algún día podría olvidar a Lucia.

Era una pregunta que nunca se había hecho. Ni siquiera había pensado en ello, había creído que acabaría ocurriendo, pero ya no estaba tan seguro.

Pensó con tristeza que ya no estaba seguro de nada.

Cerró los ojos y luchó contra el cúmulo de emociones en su interior. No sabía por qué Lucia no le había contado lo del bebé. Pero, si lo hubiera hecho, la verdad era que no sabía cómo habría reaccionado él o si eso habría cambiado en algo el curso de los acontecimientos y el trágico final.

Sabía que era absurdo pensarlo, que él no podría haber cambiado nada, pero no podía evitar darle vueltas a lo que acababa de saber.

Y en cuanto al futuro... Creía que aún había algo entre Lucia y él. No sabía si era solo el cariño que aún se tenían o algo más. No estaba seguro, pero tenía la intención de averiguarlo.

Sabía que le iba a costar hacerlo. Lucia le había dejado muy claro que deseaba que la dejara tranquila. Y en cierto modo, así le podría resultar más fácil olvidarla.

Pero sabía que aún había algo entre ellos y no iba a ignorarlo

por mucho que Lucia le pidiera que la dejara sola.

Lucia se despertó agotada, como si no hubiera dormido. Tenía la boca seca y todo su cuerpo estaba en tensión.

Había pasado la mayor parte de la noche recordando momentos muy dolorosos de su vida, como la voz fría del médico diciéndole que Angelica estaba muerta, la suavidad de la piel aún caliente de su hija cuando la pusieron en sus brazos o la mirada vacía de Angelo después de que se lo contara todo la noche anterior.

Había llegado a pensar por un momento que de verdad le había afectado lo que acababa de decirle, pero no había tardado mucho en recuperarse y asimilar la noticia. Pocos minutos después, le había parecido listo para seguir adelante con su vida. Supuso que por eso se había ido tan deprisa de su piso.

Y ella sabía que debía seguir su ejemplo y olvidarse del pasado.

Se duchó y se vistió rápidamente. Después, se hizo una trenza para recogerse la melena y se tomó una taza de café bien cargado.

Había llegado a creer que ya lo había superado, que ya no pensaba en Angelo. Había tratado de recordar solo las cosas buenas, el tiempo que habían pasado juntos siendo niños.

Había pensado también que había aceptado la muerte de Angelica e incluso había tratado de convencerse de que era mejor así, que no había tenido los recursos necesarios para cuidar de ella, una pequeña a la que todo el mundo iba a ver como otra hija bastarda de los Corretti.

Pero no podía seguir pensando en todas esas cosas. Ya estaba harta. Cansada de sufrir, de tanto dolor, de Angelo... Habría sido todo mucho más fácil para ella si no hubiera regresado a Sicilia para sacar de nuevo a la superficie tantos sentimientos que había creído enterrados dentro de ella.

Tomó el autobús hasta Palermo y decidió no pensar más en Angelo ni en Angelica.

Estuvo trabajando durante toda la mañana, haciendo las habitaciones de las plantas segunda y tercera, encantada de tener algo que hacer para no tener que pensar en nada.

Durante su descanso, estuvo charlando con Maria. La mujer le mostró con orgullo una carta que su hijo le había escrito desde Nápoles.

–¿Me la puedes leer? –le preguntó la mujer algo avergonzada.

Lucia sabía que algunos miembros del personal de limpieza no leían con demasiada fluidez.

Asintió y tomó la carta. Ella había dejado la escuela a los dieciséis años, pero había estudiado mucho y le gustaba leer. La carta era bastante corta. Le explicaba a su madre cómo era la vivienda que había alquilado y su trabajo en una fábrica de conservas. Se la leyó en voz alta.

Cuando terminó, volvió a doblarla con cuidado y se la entregó a Maria.

–Parece que le va bien, ¿no?

–Sí, sí –repuso Maria secándose los ojos con la punta de su delantal–. Sé que te pareceré tonta, pero me ha emocionado que me escriba. Algo es algo, ¿no?

–Claro que sí –le dijo Lucia.

Entendía perfectamente a la mujer. A los dieciocho años, Angelo le había escrito una carta tan corta y directa como la del hijo de Maria, pero ella seguía conservándola. La había leído tantas veces que el papel se había ido desgastando en los dobleces. Su madre se había reído de ella y le había aconsejado que no fuera por ese camino, que no fuera tan tonta como lo había sido ella, pero Lucia había estado muy enamorada de Angelo.

Y temía estar cayendo de nuevo en los mismos errores del pasado. No dejaba de pensar en él y seguía deseándolo. Había trabajado más duro que nunca esa mañana con la esperanza de estar distraída y no pensar en él, pero no le había servido de nada.

Su mente y su cuerpo insistían en recordar todo lo que había amado de él. El verde plateado de sus ojos, esa maravillosa sonrisa que tan pocas veces le dejaba ver, la sensación de seguridad que había tenido entre sus brazos...

–¿Crees que volverá a escribirme? –le preguntó de repente Maria.

Lucia parpadeó algo confusa y se centró en su compañera.

–Claro que sí. No te preocupes –le dijo con una sonrisa.

Maria asintió con la cabeza y se guardó la carta en el bolsillo de su delantal.

–Esperaré –le aseguró Maria.

Eso era lo mismo que había hecho Lucia. Y lo mismo que aún hacía.

A las seis de la tarde, cuando terminó su jornada, salió del hotel agotada. Fue despacio hasta la esquina de la calle, donde paraba el autobús que la llevaría de regreso a Caltarione.

Se quedó ensimismada contemplando el tráfico que fluía a su lado. Había coches tocando el claxon y ciclomotores esquivando a polvorientos taxis. Estaba a punto de sentarse en un banco a esperar

cuando un Porsche se deslizó hasta el bordillo y el conductor bajó la ventanilla.

–¡Lucia!

Frunció el ceño al verlo.

–¿Qué quieres, Angelo? –preguntó con voz cansada.

No podía ver bien el interior del coche, solo su perfil en la penumbra y poco más.

–Te busqué en el hotel, pero ya te habías ido. Necesito hablar contigo.

Lucia sacudió la cabeza. Creía que no tenían nada más que decirse.

–¿Sobre qué?

–Sobre Angelica.

Se le hizo un nudo en la garganta al oírlo.

–Por favor, no... – dijo en voz baja.

–Pero necesito saber más –le pidió Angelo.

Sin decir nada, se levantó del banco y se metió dentro del lujoso coche.

Angelo reemprendió el camino y fueron en silencio por el bulevar hacia Quattro Canti, el centro histórico de Palermo, sus edificios barrocos brillaban con la luz dorada del atardecer.

Lucia se quedó absorta mirando los edificios hasta que salieron de la ciudad y continuaron a toda velocidad por un camino polvoriento hacia Capaci. Podía ver el mar resplandeciendo en el horizonte.

–¿Adónde vamos? –le preguntó después de unos minutos de silencio.

–A mi villa.

–¿A tu villa? –le preguntó sorprendida mientras se volvía hacia él–. ¿Por qué te alojas en el hotel si tienes tu propia casa?

Angelo se encogió de hombros sin dejar de mirar la carretera.

–Me resulta más cómodo dormir en el hotel.

No volvieron a hablar hasta que Angelo detuvo el coche frente a una casa. Era lujosa y moderna, hecha con piedra local y construida en la ladera de una colina. Se integraba de manera perfecta con el paisaje. Lucia lo siguió y se detuvo en el centro de la sala de estar pocos minutos después. El mobiliario también era moderno, con muebles de metal y cuero. Era perfecto, pero frío, casi estéril.

Angelo dejó las llaves en una mesita auxiliar y se aflojó la corbata.

–¿Quieres ducharte? ¿O al menos cambiarte de ropa?

Ella se encogió de hombros, aunque lo cierto era que le atraía la

idea de poder refrescarse.

–No tengo ninguna otra ropa.

–No pasa nada. Me encargué de que trajeran algunas cosas. Están arriba, en uno de los dormitorios.

Estaba tan confundida que se quedó mirándolo durante unos segundos sin decir nada.

–Pero, ¿por qué has hecho algo así? Pensé que solo querías hablar un rato conmigo.

Fue entonces Angelo el que se encogió de hombros. Parecía algo incómodo.

–¿Por qué no iba a hacerlo?

En realidad, no era una respuesta, pero no tenía energía para interrogarlo y lo cierto era que le apetecía mucho poder darse una ducha.

–Gracias –le dijo ella tan amablemente como pudo.

Después, fue hacia las escaleras.

Encontró la ropa en una de las habitaciones con vistas al mar. Había varias bolsas de las boutiques más exclusivas de Palermo. Suponía que para Angelo ese gasto no suponía gran cosa, pero en esas pocas bolsas había más ropa de la que tenía ella en casa y valía mucho más que cualquier cosa que poseyera.

Con algo de aprensión, fue al gran baño de mármol y se quitó su uniforme. Era muy agradable poder darse una ducha después de un día de duro trabajo, pero no podía evitar tener la incómoda sensación de que Angelo quería algo más que conversar con ella.

Veinte minutos después, vestida con la ropa más informal que había podido encontrar, una camiseta de seda en azul claro y una falda a juego que le llegaba por la rodilla, bajó las escaleras para buscar a Angelo.

Él también se había duchado y aún tenía mojado el pelo. Se había puesto unos pantalones vaqueros y una camiseta verde.

Lucia se quedó mirándolo desde la puerta de la cocina y se quedó sin aliento. No podía dejar de admirar sus anchos hombros ni los abdominales que podía adivinar bajo la camiseta de algodón. Los vaqueros tampoco escondían su trasero ni sus musculosas piernas. Era tan apuesto como una estatua romana y, en muchos aspectos, igual de frío e inaccesible.

Sentía que ya no lo conocía. Había estado viviendo fuera de Sicilia durante quince años y, durante todo ese tiempo, solo lo había visto una vez. Pero había sido una vez inolvidable.

Angelo levantó entonces la mirada hacia ella y sus ojos le parecieron aún más verdes mientras se quedaba observándola unos

segundos más de los necesarios.

–Te sienta bien, ¿no?

–Sí. No pensé que supieras la talla que uso.

–La adiviné –repuso Angelo.

Vio que tenía frente a él algunas cajas de comida.

–¿Tienes hambre? He pensado que a lo mejor no habías comido aún.

Se estaba muriendo de hambre, así que asintió con la cabeza. Angelo quitó las tapas de varios recipientes de aluminio.

–No se me da demasiado bien cocinar –le confesó Angelo con media sonrisa–. Así que me he limitado a pedir algunas cosas a la cocina del hotel.

–Ventajas que tiene ser el jefe, supongo –repuso ella.

Había tratado de decirlo de buen humor, pero ella misma notó algo de amargura en su voz y estaba segura de que Angelo también lo habría notado. La miró a los ojos.

–¿Eso te molesta? –le preguntó él–. ¿Que sea el jefe?

Se encogió de hombros antes de contestar.

–¿Por qué iba a molestarme?

–No lo sé –respondió Angelo.

–Bueno, pues yo tampoco lo sé.

Estaban teniendo una conversación de lo más inane e infantil.

Se fijó entonces en la cocina. Las encimeras eran de granito liso y los suelos, de mármol.

–¿Ha vivido alguien en esta casa antes que tú?

Todavía no había encontrado ni un solo objeto personal en toda la casa. Ni un libro, ni una fotografía, ni siquiera un calcetín perdido. Nada que le pudiera decir cómo era Angelo.

–Nunca había estado aquí –le dijo Angelo.

Ella lo miró sorprendida.

–¿Nunca? ¿Ni siquiera para asegurarte de que te gustaba la casa?

–La mandé construir siguiendo mis especificaciones y tengo una ayudante que se encargó de la decoración. Conoce bien mis gustos.

Lucia trató de ignorar la sombra de celos que sintió al saber que Angelo contaba con la ayuda de una secretaria que sabía lo que le gustaba. Alguien que lo conocía mucho mejor que ella. De hecho, nunca habría adivinado que le fuera a gustar una decoración tan moderna. Le entristeció ver que ya no lo conocía.

Por eso no entendía cómo podía seguir deseándolo. E incluso amándolo.

Angelo la miró con las cejas levantadas.

–¿Qué te parece la casa?

–Tiene unas vistas preciosas –le dijo ella de manera muy diplomática.

Angelo se echó a reír.

–Entiendo...

–Bueno, es que me parece... No sé, fría, estéril. No hay nada personal en toda la casa.

–¿Y por qué iba a haberlo? Como te acabo de decir, es la primera vez que veo el interior de la casa.

–¿Y crees que terminarás viviendo aquí? –le preguntó ella.

–No. No pienso quedarme a vivir en Sicilia –respondió con tanta firmeza que se quedó sin habla–. Vamos a comer fuera –le sugirió después de servir un poco de pasta y emperador en dos platos.

Lucia lo siguió y salieron por unas puertas correderas de cristal a una gran terraza con vistas al mar. En esos momentos, el cielo se teñía de colores y se quedó ensimismada viendo la puesta de sol.

–Es increíble... –dijo Lucia señalando las vistas.

Pero en realidad se refería a todo: el paisaje, la casa, la vida de Angelo. Todo era increíble y no pudo evitar sentir un orgullo agridulce al darse cuenta de lo duro que había trabajado y lo mucho que había logrado.

Había llegado muy lejos. Muy lejos de ella.

Angelo apartó su silla con mucha caballerosidad y ella se sentó. No pudo evitar que su cuerpo se tensara cuando le colocó una servilleta en el regazo y rozó accidentalmente sus muslos.

Trató de ignorarlo, sabía que era muy peligroso dejarse llevar por el deseo. Y más peligroso aún era soñar con cosas que nunca iba a tener, como los finales felices de cuentos de hadas.

–Querías hablar de Angelica –le dijo ella entonces.

Después de todo, para eso estaba allí. Angelo merecía que le hablara de su hija. Y, en cuanto lo hiciera, podría irse.

–Sí –le contestó Angelo sentándose frente a ella.

Tomó la botella de vino que había llevado a la mesa y se la ofreció con un gesto.

Lucia negó con la cabeza.

–No, gracias.

Angelo dejó la botella y tomó su tenedor.

–Vives sola, ¿no? –le comentó mientras empezaba a comer.

Ella asintió con la cabeza y probó el pescado. Era delicioso y muy tierno.

–¿Y tu madre? –le preguntó Angelo.

–Murió hace siete años.

De hecho, había fallecido dos meses antes de que Angelo apareciera en su puerta.

–Lo siento –le dijo él–. ¿Qué le pasó?

–Fue un infarto. Muy rápido e inesperado, la verdad…

–Entonces, llevas mucho tiempo viviendo sola.

–Sí.

Angelo sabía que la había criado su madre. Su padre, un borracho y un inútil, las había dejado a las dos cuando ella tenía ocho años, pero su madre siempre lo había echado de menos y había esperado que regresara a su lado algún día.

Angelo no era el único que había tenido unos padres poco adecuados.

–Y has estado trabajando para los Corretti desde que me fui –comentó Angelo.

–Sí… Pagan bien.

–¿Te dejó tu madre algo de dinero?

–Lo poco que tenía.

Lo miró entonces. Empezaba a cansarse.

–¿Por qué me estás preguntando todo eso, Angelo? ¿Por qué te importa tanto?

–Bueno, tú me importas –le dijo con firmeza–. Tuviste una hija mía, Lucia, y quiero saber qué ha sido de ti, cómo te ha ido…

Ella sacudió con la cabeza.

–Eso no cambia nada.

–Aun así, quiero saberlo –insistió Angelo.

Comieron en silencio durante un momento. Ella seguía en tensión. Podría haber sido la madre de la hija de Angelo, como acababa de decirle, pero tenía muy claro que no era y que nunca había sido nada más para él. De hecho, sabía que, si estaba allí con ella, hablando y comiendo, era porque quería saber más de Angelica. Y, aunque le alegraba que quisiera saber acerca de su hija, otra parte de ella se sentía algo desolada al ver que ella no le importaba.

Aun así, anhelaba estar con él. Su terco y estúpido corazón insistía en quererlo y mantenía la esperanza contra todo pronóstico, aunque sabía que no tenía sentido.

–¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada cuando te enteraste? –le preguntó Angelo después de un largo silencio.

–Lo intenté, pero no sabía cómo decírtelo. No quería que te sintieras culpable o que pensaras que intentaba atraparte de alguna forma –le explicó en voz baja.

–¿Tenías miedo de que no te creyera? ¿O acaso temías que

volviera a por ti?

Ella levantó la cara y se obligó a mirarlo directamente a los ojos.

–¿Lo habrías hecho?

–¿Por mi bebé? Sí –repuso Angelo con seguridad.

Lucia asintió lentamente. Por su bebé sí, por ella no. Nunca había sido una razón suficiente para que Angelo se quedara allí ni para que considerara la posibilidad de que ella se fuera con él. Eso era lo que le había impedido escribirle. Nunca había querido ser una carga para Angelo.

–El caso es que te escribí una docena de cartas distintas, pero nunca las envié. Pensaba que ya tendría tiempo de hacerlo y, después, cuando pasó lo que pasó... Creí que ya no importaba –le dijo ella tratando de parecer serena.

–Ojalá hubiera podido estar contigo en ese momento –repuso Angelo en voz baja–. Me habría gustado haberla visto, haberla sostenido en mis brazos...

Lucia bajó la mirada, tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no quería llorar. No delante de Angelo. No cuando cada palabra que le decía ese hombre le hacía tanto daño.

Acababa de confesarle que le habría gustado saberlo por su bebé, no por apoyarla a ella. Y, aunque le dolía, le angustiaba aún más darse cuenta de que Angelo podría haber sido muy buen padre. Podía imaginarlo acunando a la niña y queriéndola tanto como ella.

Seguía anhelando y soñando lo que podía haber sido, la familia que podían haber formado…

–Parecía que estaba dormida –le dijo ella sin mirarlo–. La abracé durante unos minutos.

Tuvo que limpiarse una lágrima con la mano, apartando la cara para que Angelo no lo viera. Pero supuso que no había conseguido engañarlo.

–Vamos a dar un paseo –le sugirió Angelo casi con brusquedad mientras se levantaba de la mesa. Lucia lo miró sorprendida. Después, lo siguió y bajaron la escalera que conducía a la playa.

Capítulo 6

La brisa del mar acariciaba su piel y la suave arena todavía estaba caliente bajo sus pies descalzos. Lucia se secó los ojos de nuevo, respiró hondo y trató de mantener el control de sus emociones. Creía que ese control era lo único que le quedaba y necesitaba aferrarse a él.

Angelo caminaba delante de ella, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones vaqueros. El viento ceñía aún más la camiseta a su cuerpo y podía adivinar cada músculo de su pecho y de su abdomen.

–¿Y después? –le preguntó él tras pasar varios minutos caminando en silencio–. ¿Hubo...? ¿Hubo un funeral?

–Sí –respondió ella.

Hacía mucho tiempo que no hablaba de esas cosas, ni siquiera pensaba en ello. Su embarazo había sido una fuente de vergüenza, por lo que la muerte de su hija había sido también una pena con la que había tenido que lidiar casi en secreto. Nadie hablaba de ello, nadie la apoyó durante un momento tan difícil.

Incluso había tenido que soportar que algunas mujeres con las que se había cruzado por las estrechas calles de Caltarione le dijeran que había tenido suerte de que Angelica no hubiera vivido. Nunca había podido responder a palabras tan duras.

–Fue en la iglesia de Caltarione –le dijo a Angelo–. Fue un servicio muy breve y sencillo.

Solo habían estado el sacerdote, unos amigos de su madre y ella.

–Allí está enterrada, en una zona especial para los bebés que nacen muertos.

Había usado lo poco que le había quedado entonces de la herencia de su madre para pagar la lápida.

Angelo asintió con la cabeza baja y sin sacar las manos de los bolsillos.

–Me gustaría ir a visitarla –le dijo él deteniéndose a medio paso y volviéndose hacia ella–. ¿Podrías ir conmigo?

Su petición la detuvo en seco y se desató en ese instante el dolor que había reprimido durante tanto tiempo en su pecho.

–¿Lucia...? –insistió Angelo al ver que no le contestaba.

Pero no podía hablar, ni siquiera podía mover la cabeza. Estaba

usando toda la fuerza que le quedaba para controlar su dolor.

No podía siquiera imaginarse estar frente a la tumba de su bebé con Angelo, reconociendo así con él la muerte de su hija, el final de todos sus sueños, de la vida que habrían podido tener…

–Lucia… –susurró Angelo tomándola por los hombros–. ¿Qué es lo que te pasa?

No podía creer que le estuviera preguntando algo así, que no entendiera cómo le estaba doliendo tener que hablar de lo que había ocurrido.

No pudo ahogar un gemido, un quejido como el de un animal herido. Angelo frunció el ceño y, con sus últimas fuerzas, se apartó de él antes de que pudiera ver la agonía en su cara. Comenzó a correr por la playa, de vuelta a la villa, a cualquier sitio lejos de él.

Oyó que Angelo maldecía y echaba a correr tras ella. No tardó en sentir sus manos en los hombros, haciendo que se girara hacia él. Aun así, siguió resistiéndose, tratando de apartarse mientras las lágrimas corrían ya por sus mejillas y trataba de contener los sollozos.

Pero Angelo no la soltaba. Sus brazos la rodearon, atrayéndola hacia él, apretándola contra su pecho. Sintió sus labios en el pelo y ocultó la cara en la cálida curva de su hombro.

–¡Lucia! *Mi cucciola*… Lo siento… No me di cuenta, no pensé… Por supuesto, entiendo que todavía te duela tanto. Siempre te va a doler…

La dulzura de su abrazo y la ternura de sus palabras la desarmaron por completo y no siguió resistiéndose. Era increíble volver a sentirse tan segura entre sus brazos y rompió a llorar.

En realidad no sabía exactamente por qué estaba llorando. Si sería por la hija que había perdido o por haber perdido también a Angelo. En definitiva, había sido la pérdida de todo, de todas sus esperanzas, de la vida que tanto había deseado y que nunca iba a tener.

Angelo la llevó hasta la arena, acariciándole el cabello mientras murmuraba palabras de cariño y consuelo en voz baja y entrecortada.

Lucia se oyó a sí misma diciéndole cosas que nunca había tenido intención de compartir con él. De hecho, ni siquiera había sido consciente de que lo recordara.

–Tenía los ojos azules, pero eran oscuros. Creo que habrían sido verdes, como los tuyos… La envolvieron en una manta azul y me enfadé con ellos. No sé por qué, era una tontería sin importancia, pero… El médico tenía las manos muy frías y la enfermera se la

llevó de mi lado sin preguntarme siquiera…

Y entonces no hubo más palabras, solo llanto y gemidos que salían de su garganta. Angelo no la soltó, siguió meciéndola en sus brazos, ofreciéndole el mismo tipo de consuelo que ella tantas veces le había dado.

Seguía con la cara escondida contra su hombro. Sus labios rozaban la cálida piel de su cuello.

Sin pensar en lo que hacía, ya fuera por instinto o por necesidad, Lucia apretó los labios contra su piel en un beso silencioso, una súplica sin palabras. Sintió que el cuerpo de Angelo se tensaba y también estaban más rígidos sus brazos, aunque seguían sujetándola, pero a ella ya no le importaba nada, necesitaba dejarse llevar.

Volvió a besar su cuello, esa vez presionando los labios con más fuerza aún contra su piel caliente. Notó que Angelo contenía la respiración.

–Lucia… –susurró él a modo de advertencia.

Pero ella no quería hablar, quería eso, solo eso. Quería tomar y no tener que dar, que Angelo la reconfortara y no tener que consolarlo ella a él.

A lo mejor estaba mal, no era buena idea, estaba siendo egoísta… Pero no le importaba.

Lo necesitaba. Necesitaba sus caricias, la única clase de consuelo que ansiaba en ese momento. Levantó la cabeza de su hombro y lo miró, pero se había hecho casi de noche y no podía distinguir su expresión.

Se inclinó hacia delante y lo besó con fuerza. Angelo no tardó en reaccionar. Llevó las manos hasta sus hombros. No sabía si para sujetarla o apartarla, pero ella lo abrazó y se apretó contra él. Lo oyó gemir y profundizar el beso. Sus lenguas se unieron, el deseo y la pasión iban en aumento.

Lucia siguió besándolo, deslizando las manos bajo su camiseta para sentir su piel tersa y caliente. Lo empujó hasta que cayó en la arena y dejó que sus piernas se enredaran. Estaba encima de él y se estremeció al sentir las manos de Angelo bajo su camiseta, acariciándole los pechos con los pulgares.

Arqueó hacia él la espalda, podía sentir contra su vientre lo excitado que estaba. Angelo dejó de besar sus labios para bajar por su garganta y seguir descendiendo hasta su escote. El placer que sentía era tan intenso que le resultaba casi doloroso. Aun así, quería más. Necesitaba más.

Con una mano temblorosa, bajó a su cintura para desabrocharle

los vaqueros, pero Angelo atrapó su mano para detenerla.

–No, Lucia. *Per favore*, así no.

–Sí, así –replicó ella con firmeza–. Exactamente así.

–Pero estás triste, afligida... No quiero que...

–Y tú estabas también así cuando nos acostamos hace siete años, Angelo. Y eso te ayudó, ¿no? Te ayudé a olvidar durante un momento.

Angelo se quedó inmóvil. Seguía agarrando su mano, pero ya con menos fuerza. Ella pudo apartarla y desabrocharle los vaqueros. Acarició su impresionante erección por encima de su ropa interior.

–Ayúdame a olvidar –le suplicó ella en un susurro–. Ayúdame a olvidar, aunque solo sea por un momento.

Lo acarició de nuevo y vio que él cerraba los ojos y apretaba la mandíbula.

–Si quieres que te haga el amor, lo haré –le dijo él–. Pero no aquí, en la dura arena...

No pudo evitar soltar una temblorosa carcajada.

–¡Vaya! Veo que te has vuelto muy exquisito durante estos años.

Su vieja y ruidosa cama había sido el escenario de su último encuentro y él no se había quejado. No había dicho nada en absoluto.

–Vuelve conmigo a la villa –le pidió él levantándose y abrochándose los vaqueros antes de ofrecerle su mano.

De mala gana, Lucia la aceptó. Pasados los primeros minutos de locura, era muy consciente de lo mucho que le había revelado, de lo que le había confesado entre sollozos y de la forma descarada y desesperada en que se había lanzado a él. Pero, aun así, no se arrepentía. Quería estar con él, lo necesitaba. Aunque solo fuera por esa noche.

Caminaron en silencio por la playa. Subieron las escaleras hasta la terraza y entraron en la silenciosa casa. Angelo se volvió entonces hacia ella y ella se dio cuenta de que le había sugerido que volvieran a la villa no porque tuviera una especial preferencia por las sábanas de raso, sino porque quería darle tiempo para que cambiara de opinión.

Pero Lucia no pensaba hacerlo. Él la había buscado una vez en busca de consuelo y placer y ella pensaba hacer lo mismo con él. Creía que así tal vez sintieran por fin que todo había terminado entre ellos. Esperaba que fuera el punto final que los dos necesitaban. Y esperaba poder así seguir adelante con su vida.

Ella lo miró a los ojos con seguridad.

–¿Dónde está el dormitorio?

Angelo no pudo ocultar su sorpresa al ver que no había cambiado de opinión y su boca se curvó en una pequeña sonrisa.

–No dejas de sorprenderme.

Se sonrojó al oírlo.

–No seas condescendiente conmigo, Angelo.

–No lo soy, de verdad. Puede que la tragedia que has vivido te haya hecho más fuerte, Lucia, porque tienes mucho más carácter ahora de lo que creí cuando éramos niños.

–Estoy de acuerdo –repuso ella.

Creía que la tragedia la había hecho más fuerte y le alegraba que él se hubiera dado cuenta.

–¿El dormitorio? –insistió ella.

Angelo volvió a sonreír mientras la miraba. Parecía tener aún bastantes dudas.

–¿Estás segura?

–¿Por qué no iba a estarlo?

–Una decisión como esta no deberías hacerla en el calor del momento...

–Bueno, ese momento ya ha pasado –respondió ella–. Y sigo pensando lo mismo.

Aun así. Angelo seguía mirándola con preocupación.

–No quiero hacerte daño –le dijo finalmente en voz baja.

Lucia trató de ignorar el dolor que sus palabras le produjeron. Él le había hecho daño en el pasado, pero sabía que esa vez iba a ser diferente.

–No vas a hacerlo –respondió ella.

Esa vez, ella no pensaba permitírselo. Sabía muy bien lo que quería y qué podía esperar de él. Esa vez, iba a ser ella la que se alejara de Angelo.

Angelo no entendía por qué no le estaba resultando tan simple como parecía. Deseaba acostarse con ella y tenía muy claro que ella sentía lo mismo. Por eso no comprendía por qué no la había tomado ya en sus brazos y llevado en volandas a su cama.

Supuso que le estaba costando porque tenía demasiado reciente aún el recuerdo de sus lágrimas en la playa. Pero recordó cómo la había buscado él para que lo consolara y era justo que ella hiciera lo mismo.

–No me digas que tienes miedo, Angelo –se burló Lucia mientras iba hacia él mirándolo a los ojos.

La determinación que había tomado era evidente en cada línea

de su cuerpo, en la forma que balanceaba sus caderas yendo hacia él.

–No, no tengo miedo –respondió él.

Pero sentía que debía darle tiempo a Lucia para que se lo pensara mejor. No quería que tuviera que arrepentirse de nada después. Todavía no sabía qué quería él de Lucia, pero sabía que era más que eso.

Le apartó un mechón de pelo de la cara y lo colocó con ternura detrás de su oreja. Después, le acarició la mejilla. Lucia cerró los ojos. Cuando los abrió, lo miró directamente.

–Hazme el amor, Angelo. Por favor... –le rogó con voz temblorosa.

Su súplica terminó por desarmarlo. No podía negarse, no sabía cómo resistirse a ella. La agarró por los hombros y la besó suavemente.

Había previsto al menos que fuera un beso tierno y suave, pero los recuerdos y el deseo lo dominaron en cuanto tocó sus labios. No podía dejar de pensar en lo maravilloso que había sido tenerla en sus brazos. Había sentido entonces que su cuerpo era el único hogar y la única esperanza que había tenido en su vida.

Profundizó el beso y no tardó en demandar mucho más de los dos. Sus lenguas se unieron mientras él deslizaba las manos bajo su camiseta, acariciando sus exuberantes pechos sin poder ahogar un gemido.

Lucia lo rodeó con una de sus piernas, atrayéndolo aún más cerca de su cuerpo. Su idea había sido llevarla en brazos al piso de arriba, retirar las sábanas de satén y acostarla suavemente en la cama, con el cuidado del que tenía un valioso tesoro en sus manos. Había querido tomarse su tiempo y hacer el amor lentamente, intentar que fuera distinto a la última vez, cuando se habían dejado llevar por la pasión y la necesidad como dos locos. Aquel había sido un encuentro desesperado y frenético, pero también increíble.

Notó que Lucia le desabrochaba los pantalones vaqueros y contuvo el aliento cuando rodeó su erecto miembro con los dedos. Dejó escapar un gemido mientras deslizaba una mano por su sedoso muslo y le apartaba un poco las braguitas buscando directamente su centro de placer.

Deslizó los dedos en su cálido y húmedo interior. Trataba de recordar que quería ir más despacio, que tenían todo el tiempo del mundo...

Pero no lo hicieron. Lucia se le acercó más y se arqueó contra él.

–Vamos, vamos –le suplicó gimiendo mientras trataba de bajarle

los vaqueros y los calzoncillos.

Sujetándola por las caderas, sentó a Lucia en la parte posterior del sofá de cuero y separó sus piernas para hacerse hueco. Ella alargó la mano hacia él, guiándolo para que se le acercara.

–Lucia... –murmuró él a modo de débil protesta.

Pero ella ya lo rodeaba con sus piernas alrededor de la cintura y se arqueaba hacia él. Pocos segundos después, estaba dentro de ella y dejaba escapar un grito ahogado. Era increíble volver a estar dentro de ella. Era como volver a casa. Era perfecto. Era...

Se movieron en silencio y al unísono, con la complicidad de dos amantes que llevaban toda la vida haciendo el amor. Sintió que el placer y algo mucho más profundo se apoderaban de él, abrumado por todos los sentidos y las sensaciones. Había llegado a pensar durante esos años que, si su primer encuentro con ella había sido tan increíble, había sido por su propio dolor y confusión tras la muerte de su padre, pero esa vez no tenía ninguna excusa. Y las sensaciones estaban siendo aún más increíbles.

No se había sentido tan completo con nadie. Estaba justo donde tenía que estar.

Él, un hijo bastardo rechazado por su padre y abandonado por su madre, al que apenas habían soportado los abuelos que lo habían criado y vilipendiado por los habitantes del pueblo donde había crecido.

Lucia era el único hogar que había tenido. Su cuerpo, el único lugar donde se sentía como en casa.

Sintió que se arqueaba de nuevo contra él y gemía su nombre con la cara enterrada en su hombro. No tardó en alcanzar su propio clímax mientras la atraía aún más cerca de él. No quería dejar que se fuera de su lado.

Lucia, feliz y satisfecha, se dejó caer contra el torso de Angelo. Las lágrimas corrían por su rostro, pero eran lágrimas felices, lágrimas curativas. No se arrepentía de nada. No pensaba hacerlo.

Angelo se movió ligeramente, apartándose de ella, y se sintió perdida y sola. A pesar de lo que acababa de ocurrir, seguía excitada. Aún lo deseaba. Suavemente, él le apartó el pelo de la cara y le secó el rastro de lágrimas en sus mejillas. Después, le sonrió con ternura.

–Bueno, no había previsto que fuera todo tan rápido... –le dijo Angelo.

Ella se echó a reír con algo de nerviosismo.

No estaba siendo como la última vez. Entonces, no habían tenido tiempo para hablar. Después de hacer el amor, Angelo la había atraído contra su cuerpo y se habían quedado así, acurrucados y en silencio, hasta quedarse dormidos. Y a la mañana siguiente, cuando se despertó con el alba, Angelo ya se había ido. Y la verdad era que ni siquiera le había sorprendido su ausencia.

–Ser rápido no tiene nada de malo –contestó ella.

–La próxima vez será lento –le aseguró Angelo.

Se quedó helada al oírlo. Había hablado con mucha certeza, pero ella estaba segura de que no iba a haber una próxima vez con Angelo.

Él tomó sus manos entonces y tiró de ella.

–Vamos...

–¿Adónde? –le preguntó ella.

Pero Angelo no respondió, se limitó a llevarla hasta la escalera y subieron a lo que debía ser el dormitorio principal, que tenía su propio y lujoso baño con suelos de mármol.

–Estás llena de arena –le dijo Angelo–. Y de lágrimas. Deja que te lave.

Se quedó sin aliento. Le parecía algo muy íntimo y tierno. No tenía nada que ver con la frenética urgencia de lo que acababan de compartir en el salón. Lo que Angelo le sugería era nuevo para ella, un territorio incierto. Tan emocionante como aterrador. En realidad no conocía a ese Angelo... Pero, mientras la llevó de la mano hasta la enorme ducha acristalada con una tierna sonrisa en los labios, sintió que siempre lo había conocido, que volvían a ser esos dos jóvenes que habían crecido juntos en un pequeño pueblo de Sicilia.

Se quedó inmóvil mientras Angelo abría el grifo y después le iba quitando lentamente la ropa, deshaciéndose de la falda y de la camiseta. Después hizo lo mismo con su ropa interior. No parecía tener ninguna prisa y se tomó su tiempo hasta que estuvo completamente desnuda delante de él.

No pudo evitar estremecerse. No sabía por qué, pero se sentía mucho más vulnerable desnuda en su baño que haciendo el amor con él como habían estado unos minutos antes. Angelo la miró de arriba abajo y no pudo evitar ruborizarse.

–*Mi cucciola* –susurró Angelo riendo–. ¿Te da vergüenza?

–Sí –le confesó ella aún más ruborizada mientras cruzaba los brazos sobre sus pechos–. Nunca me habías visto completamente desnuda –le explicó–. Y no me llames así.

Angelo frunció el ceño mientras se quitaba la camiseta y la tiraba al suelo.

–No me llames *«cucciola»* como cuando eramos pequeños. Ya no soy tu perrito.

Era un apelativo cariñoso que le había gustado oír de sus labios cuando eran jóvenes, cuando tanto había ansiado sus atenciones. Pero ya no le gustaba que la llamara así. Se lo había dicho con ternura, pero las cosas habían cambiado. Ella no era la misma de antes y estaba segura de que aquello no era, no podía ser, más que una aventura de una noche. Otra más.

–Ya no soy esa niña, Angelo –le dijo ella en voz baja–. Y tú también has cambiado.

Lentamente, él le limpió con el pulgar el rastro de una lágrima en su mejilla.

–¿Eso crees? –le preguntó en voz baja.

–No lo creo, lo sé. Y tú también lo sabes –le dijo ella.

–Yo ya no sé nada –respondió Angelo sonriendo mientras envolvía su cuello con la mano y la atraía hacia él para besarla suavemente en los labios.

Ella cerró los ojos y sintió que el corazón le daba un vuelco.

No podía dejar que Angelo volviera a ser para ella el mismo chico que había sido.

Porque ella se había enamorado de ese chico y él le había roto el corazón.

Sabía que él no la amaba, que nunca la había amado. Y pensaba que, si creía en un Angelo que era diferente al magnate despiadado y decidido en el que se había convertido, estaría perdida. Creía que acabaría destrozada una vez más.

Si de verdad seguía siendo el mismo niño que había sido, sabía que no iba a poder apartarse de él después de pasar otra noche a su lado. Recordó que tenía que protegerse, por su propio bien. Pensaba pasar solo una noche con él y hacerlo esa vez en sus propios términos. Después, a la mañana siguiente, pensaba irse para siempre.

Angelo dejó de besarla para mirarla. Había una pregunta en sus ojos.

–¿En qué estás pensando? –le preguntó en voz baja.

–En nada –mintió ella intentando sonreír–. En nada importante.

Angelo sonrió también mientras entraban en la ducha. Era la primera vez que se veía en esa situación. De hecho, nunca había estado con otro hombre, solo con Angelo. Nunca había tenido la oportunidad ni el deseo de acostarse con otro.

Solo había deseado a Angelo. Solo lo había querido a él.

Pero sabía que tenía que dejar de pensar en esas cosas.

Angelo vertió un poco de gel de ducha en sus manos sin dejar de sonreírle. Sus ojos brillaban en la penumbra del cuarto de baño.

–¿Qué vas a…? –comenzó ella.

Pero se quedó callada cuando Angelo le empezó a deslizar sus manos jabonosas por el cuerpo. No tardaron en temblarle las piernas y tuvo que apoyarse contra la pared mientras el agua los empapaba a los dos y Angelo recorría cada centímetro de su piel.

–Dos duchas en menos de una hora –murmuró ella entre gemidos–. Nunca me había sentido tan limpia.

Angelo se rio y deslizó una mano entre sus piernas. Lucia agarró su muñeca para detenerlo.

–Angelo… –le advirtió ella.

–Soy muy minucioso –le dijo él con una sonrisa.

Angelo la besó entonces mientras la acariciaba íntimamente.

Ella se aferró a sus hombros. El placer era tan intenso que se olvidó de todo. De lo que quería y de lo que no quería, de lo que era terreno seguro y de lo que era peligroso. Solo podía pensar en él y sentir con cada centímetro de su cuerpo.

Apoyó la cabeza en su hombro mientras la acariciaba y no tardó en llevarla a un precipicio de placer. Una vez más, todo su cuerpo palpitaba de deseo y necesidad. Pero entonces, de repente, se detuvo.

–¿Qué…? –pudo mascullar ella.

–Ahora me toca a mí.

–¿A ti?

–Tócame, Lucia –le suplicó Angelo.

Levantó la cara para mirarlo y vio un brillo feroz en sus ojos, le parecieron más verdes que nunca. Y se dio cuenta entonces de que quería hacerlo, deseaba tocarlo de una manera distinta, como no se había atrevido nunca a hacerlo…

Con una sonrisa algo temblorosa, tomó el gel de ducha y vertió un poco en sus manos. Comenzó entonces a acariciar sus hombros. Bajó poco a poco por su torso hasta llegar a las caderas, deleitándose con el tacto cálido de su piel y sus músculos.

Angelo cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás mientras ella deslizaba la mano más abajo todavía, hasta rodear su miembro con los dedos.

No había nada apresurado ni desesperado en sus caricias, tenían todo el tiempo del mundo.

Estaba descubriendo un mundo nuevo y maravilloso.

Tenía treinta y dos años y nunca había sabido que el sexo pudiera ser así, algo lento y exploratorio. No se trataba de un

momento robado, no se estaba dejando llevar por el deseo para olvidarse de la pena o el dolor que pudiera estar sintiendo, sino que empezaba a entender que se extendía ante ella un mundo de infinitas posibilidades. Era increíble disfrutar con Angelo de esa nueva intimidad que comenzaba a descubrir.

Pero todo iba a terminar a la mañana siguiente. Era solo esa noche. Tenía que recordarlo.

–Lucia… –gimió Angelo.

Fue entonces él quien tuvo que agarrarse a sus hombros mientras ella lo acariciaba por todas partes, deleitándose en las sensaciones que estaba viviendo y en cuánto estaban disfrutando los dos.

–Dios mío, si sigues así, no voy a durar mucho más –murmuró Angelo.

Él la levantó entonces con facilidad, agarrándola por las caderas mientras se deslizaba dentro de ella. Lucia rodeó a Angelo con sus piernas y enterró la cabeza en su hombro. Pero él se apartó y la obligó a levantar la cara.

–Mírame –le ordenó con la voz ronca y cargada de emoción mientras se movía dentro de ella–. Mírame mientras te hago el amor.

Lucia obedeció y sostuvo la mirada fija en él mientras sus cuerpos se movían en perfecta sincronía.

El muro que había levantado a su alrededor para protegerse iba desapareciendo poco a poco bajo la intensa intimidad de su mirada.

Ya no podía esconderse. Estaba totalmente entregada a él, desnuda y relajada, disfrutando del momento.

Sintió cómo iba creciendo la presión en su interior, elevándola hasta las cotas más altas del placer. Sabía que Angelo podía verlo en su rostro y que sería consciente del momento en el que iba a alcanzar el clímax.

Y así fue. Él la besó mientras ella gritaba y su cuerpo se retorcía de placer. Segundos más tarde, fue Angelo quien encontró su propio clímax y enterró la cabeza en la curva de su cuello mientras el agua seguía cayendo sobre sus cabezas.

No habría podido decir cuánto tiempo se quedaron como estaban. Con ella abrazada a Angelo y sus corazones latiendo con fuerza. Podría haber sido un minuto o una hora.

Algún tiempo después, Angelo se enderezó ligeramente, la soltó y cerró el grifo. Después, la envolvió tiernamente en una toalla y la llevó a la cama.

Estaban los dos en silencio. Ella lo prefería así, no quería romper

ese momento. Se sentía sumergida en una especie de hechizo de calor, seguridad y amor. Sabía que no era real y estaba segura de que el hechizo se esfumaría en cuanto amaneciera, pero no estaba dispuesta a renunciar aún a ese sueño.

Era solo una noche. Una noche durante la que podría sentirse segura y amada. Creía que no era demasiado pedir. Solo una noche.

Angelo la acostó en la cama y se tumbó después a su lado, abrazándola hasta que sus cuerpos se amoldaron el uno al otro. Estaba de espaldas a él y podía sentir que su corazón aún latía con fuerza.

Él buscó su mano y entrelazaron los dedos. Sin decirse nada más, se quedaron como estaban hasta que el sueño pudo con ella.

Capítulo 7

Cuando Lucia se despertó, estaba sola en la cama. Se tumbó boca a arriba mirando al techo y recordando todo lo que había pasado. Había sido una noche increíble, de infinito placer, pero también de emociones e intimidad. Y eso era algo que nunca habría esperado sentir con Angelo. Había conseguido conmoverla. Ella había sido la que había dado el primer paso, pero entonces no había esperado más que unas horas de placer para poder olvidar su dolor.

Había decidido que esa vez iba a ser ella la que se fuera de su lado.

Pero tenía un grave problema, había cambiado de opinión.

Sabía que estaba siendo estúpida y débil, pero no quería irse de allí.

También había sido tonta al pensar que iba a poder apartarse de Angelo sin más.

Después de todo, lo había querido desde siempre, cuando no era más que una niña de siete años.

Pero sabía que, por duro que le resultara, tenía que apartarse de Angelo. Era su única opción. Estaba segura de que él no quería tener nada más con ella y no estaba dispuesta a dejar que él le rompiera el corazón de nuevo. Tenía que ser la primera en tomar la decisión de alejarse, si Angelo no se le había adelantado ya.

Se levantó lentamente. Le dolía todo el cuerpo. Miró el reloj y vio que ya pasaban de las ocho. Tenía que estar en el hotel a las nueve.

Se apartó el pelo de la cara y salió del dormitorio para buscar su uniforme.

Diez minutos más tarde, estaba vestida. Se había peinado y cepillado los dientes. Era una suerte que Angelo tuviera tan bien surtido el baño del dormitorio de invitados.

Bajó entonces las escaleras para ir en busca de Angelo. Lo encontró en la cocina cortando fruta. Ya había hecho café y su delicioso aroma llenaba el ambiente.

Lucia se quedó mirándolo un momento.

Llevaba otra camiseta de aspecto desgastado, como la del día anterior, pero de color gris, y unos boxers. Estaba algo despeinado. Tenía un aspecto muy natural. Parecía relajado y feliz. De hecho, se

dio cuenta de que nunca lo había visto tan feliz.

Y, durante unos segundos más, quiso imaginar que aquello pudiera ser real. Que ese fuera su hogar, su vida, una mañana normal. Incluso se permitió imaginar que su hija seguía dormida arriba. Una niña preciosa de seis años, con los ojos de Angelo y su hoyuelo en la mejilla.

Era algo que había deseado tanto que pensar en ello la dejaba sin el aliento. No podía seguir torturándose así. Sabía que no era bueno para nadie.

Lo único que era real en su vida era que empezaba a trabajar en media hora y que todo había terminado entre Angelo y ella. Levantó la cara con decisión y entró en la cocina .

Angelo la miró con una sonrisa, pero no tardó en desaparecer.

–¿Por qué te has puesto ese maldito uniforme?

No pudo evitar quedarse algo rígida al oír el desdén en su voz.

–Porque entro a trabajar dentro de media hora.

–¿Qué? –repuso con incredulidad–. Ya he llamado, Lucia. No te esperan hoy.

–¿Has… has llamado? –le preguntó ella sin comprender.

No entendía por qué lo había hecho ni por qué no quería que fuera a trabajar.

–Sí, ya he llamado y no tienes que ir.

–¿No? ¿Por qué no?

Angelo le dedicó una sonrisa.

–Creo que la pregunta más adecuada es ¿por qué querrías ir a trabajar, Lucia?

–¿A ti qué te parece? Porque es mi trabajo y no quiero que me despidan.

–Bueno, como ahora soy el dueño del hotel, no creo que te despidan.

–No hagas esto, Angelo.

Aunque sabía que tenía razón, sus palabras hicieron que se estremeciera. Se había acostado con su jefe. Le parecía algo muy sórdido y le recordó a lo que le pasó siete años antes, cuando Angelo desapareció de su vida y tuvo que sufrir rumores y críticas durante meses.

–¿Qué es lo que no quieres que haga? –le preguntó frunciendo el ceño.

Ella se limitó a sacudir la cabeza y a respirar hondo antes de hablar.

–Creo que sería mejor que terminemos con esto cuanto antes –le dijo.

Angelo la miró fijamente durante un buen rato. Ya no fruncía el ceño ni sonreía. No tenía ni idea de lo que estaría pensando, su rostro volvía a ser completamente ilegible e inexpresivo.

–¿Eso crees?

–Sí.

–Quieres terminar…

–Creo que sería lo mejor.

Angelo volvió a fijarse en el melón que había estado cortando y colocó los trocitos en un plato.

–Pues yo no quiero terminar con esto, sea lo que sea –le dijo él después de un momento.

Ella se quedó sin aliento y el corazón le dio un vuelco.

Era muy poco, pero era algo. Más de lo que había admitido nunca.

–Entonces, ¿hasta cuándo? –preguntó ella con un nudo en la garganta.

–No lo sé. ¿Por qué te parece tan importante decidirlo ahora mismo? –le dijo Angelo–. Dios mío, Lucia. Después de lo de anoche, ¿quieres volver a tu trabajo, a tu vida?

Ella dio un paso atrás, no le gustaba nada el desprecio con el que le había hablado.

–Creo que te sobrevaloras, Angelo –repuso ella.

–Me he expresado mal –concedió él con algo de impaciencia–. Vamos a desayunar y hablamos de ello, ¿de acuerdo?

Lucia miró el reloj.

–La verdad es que no tengo tiempo.

–¿No tienes tiempo? ¿No te parece que nos merecemos al menos hablar de nosotros?

Ella dejó escapar una risa amarga y vacía.

–Nunca ha habido un nosotros, Angelo. Fuiste tú mismo el que se aseguró de que así fuera.

–Ahora es diferente.

–¿Por qué? ¿Porque tú has decidido que lo sea? –le preguntó ella.

–¿Por qué estás tan enfadada? Te estoy ofreciendo algo que…

–¿Que nunca me habías ofrecido? –lo interrumpió ella con firmeza–. ¿Esperas que te diga a todo que sí y que me muestre agradecida? Siento mucho no estar dispuesta a seguir tus instrucciones ni tus planes.

Angelo parecía también enfadado. Vio cómo apretaba la mandíbula.

–Al menos siéntate un momento y come algo –le dijo con

firmeza mientras sacaba una bandeja con fruta fresca y café a la terraza.

Ella lo siguió de mala gana. La verdad era que no sabía por qué estaba tan enfadada. Angelo estaba haciendo todo lo que siempre había soñado, todo lo que había esperado de él. El sexo había sido increíble, habían dormido abrazados y se había levantado temprano para hacerle el desayuno. Además, parecía estar deseando pasar más tiempo con ella.

Algo le decía que no podía ser tan idílico como parecía, que algo no encajaba en ese escenario.

Afuera, ya había salido el sol y hacía calor. La ligera brisa del mar era el único alivio que tenían. Se dejó caer en una silla y aceptó en silencio la taza de café que Angelo le entregó.

–Dime qué es exactamente lo que me estás ofreciendo, Angelo –le pidió ella después de tomar un primer sorbo de café–. ¿Por qué debería tomarme el día libre? ¿Qué sugieres que hagamos?

–No te estoy sugiriendo que te tomes el día libre, aunque supongo que sería un buen comienzo.

–¿Un buen comienzo de qué?

–De... De esto, ¡de nosotros! –exclamó Angelo perdiendo la paciencia.

No sabía si estaba enfadado con ella o con él mismo. Lo que sí sabía con certeza era que a Angelo no le gustaba desearla como lo hacía. Creía que en realidad nada había cambiado.

–¿Nosotros? –repitió ella–. ¿A qué te refieres cuando hablas de nosotros?

–¿Por qué lo preguntas?

–Porque quiero saber qué es lo que me estás sugiriendo, Angelo. No has dejado de darme órdenes desde que bajé a la cocina, pero todavía no sé lo que quieres. ¿Pasar el día en la cama? ¿Una relación?

Le avergonzó que le temblara la voz al hacerle esa última pregunta. Y le dolió ver que Angelo apartaba rápidamente la mirada. Estaba claro que no era una relación lo que quería. Nunca lo querría con ella.

Se quedó callado durante bastante tiempo, mirando hacia el mar y con los ojos entrecerrados para protegerse del resplandor del sol.

–No quiero que sigas trabajando como hasta ahora –le dijo Angelo finalmente.

Lucia abrió sorprendida la boca.

–No sé ni qué decir después de oír algo así –reconoció ella–. La verdad es que poco importa lo tú quieras que haga o deje de hacer.

¿Es que no te gusta cómo hago mi trabajo?

–No, lo que no quiero es verte de rodillas, fregando…

–Pero ya no trabajo para los Corretti, ¿qué más te da? –le espetó ella–. Trabajo de rodillas para ti, Angelo.

No pudo evitar ruborizarse al pensar en el doble sentido de sus palabras y en el recuerdo de todo lo que habían compartido la noche anterior.

Angelo se inclinó hacia adelante y la miró a los ojos.

–¿Acaso lo de anoche no ha significado nada para ti, Lucia? ¿No cambia nada?

Ella tragó saliva. Los recuerdos se agolpaban en su mente y se sonrojó aún más.

–Nunca tuve la oportunidad de hacerte todas estas preguntas la última vez que pasamos una noche juntos –le contestó ella después de un momento–. Pero creo que podría haber adivinado tus respuestas.

Angelo abrió los ojos al darse cuenta de que lo que le estaba diciendo.

–¿Para ti lo que pasó anoche no fue más que una repetición de lo que ocurrió hace siete años?

–¿No fue así?

Angelo no respondió de inmediato. Se quedó mirándola fijamente.

–Para mí no –le confesó Angelo.

Al oír su respuesta, Lucia apretó con más fuerza la taza de café que sostenía en sus manos y tuvo que dejarla en la mesa. Le temblaban las manos.

–¿Qué es lo que estás diciendo, Angelo?

Él apretó los labios antes de contestar. Apartó un segundo los ojos antes de volver a mirarla.

–Ya te lo he dicho, no quiero que esto termine ahora.

Creía que su elección de palabras no dejaba lugar a dudas. No quería que terminara en ese instante, pero contaba con que lo hiciera más tarde.

–Entonces, ¿cuándo? –le preguntó ella tratando de que no le temblara la voz.

Angelo se encogió de hombros.

–No lo sé.

–¿Cuando tú quieras que se acabe? –adivinó ella.

–¡Por Dios, Lucia! ¿No es suficiente que te diga que quiero estar contigo? Quiero protegerte, ayudarte en lo que pueda… Puedo darte tanto…

Se quedó helada al oírlo.

–¿Por ejemplo?

–Ropa, joyas, una casa, un coche... ¡Lo que quieras! –exclamó Angelo sonriendo.

Parecía aliviado, como si pensara que por fin empezaban a entenderse.

–No tienes que seguir trabajando como camarera de hotel ni limpiadora. De hecho, no tienes por qué trabajar en absoluto. Puedes vivir aquí.

–¿Y pasar aquí los días esperando que vengas a acostarte conmigo?

Angelo frunció el ceño.

–Haces que mi sugerencia suene muy sórdida.

–Eres tú el que lo ha convertido en algo sórdido, Angelo –le dijo con voz temblorosa.

A pesar de lo dolida que estaba. Le tentaba la idea de aceptar lo poco que le ofrecía. Se apoyó en el respaldo de la silla y cerró los ojos. Tenía ganas de llorar, pero estaba demasiado cansada para derramar ni una sola lágrima.

–Quiero estar contigo –le aseguró Angelo con un tono distinto–. Podrías quedarte aquí –continuó mientras hacía un gesto con los brazos señalando la casa–. Podrías tener tu propio servicio, tanta gente como necesites, ropa y joyas. Te compraré un coche, el que tú quieras.

–No sé conducir –respondió con firmeza–. Y no me gusta esta casa. Ya te lo dije anoche. Es muy fría.

Angelo la miró con incredulidad.

–Entonces, contrataré a un chófer y compraré otra casa. La puedes elegir tú misma.

Ella negó con la cabeza. No era solo esa casa la que le había resultado fría, sino también ese hombre. Sentía que ya no lo conocía.

Esa noche había sido increíble, llena de momentos de apasionado sexo e intimidad, pero esa mañana volvía a ser un completo desconocido.

Un desconocido que solo podía pensar en lo que quería conseguir de ella y en la forma más eficaz para lograrlo. No se le había ocurrido invitarla a salir ni tratar de conversar con ella para conocerla mejor.

Incluso, en esos instantes, Angelo parecía pensar que estaba siendo muy sensato y considerado con ella, pero se limitaba a ofrecerle cosas que ella no quería. No estaba dando ninguna

importancia a sus sentimientos. De hecho, los estaba ignorando por completo.

Con todo el dolor del mundo, Lucia se levantó de la mesa.

–Tengo que irme a trabajar –le dijo.

–Ya te dije que hoy no te esperan –respondió Angelo poniéndose también de pie–. Lucia, es obvio que no me estoy explicando bien, que te he ofendido de alguna manera, pero te juro que no era mi intención hacerlo.

Su comentario no hizo sino empeorar las cosas. Ni siquiera era consciente de que por qué sus sugerencias le habían resultado tan ofensivas.

–Ya sé que no era tu intención, Angelo –le dijo con cansancio mientras se daba la vuelta para irse.

Angelo golpeó la mesa con la palma de su mano.

–¡Lucia! ¡No te vayas! ¡No he terminado de hablar contigo!

Se puso muy rígida al advertir el despotismo con el que le hablaba.

–Yo sí he terminado –le contestó ella–. Y, a no ser que me ordenes que no trabaje, al fin y al cabo eres mi jefe, no tenemos nada más de lo que hablar.

Angelo la miró fijamente, parecía fuera de sí, como si le estuviera costando mucho trabajo contener su rabia.

Agotada y dolida, Lucia volvió a entrar a la casa para salir por la puerta delantera.

Angelo observó, entre incrédulo y aturdido, cómo se iba de su lado Lucia. No esperaba algo así. Le costaba creer lo que había sucedido, ella lo había rechazado.

Se pasó las manos por el pelo y maldijo entre dientes. No entendía qué le pasaba a esa mujer. Acababa de ofrecerle mucho más de lo que había tenido nunca, pero aun así...

Había pasado la mayor parte de la noche despierto y con ella en sus brazos, tratando de analizar sus propios sentimientos, sus propios deseos.

Después de lo que habían compartido, sabía que no estaba listo para dejar que se fuera de su lado y había pensado que a ella le iba a pasar lo mismo.

Había llegado entonces a una conclusión, creía que había encontrado la mejor manera de seguir con ella. Decidió que iba a darle todo lo que ella había querido siempre. Pero acababa de rechazar su generosa oferta.

No sabía si Lucia habría perdido la cabeza o era simplemente la ira la que había hecho que lo rechazara.

Se dio cuenta entonces de que quizás no le hubiera ofrecido de verdad lo que siempre había querido tener. De haberlo hecho, supuso que Lucia lo habría aceptado. Lo que no llegaba a entender era qué más querría ella.

Maldiciendo de nuevo, se acercó al borde de la terraza. Acababa de darse cuenta de que se había ido de la casa y que no tenía forma de volver a Palermo. Su propiedad estaba a varios kilómetros de distancia de la gasolinera más cercana. No podía dejar que se fuera a pie.

Salió a la entrada principal y vio a Lucia alejándose despacio por el polvoriento camino.

–¡Lucia! –gritó.

Estaba enfadado con ella y consigo mismo. Le costaba creer cómo podían haberse torcido tanto las cosas esa mañana. Había pensando que iban a poder pasar el día entre la cama y la ducha. Y había llegado incluso a imaginarse la incredulidad de Lucia cuando él le dijera que esa vez no pensaba alejarse, que quería seguir con ella.

Pero todo le había salido mal y era ella la que se alejaba de él. Se preguntó si de verdad sería eso lo que quería o si solo estaría tratando de vengarse. Él, mejor que nadie, entendía la sed de venganza, había dirigido su vida con ese deseo en mente, al menos en lo que se refería a los negocios y la familia Corretti. Pero no se imaginaba a Lucia haciendo lo mismo con él.

–¡Lucia! –gritó de nuevo.

Ella se detuvo, levantó la cabeza y se dio lentamente la vuelta hacia él.

–No puedes volver andando a Palermo –le gritó él tratando de ser razonable–. Si insistes en ir a trabajar, deja al menos que te lleve.

Lucia se cruzó de brazos y no se movió.

–De acuerdo –repuso después.

Al ver que iba a quedarse allí esperándolo, Angelo maldijo en voz baja y volvió a entrar en la casa. Se puso un par de pantalones vaqueros y los zapatos. Tomó las llaves del coche y salió. Lucia lo estaba esperando junto a la puerta de su Porsche. Su expresión era completamente ilegible.

Le parecía increíble que fuera la misma mujer que había llorado en sus brazos la noche anterior, al principio de dolor y después de alegría. La misma que le había hablado de su hija y con la que

había compartido una increíble noche de placer.

Le dio la impresión de que era una desconocida. Y fue así como se comportó cuando se sentó en el asiento del copiloto. Mantuvo la cara vuelta hacia la ventanilla mientras él ponía en marcha el coche.

–Es obvio que te he ofendido de alguna manera con mi sugerencia –le dijo él mientras salían a la carretera.

Ella no respondió. Frustrado, golpeó el volante con la palma de su mano.

–Por lo menos habla conmigo, Lucia.

–No creo que puede decirte nada que quieras oír.

No le daba buena espina y suspiró antes de hablar.

–Pero me gustaría saber qué estás pensando.

–¿Seguro que quieres eso, Angelo? ¿No crees que te enfadarás más aún al ver que no estoy dispuesta a formar parte de tu plan? No voy a ir corriendo a tu cama.

–Bueno, anoche lo hiciste –le recordó él.

Sabía que no debería haberle dicho algo así. Era una observación que no llevaba a ninguna parte y no era el mejor momento para hacerla.

Lucia siguió mirando por la ventanilla.

–Es verdad –le dijo en voz baja–. Y no me arrepiento de ello. Pero eso era todo lo que pretendía que fuera. Una noche y nada más. Igual que la otra vez. No pienso convertirme en esa mujer a la que llames cuando quieras acostarte con alguien y no tengas con quién.

–Eso es bastante ofensivo –respondió él.

–¿No me digas? Pues imagínate cómo me he sentido yo –murmuró ella con sarcasmo.

Sus dedos apretaron el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

–Me dijiste una vez que no querrías repetir lo de hace siete años. Que no te interesaban ese tipo de encuentros –le dijo Angelo.

–He cambiado de idea.

–Y yo también –le confesó él–. Ya ves, los dos podemos cambiar.

–¿Crees que tú puedes cambiar? –le preguntó volviéndose por fin hacia él–. ¿Crees que lo que me has sugerido es una prueba de que has cambiado?

–Bueno, es obvio que tú no crees que haya cambiado –le dijo él.

–Una relación de una noche, una semana, un mes. No hay mucha diferencia, Angelo.

Él apretó los labios y miró al frente. Entendía su punto de vista,

pero todo aquello era nuevo para él. Nunca había tenido una relación con nadie. No había tenido novias, ni siquiera amantes. Había pasado toda la vida concentrado en el trabajo, impulsado por el éxito y la sed de venganza. No había tenido tiempo para distraerse con romances y, menos aún, con el amor. Para él, el sexo siempre había sido una transacción…

Se dio cuenta en ese instante de que era eso lo que le estaba proponiendo a Lucia. Una transacción. Le ofrecía cosas materiales a cambio de su compañía como si fuera una especie de acuerdo de negocios.

Pero creía que no podía ofrecerle otra cosa, no sabía cómo hacerlo. Eso era todo lo que podía darle y quería que ella aceptara su propuesta. No le parecía un mal trato.

La miró de reojo, volvía a darle la espalda para mirar por la ventanilla. Solo que podía ver la curva suave de su mejilla. Se había trenzado el pelo y quedaba al descubierto su nuca y su cuello.

Dejó escapar un suspiro. Estaba muy cansado.

–¿Por qué poner un límite de tiempo, Lucia? –le preguntó entonces.

Aunque Lucia no se volvió, vio la curva de una triste sonrisa en su boca.

–Ya lo has hecho –susurró ella.

–No, no lo he hecho –protestó algo dolido–. Anoche no usamos protección –agregó después de un momento.

Estaba avergonzado, pero lo cierto era que ni siquiera se le había ocurrido.

–¿Y si estás embarazada? –le preguntó.

Notó cómo se tensaba todo su cuerpo.

–No creo que exista esa posibilidad.

–¿Estás tomando anticonceptivos? –le preguntó sin poder evitar sentirse celoso al pensar que ella pudiera haber tenido otros amantes durante los últimos años.

–No –le confesó Lucia–. Pero… No creo que haya ocurrido.

–Bueno. Pero ¿y si ocurriera?

Lucia se volvió hacia él con una expresión totalmente ilegible.

–¿Crees que un embarazo me haría cambiar de opinión y aceptar tu oferta?

–No me parece que la oferta sea tan mala, Lucia.

–Yo creo que sí lo es.

–¿Qué quieres tú? ¿Que nos casemos?

Lo dijo sin poder ocultar su desprecio y se dio cuenta de que ella también lo había notado. Vio un destello de dolor en su rostro y se

maldijo por no haber tenido más tacto.

–¿Y si fuera así? –le preguntó Lucia en voz baja.

–Yo no podría hacerlo. Pensé... Pensé que ya lo sabías.

Lucia hizo una mueca con la boca.

–Hablas del matrimonio como si fuera una enfermedad crónica, Angelo.

–No puedo evitar ser como soy, Lucia.

–Exacto –reconoció ella.

Cada vez se sentía más frustrado. Lucia estaba retorciendo y malinterpretando todo lo que le decía.

–¿Así que eso es todo? ¿Ni siquiera vas a dar una oportunidad a nuestra relación?

–No.

–Dios mío, Lucia. Creo que después de lo de anoche me merezco un poco más que esto...

–¿Pensaste en lo que me merecía yo hace siete años? –respondió ella.

Ya no le parecía tan enfadada, sino cansada y resignada. Lo que no hizo más que frustrarlo aún más. Sabía que ella lo deseaba. Tanto como él a ella, pero parecía negarse a ver el valor de lo que le estaba ofreciendo.

–Por eso me disculpé. Te dije que me había dado cuenta de que no debería haberte dejado como lo hice –le recordó él–. Y ahora estoy tratando de arreglar las cosas. Quiero estar contigo, Lucia. De eso se trata. Pensé... Pensé que tú también querías estar conmigo –añadió sin poder controlar la emoción en su voz.

La verdad era que no podía creer que se estuviera abriendo de esa manera a ella ni que le estuviera diciendo esas cosas. Y lo que más le sorprendía de sí mismo era que estaba siendo sincero.

Se sentía muy mal. No estaba acostumbrado a confesarse de esa manera con nadie ni a sentirse tan vulnerable, tan expuesto... Pero no podía evitarlo. Tenía que decírselo. Era la verdad.

Solo sabía que quería más, que deseaba estar con Lucia.

Sin embargo, viendo de reojo que seguía dándole la espalda, se daba cuenta de que lo máximo que podía darle él seguía siendo menos de lo que Lucia estaba dispuesta a aceptar.

«Quiero estar contigo», se dijo Lucia recordando las palabras de Angelo.

Para un hombre como él, era una gran confesión. Nunca se podría haber imaginado que él fuera a considerar lo que había

ocurrido la noche anterior como el comienzo de algo. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Aunque reconocía que era una gran admisión viniendo de alguien como él, no era suficiente. Angelo ni siquiera era consciente de lo poco que le estaba ofreciendo.

A pesar de todo, Lucia seguía sintiendo un gran anhelo y le tentaba la idea de agarrar con las dos manos la ofensiva y ridícula oferta que le hacía él. Sabía que lo habría aceptado en el pasado, que habría recogido las migas que él decidiera tirarle. Había sido muy débil, pero ya no era la misma de antes.

Había cambiado y no pensaba aceptar ser solo la amante de Angelo. Él ni siquiera había utilizado esa palabra, probablemente porque no entendía lo que le estaba sugiriendo.

–Lucia –comenzó Angelo de nuevo–. Dime algo, por favor.

Ella inclinó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Tuvo que contenerse para no decirle que sí, que lo haría, que aceptaba lo que él pudiera o quisiera darle a cambio de poder estar a su lado.

Pero no quería volver a ser una mujer tan débil y patética. Ya la habían rechazado y menospreciado demasiadas veces en su vida.

Su propia madre le había suplicado a su padre que se quedara a su lado. No le importaba que fuera un borracho, sus abusos ni las otras mujeres. Había visto cómo su madre se había ido hundiendo en una espiral de desesperación y amargura. No quería acabar como ella.

Tampoco se hacía ilusiones. Sabía que Angelo no era capaz de amar, de tener una relación. Llevaba toda su vida apartando a la gente de su lado. Igual que había hecho con ella hacía ya siete años.

Porque sabía que, si aceptaba su oferta, estaba aceptando que fuera algo más que una noche. Quizás una semana o un mes, pero estaba segura de que Angelo acabaría apartándola de su lado cuando se cansara de ella. Y que entonces se iría sin mirar atrás, sin volver siquiera a pensar en ella.

–Quise estar contigo, Angelo. Quise estar contigo entonces... –le dijo ella en voz baja y con mucho dolor.

–¿Y ahora ya no?

Tragó saliva y se obligó a contestar.

–No.

Como seguía con los ojos cerrados, no vio que Angelo hacía girar el coche hasta que se detuvo con un chirrido de los neumáticos sobre el asfalto. Abrió sobresaltada los ojos. Se había detenido en el arcén de una polvorienta carretera. Miró a Angelo, parecía fuera de sí y no la miraba a los ojos. Tenía la mirada

clavada en la carretera.

–¡Maldita sea, Lucia! –exclamó Angelo–. Eso no es cierto.

Se volvió hacia ella con los ojos encendidos por la ira.

–Mírame a los ojos y dime que no quieres estar conmigo. ¡Ahora mismo! Mírame a los ojos y jura sobre la tumba de tu madre... ¡No! Sobre la tumba de nuestra hija, que lo de anoche no significó nada para ti.

Lucia lo miró y abrió la boca. Pero no le salían las palabras. No podía decirle lo que le pedía. No habría sido verdad y él lo sabía.

–¿Qué quieres de mí, Angelo? –susurró.

–La verdad.

–¿Por qué? –estalló ella–. ¿Quieres que hinche aún más tu ego diciéndote que te quise mucho? ¿Quieres que te diga que aún te sigo amando?

Vio cómo abría sorprendido los ojos. Se había quedado boquiabierto y no pudo evitar echarse a reír con amargura cuando lo vio así.

–Sí, Angelo. Te quiero. Siempre te he querido. Te quería cuando éramos niños, cuando te esperaba a la puerta de mi casa con un paño húmedo para limpiarte las heridas. Te quería cuando me hablabas de tus sueños, cuando me decías que querías irte de Caltarione, e incluso de Sicilia, para hacer fortuna. Soñé que me llevarías contigo y, cuando te fuiste, aún soñaba que volverías a por mí. Después, cuando regresaste...

Se interrumpió un segundo para tratar de recobrar el aliento. Le estaba diciendo mucho más de lo que habría querido decirle. Pero, por otro lado, no podía creer que él no lo hubiera sabido. Le parecía que su amor por Angelo había sido público y manifiesto durante toda su vida.

–Lucia –susurró él con la voz llena de emoción.

Pero no quería escucharlo.

–No, Angelo. Voy a decirte esto ahora, solo ahora, solo una vez. De poco importa que te quiera o no. Eso no cambia nada porque sé, siempre lo he sabido, que no es un amor correspondido, que tú no me quieres.

Angelo abrió la boca, pero no dijo nada. Sabía que no podía negar algo que era tan evidente.

–A lo mejor piensas que sientes algo por mí –prosiguió ella–. Y puede que sea así. Sientes afecto, atracción, cosas tan insignificantes que apenas importan. No soy para ti más importante que uno de tus coches o de tus casas. Soy algo que puedes adquirir, aprovechar y luego desechar. Así es como siempre me has visto, Angelo.

Él se la quedó mirando sin decir nada. Parecía muy aturdido.

Y le pareció obvio que no tenía respuesta porque, después de unos segundos de silencio, encendió el motor y volvió de nuevo a la autopista. Todo sin decirle una palabra. Lucia apoyó de nuevo la cabeza en el asiento y cerró los ojos. El silencio de Angelo le dolía mucho más de lo que debería. Una parte de ella había tenido la esperanza de que negara sus acusaciones, que le dijera que se equivocaba, que de verdad había cambiado y que la amaba tanto como ella a él.

Pero sabía que eso no eran más que fantasías.

Ninguno de los dos habló durante el resto del viaje de regreso a Palermo.

Angelo seguía en silencio cuando se detuvo frente a la puerta del hotel y esperó a que Lucia se bajara del coche. No podía dejar de darle vueltas a lo que ella le había dicho. Era demasiado, demasiada información y demasiadas sensaciones. Se sentía abrumado.

Y creía que también él había dicho demasiado, más de lo que había admitido antes a nadie. Pero Lucia no había apreciado su esfuerzo en absoluto e incluso se lo había echado en cara.

Vio de reojo que bajaba despacio del coche. No lo miraba a la cara. Durante un segundo, pensó que iba a decirle algo, pero se quedó callada.

Ya se lo había dicho todo cuando él detuvo el coche en el arcén de la carretera. Le había confesado entonces que lo amaba, pero que eso no importaba porque sus sentimientos no eran correspondidos.

Esperó hasta verla entrar en el hotel. Después, se alejó de allí.

Condujo sin pensar en otra cosa por las atestadas calles de Palermo. Siguió después por la carretera que iba hasta el mar. Cuando llegó a Messina, no se detuvo hasta encontrar una playa desierta. Aparcó el coche a un lado del camino y se descalzó.

No habría podido decir cuánto tiempo pasó caminando por la playa, con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza completamente embotada. Tenía reuniones a las que asistir y mucho trabajo por delante para ejercer presión en las distintas empresas del imperio Corretti. Lo que tenía que organizar era tan grande y complejo como un golpe de estado. Pero allí estaba, paseando por la playa.

«Te quiero. Siempre te he querido», recordó que le había dicho Lucia.

No podía entenderlo, creía que nadie lo quería. Nadie le había

dicho nunca que lo quisiera. Ni sus abuelos ni su madre, que casi siempre había estado ausente. Y mucho menos un padre que habría preferido que él no hubiera llegado a existir.

Hacía mucho tiempo que había dejado de soñar con encontrar algún día el amor o algo parecido. Había llegado a sospechar que Lucia había estado enamorada de él cuando solo eran unos colegiales, pero nunca podría haber imaginado que pudiera haber sido algo mucho más profundo. No terminaba de creérselo. Le parecía imposible.

Lo que tenía claro era que él no la amaba. De hecho, no sabía amar, no se veía capaz de hacerlo. Era algo que había aceptado sobre sí mismo. No había querido tener a nadie en su vida ni había dejado que nadie se le acercara. Había sido así desde pequeño y por eso pensaba que nunca había aprendido a amar.

Creía que otras personas pensarían que faltaba algo en su vida, pero esa carencia lo había convertido en alguien mucho más fuerte que los demás. Alguien imbatible. Eso era al menos lo que creía.

Le parecía una pérdida de tiempo, algo que podía distraerlo de su trabajo. Y así le resultaba más fácil aceptar que otros no lo quisieran y también era más sencillo apartarse de alguien cuando no había sentimientos de por medio.

El problema lo tenía con Lucia. Sentía que algo había cambiado y no quería alejarse de ella. Era esa mujer la que había decidido apartarse de su lado y era algo que lo llenaba de frustración, ira y miedo.

No entendía por qué Lucia no podía aceptar lo que él le había ofrecido, por qué no era suficiente para ella. Era mucho más de lo que le había dado siete años antes, pero ella seguía queriendo más. No parecía darse cuenta de que él no tenía nada que pudiera ofrecerle.

Se dejó caer en la arena con la cabeza entre las manos.

O quizás sí se hubiera dado cuenta y esa era precisamente la razón por la que había decidido irse.

No habría podido decir cuánto tiempo estuvo allí sentado, inmóvil y dando vueltas a las cosas en su cabeza. Al final, levantó la cara hacia el sol, que ya estaba en lo más alto, y se dio cuenta de que debía de haberse perdido ya una o dos reuniones muy importantes.

Se levantó decidido de la arena. Creía que ya había pasado demasiado tiempo pensando en Lucia. Si ella no quería tener una aventura, no pensaba darle más vueltas. Sabía que había un montón de mujeres que sí estarían dispuestas. Y, en el peor de los casos, no

sería la primera vez que iba a pasar una larga temporada sin mujeres y sin sexo. El trabajo y su sed de venganza habían sido sus mejores amantes y era en esas cosas en las que debía centrarse.

Decidió que no necesitaba a Lucia.

Verla de nuevo y saber que había tenido un bebé habían sido golpes muy duros que lo habían debilitado durante días. Habían hecho que deseara cosas que sabía que nunca iba a poder tener. Creía que ese tipo de vida no era para él, nunca podría ser para él. Y sabía que era mejor así. Iba a tener que serlo.

Una hora más tarde, estaba en las oficinas corporativas del hotel Corretti, vestido con un traje gris hecho a medida y a punto de confirmar una reunión con los accionistas de la empresa de moda de Luca Corretti, Diseños Corretti. Llevaba varios meses comprando en secreto acciones de la compañía. El resto de accionistas no tenía ni idea de ese hecho. Y, al parecer, tampoco se había dado cuenta el propio Luca. No tenía suficiente participación de la empresa como para tomar posesión de la compañía como lo había hecho con el hotel, pero iba a aprovechar la ausencia de Luca en la reunión para empezar a presionar a los demás accionistas. Cabía incluso la posibilidad de que quisieran ayudarlo a desbancar a Luca para convertirlo a él en director general. Esa reunión lo acercaba un poco más a su venganza.

Había llegado el momento de centrarse en los negocios y de dejar de pensar en Lucia o en el amor. Después de todo, para eso había regresado a Sicilia, para conseguir por fin lo que siempre había querido. Carraspeó para aclararse la voz y tomó el teléfono.

Capítulo 8

Lucia trató de convencerse de que estaba haciendo lo correcto mientras entraba en el hotel con piernas temblorosas. Había sido muy duro decirle que no a Angelo y rechazar su oferta. Sabía que era la decisión correcta, tenía que serlo. Porque si una sola noche le había roto el corazón siete años antes, no quería ni pensar en cómo podría quedarse después de una semana o un mes con él. Le parecía increíble que hubiera tratado de imponerle sus términos, para dejar así una puerta abierta y poder romper con ella en cuanto se cansara, como había hecho en el pasado.

Trabajó duro durante toda la mañana. Limpió, fregó e hizo camas sin poder evitar pensar en todo lo que había pasado. Le dolía haber tenido que rechazar lo que Angelo le ofrecía, pero sabía que al menos esa vez había sido inteligente y estaba haciendo lo que tenía que hacer.

Era algo que no dejó de repetirse a sí misma, como si fuera un mantra, durante los siguientes días. No vio a Angelo ni oyó a nadie hablar de él.

Habían pasado ya tres días desde que estuviera en casa de Angelo. Estaba en la sala de descanso cuando fue a buscarla Maria, su compañera.

–¡Lucia! –la saludó la mujer con una sonrisa y una hoja de papel aferrada contra su pecho.

–Hola, Maria –respondió ella tratando de sonreír y olvidarse un poco de sus preocupaciones–. ¿Te ha escrito Stefano otra carta?

–Todavía no, pero yo quiero escribirle otra –le dijo Maria.

–¿Otra vez?

Solo habían pasado unos días desde que la ayudara a escribir una carta para su hijo.

Maria asintió con la cabeza. Parecía muy segura de su decisión.

–Sí. A él no le gusta demasiado escribir, pero yo quiero seguir escribiendo porque lo quiero mucho.

Se le hizo un nudo en la garganta al escuchar su declaración de amor, tan simple y sincera. El amor de Maria por su hijo no había cambiado y no iba a quererlo más o menos si Stefano le escribía muchas cartas o ninguna. Sabía que el amor de una madre por su hijo era diferente al amor entre un hombre y una mujer, pero...

Se preguntó si ella habría querido y quería a Angelo así. Durante años, se había convencido de que sí lo amaba, pero lo cierto era que no le había escrito ni una sola carta. Ni cuando se fue a los dieciocho años ni cuando regresó de nuevo a Nueva York después de que pasaran la noche juntos. Lo había intentado cuando se enteró de que estaba embarazada. Había escrito muchas cartas con gran dificultad, sin saber qué escribir, cómo explicárselo, pero no había enviado ni una sola. ¿Por qué?

–¿Lucia?

La voz de Maria la devolvió al presente.

–Sí. Lo siento... –le dijo Lucia–. Por supuesto, te ayudaré a escribirla.

Maria se sentó a su lado y colocó una hoja de papel en la mesa, alisándola cuidadosamente con las manos.

Lucia tomó el bolígrafo que le ofrecía su amiga y la miró a los ojos.

–¿Qué te gustaría decirle?

Maria sonrió tímidamente.

–Sólo que lo quiero mucho y que lo echo de menos –le dijo la mujer–. Y que rezo por él.

Lucia escribió todo lo que acababa de decirle.

–Escribe también que estoy mejor de mi artritis. No quiero que se preocupe.

Lucia lo escribió y la miró sonriendo.

–¿De verdad estás mejor de la artritis, Maria?

La mujer se encogió de hombros.

–Bueno, no estoy muy mal...

Lucia se preguntó si a Stefano le preocuparía en absoluto la artritis de su madre. No lo había conocido, pero dudaba que pensara a menudo en su salud.

Suspiró y trató de tranquilizarse, no entendía por qué se había vuelto una mujer tan cínica.

Pero se dio cuenta de que había sido siempre así con Angelo, casi desde el principio.

Aún recordaba cuando se fue de Sicilia por primera vez. Ella tenía entonces diecisiete años y Angelo se había despedido dándole un beso en la mejilla. Había estado muy enamorada de él entonces y se había dicho a sí misma que, si él la miraba de nuevo después de alejarse de ella, significaría que iba a volver a buscarla. Angelo no lo había hecho y aún recordaba la sensación que había sentido entonces. Lo cierto era que no había esperado que lo hiciera.

Ese cinismo y la esperanza que aún tenía en su corazón habían

sido una combinación horrible y muy triste. Sin embargo, así era como ella había sido siempre con Angelo, deseando algo que sabía que él no podía darle.

Y de esa misma manera se había comportado unos días antes, cuando rechazó su ofrecimiento. Se preguntó qué habría pasado si ella hubiera reaccionado de manera diferente, si Angelo habría sido capaz de cambiar. Le encantaría saber si habrían podido tener una oportunidad, si ella se hubiera decidido a apostar por ellos.

–Espero que esta vez te conteste –le dijo Lucia mientras terminaba la carta.

Maria se encogió de hombros y la miró.

–Es un buen chico. Y, aunque no me escriba, siempre sabrá cuánto lo quiero. Eso es lo que importa.

Lucia sintió de nuevo un nudo en su garganta.

–Sí– convino ella en voz baja–. Eso es lo que importa.

Después de ver la conmoción en el rostro de Angelo, había llegado a la conclusión de que él nunca había sido consciente de que ella lo había querido ni de que aún lo hacía.

Lo había amado durante años, durante décadas. Y sin embargo, él no lo había sabido hasta que se lo dijo ella. Era la primera vez que le confesaba sus sentimientos. Y, cuando por fin lo había hecho, se lo había dicho desde la ira y la desesperación, usándolo como un medio más para apartarlo de su lado.

Pero sabía que había sido mejor así, que no podía seguir con él. No iba a permitir que le rompiera de nuevo el corazón.

–Está claro que el imperio Corretti se está desmoronando –les explicó Angelo a los accionistas mientras se esforzaba por mirar a cada uno a los ojos.

Parecían inquietos e incómodos. Ninguno se atrevía a devolverle la mirada.

–La familia Corretti ya no es capaz de sujetar las riendas de su imperio como es necesario ni de guiar sus empresas hacia un futuro más lucrativo y fructífero –añadió él–. Es una obviedad para los que estamos cerca y, lo que es aún más grave, el resto del mundo ya está empezando a darse cuenta.

Ninguno de los accionistas presentes en esa reunión estaban relacionados ni emparentados con la familia Corretti. Sin embargo, les habían sido leales durante muchos años. Angelo sabía que se estaba arriesgando mucho al pedirles que dirigieran esa lealtad hacia él, un Corretti que no era del mismo linaje que el resto de la

familia.

Había convocado esa reunión con los accionistas de Diseños Corretti en Palermo a sabiendas de que Luca estaba fuera del país. Había pensado que le resultaría relativamente sencillo convencerlos para que quitaran a Luca del puesto que ocupaba y decidieran con su voto que el director general fuera él.

Los veía como fichas de dominó, listos para ir cayendo poco a poco. Y entonces, otro pedazo del pastel Corretti sería suyo.

–El precio de las acciones de Diseños Corretti ha caído un tres por ciento durante la última semana –continuó.

Sabía que las cifras, claras y duras, podían ayudarle a convencerlos e influir en sus decisiones.

–Y va a seguir cayendo mientras los Corretti sigan sumidos en sus propios escándalos.

Uno de los accionistas, un banquero de Milán, lo miró a los ojos.

–¿Y qué es lo que propone? –le preguntó.

–Propongo que me elijan director general durante un periodo de prueba –respondió rápidamente Angelo–. Si los precios de las acciones mejoran...

–Las acciones han bajado por culpa de la cancelación de la boda –lo interrumpió una mujer de aspecto duro y fuerte–. Ha habido muchos rumores, pero estoy segura de que el precio se recuperará muy pronto.

–Los escándalos suelen contribuir a aumentar el precio de las acciones en las industrias relacionadas con el mundo de la moda y el glamour –les explicó Angelo con firmeza–. En el caso de Diseños Corretti, sin embargo, las acciones han caído.

Vio dudas en los ojos de la mujer y sintió que cambiaba ligeramente el ambiente en la sala de reuniones. Sabía que siempre habían sido leales a Luca Corretti, pero lo único que importaba era el resultado final.

–Seis semanas –agregó entonces Angelo–. Denme seis semanas y le daré un vuelco a los beneficios de la empresa.

Sostuvo la mirada con cada uno de los presentes y fue viendo cómo sus dudas se convertían en certezas. Se sintió victorioso.

–¿Les parece que votemos? –les sugirió entonces sin querer perder más tiempo.

–¿Interrumpo algo?

Angelo se quedó sin aliento al oír esa voz y se giró hacia ella. Luca Corretti estaba en la puerta de la sala de juntas y lo fulminaba con la mirada. Afortunadamente, consiguió recuperarse enseguida. Sonrió al recién llegado y se recostó en su sillón.

–¡Me alegra que pueda acompañarnos! –le dijo Angelo.

Vio algo muy parecido a la admiración en los ojos de Luca. Supuso que le había impresionado que se mostrara tan audaz.

–Gracias por la invitación –respondió Luca con sarcasmo mientras entraba en la sala.

Angelo sintió en ese momento algo muy parecido al respeto por un hombre al que sabía que debía odiar. Luca Corretti era su primo, el segundo hijo de Benito, hermano de su padre. Había vivido en un palacio, había crecido con todos los privilegios y lujos propios de su familia. Angelo lo había odiado siempre por ser quien era. Pero, en ese momento, no pudo dejar de respetar la autoridad férrea de ese hombre.

Había podido hacerse con el control del hotel insignia de la familia Corretti aprovechando la ausencia de Matteo, pero acababa de darse cuenta de que hacerse cargo de la empresa de moda de Luca iba a ser un poco más difícil.

Su primo dejó el maletín sobre la mesa y fue mirando uno a uno a todos los presentes.

–Bueno... –comenzó con suma educación–. ¿Por dónde íbamos?

Veinte minutos más tarde, la reunión había terminado y Luca seguía estando a cargo de la empresa.

Angelo guardó sus documentos fingiendo una indiferencia que no sentía. Luca lo miró con frialdad desde el otro lado de la mesa.

–Será mejor que te rindas, Angelo –le dijo Luca.

Sonrió al oír su consejo.

–Creo que nunca nos hemos presentado formalmente –repuso Angelo.

–Y, aun así, pareces decidido a arrebatarnos tantas empresas del imperio Corretti como puedas.

–¿Arrebatar? –repitió Angelo levantando las cejas–. Solo son negocios, Luca. Nada más.

–¿Negocios? ¿Solo negocios? No me lo creo, para ti es algo más. Algo personal.

Odiaba el tono burlón del otro hombre, sentía que le hablaba con superioridad.

–Confía en mí –respondió con tranquilidad–. Solo se trata de negocios.

Sin otra palabra, salió de la sala de juntas. Apenas podía controlar la adrenalina corriendo por sus venas mientras bajaba a la calle.

Una vez fuera, se dejó llevar por la ira que lo consumía. Se dirigió hacia la plaza Pretoria sin poder dejar de pensar en lo que

acababa de ocurrir.

Tenía muy claro que podía prescindir de la empresa de Luca. La compra del hotel había sido sobre todo un golpe de imagen, algo mucho más simbólico que la casa de moda que dirigía su primo. Pero no pudo evitar que el resentimiento con el que había vivido toda su vida lo dominara.

Odiaba a la familia Corretti por encima de todo. Odiaba sus aires de superioridad y la indiferencia con que lo habían tratado siempre. Y todo porque sus padres lo concibieron fuera del matrimonio...

Ninguno había mostrado nunca ningún interés por él ni por saber cómo estaba.

De niño, había soñado con que por fin le prestaran atención. Había imaginado que, cuando su padre se enterara de su existencia, lo acogería en su lujoso palacio. Y sus hermanastros y primos se convertirían en sus mejores amigos. Había perdido mucho tiempo imaginando cómo sería tener una familia de verdad, en la que todos lo quisieran.

Pero, por supuesto, nadie lo había hecho.

Solo Lucia. Recordó entonces que Lucia lo quería.

Pero prefería no pensar en eso. Durante esos últimos tres días, desde que dejara a Lucia frente al hotel, no había dejado de pensar en ella. Había llegado a la conclusión de que solo había dos opciones para explicar lo que Lucia le había confesado. O le había mentido cuando le dijo que lo amaba o creía que lo amaba aunque en realidad no era así. No podía serlo.

Creía que no había ninguna otra posibilidad.

No pensaba que Lucia le hubiera mentido sobre algo así, así que había decidido que lo más probable era que, por alguna razón, se hubiera convencido a sí misma de que lo amaba, tal vez como una manera de justificar moralmente su aventura de una noche.

Se le había pasado por la cabeza hacerle ver la verdad, que lo que le estaba diciendo era ridículo, que no podía amarlo, que esa idea no era más que una fantasía.

En un principio, no le había parecido la mejor manera de actuar. Pero, mientras iba hacia la plaza Pretoria, se lo pensó de nuevo.

Creía que podía ser buena idea convencer a Lucia de que en realidad no lo amaba, que no podía amarlo. Esperaba que, en cuanto olvidara esa ridícula y romántica fantasía, reflexionara sobre lo que él le había ofrecido y se mostrara más dispuesta a embarcarse en lo que él quería. Una relación basada en el placer mutuo, sin ataduras ni compromisos.

Pensó que aún tenía la posibilidad de conseguir lo que quería. Y

también lo que ella deseaba. Solo tenía que convencerla para que se diera cuenta de ello.

Lucia estaba recogiendo varios juegos de sábanas del armario cuando oyó una voz tras ella.

–¡Por fin te encuentro!

Se volvió rápidamente y sintió que el corazón se le detenía al ver a Angelo en la puerta de uno de los almacenes de suministro del hotel.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Necesito hablar contigo.

–¿Aquí? ¿Es que quieres que la gente hable de nosotros, Angelo?

–Deja que hablen.

–Es fácil para ti decirlo –protestó ella.

–Antes no solía importarte tanto lo que la gente pensara, Lucia. ¿No te acuerdas?

Su voz era como una caricia, no pudo evitar estremecerse. Entró con ella en el pequeño almacén y lo ocupó todo con su presencia.

–Solías aconsejarme que no me preocupara por lo que la gente pensara de mí ni por lo que me dijeran.

Se centró en contar las fundas de almohada que necesitaba, pero no pudo evitar recordar a Angelo con diez u once años de edad, lleno de heridas después de haberse peleado con alguien, mirándola sin poder contener la ira, pero tampoco su orgullo.

Solía contarle chistes para hacerle reír. A pesar del dolor que compartían, habían encontrado mucho apoyo y comprensión en su amistad.

–Eso fue hace mucho tiempo, Angelo.

–No hace tanto tiempo –le dijo él.

Angelo puso una mano en su muñeca para que dejara las sábanas y lo mirara.

–Tú no me amas, Lucia.

Se volvió entonces hacia él. Le habían sorprendido mucho sus palabras.

–¿Has venido a buscarme para decirme eso?

–Crees que me quieres, pero no es así –insistió Angelo mirándola fijamente con sus ojos oscuros y serios.

Le hablaba con mucha seguridad. No entendía por qué.

–¿Cómo puedes decirme eso? ¿Cómo podrías saber lo que siento, Angelo?

–Porque... –comenzó frunciendo el ceño–. Porque no puedes.

–Porque no puedo –repitió ella.

Lo miró estudiando su rostro, tratando de encontrar alguna pista que le explicara por qué había sentido la necesidad de decirle eso.

–¿Es que alivia tu conciencia de alguna manera creer que yo no te amaba?

–No tiene nada que ver con mi conciencia.

–¿Con qué, entonces?

Oyeron a alguien empujando un carrito por el pasillo y Angelo suspiró con frustración e impaciencia.

–No podemos hablar de esto aquí –le reconoció Angelo.

–Estoy trabajando...

Vio que abría la boca y supo que estaba a punto de ordenarle que dejara de trabajar y fuera a su despacho. Después de todo, era su jefe. Pero se lo pensó mejor.

–¿A qué hora terminas tu turno? –le preguntó de mala gana.

–A las seis.

–Deja que te recoja y...

–¿Para llevarme de vuelta a tu casa? –terminó Lucia por él.

No pudo evitar ruborizarse y se miraron a los ojos. Sabía que también Angelo estaba recordando lo que había sucedido la última vez que habían estado allí.

–No, podemos ir a cualquier otro sitio –le aseguró Angelo–. Podemos ir a cenar.

–¿Como si fuera una cita? –se burló ella ocultando su dolor–. ¿Para qué molestarse tanto, Angelo? No tenemos nada más que decirnos el uno al otro.

–Yo sí tengo algo que decirte.

Se quedó mirando el brillo de sus ojos grises y recordó entonces la conversación que había tenido con Maria esa mañana.

«Siempre sabrá cuánto lo quiero. Eso es lo que importa», recordó que le había dicho la mujer sobre su hijo.

Había perdido mucho tiempo e invertido mucha energía tratando de apartarlo de su lado, pero no parecía haber solucionado nada. Le tentaba la idea de dejar de hacerlo. Y, en lugar de llevar su amor por él como una carga, podría lucirlo como una bandera, algo de lo que estaba orgullosa. Como hacía su compañera con las cartas que le mandaba a Stefano.

Pero una parte de ella temía que Angelo le hiciera más daño.

Tragó saliva y asintió con la cabeza.

–Muy bien –repuso ella volviéndose hacia el armario de la ropa de cama–. Podemos quedar en el Borgo Vecchio.

Se preguntó si recordaría la última vez que habían ido juntos a

uno de los mercados al aire libre de Palermo.

–¿El Borgo Vecchio? Pero si no es más que un mercadillo callejero...

Se volvió para mirarlo con las cejas levantadas.

–¿Te has vuelto demasiado exquisito para ir a un mercadillo?

–No, por supuesto que no –repuso Angelo algo molesto–. Es que me ha sorprendido, eso es todo.

Se dio cuenta de que no lo recordaba, no debía de haber sido importante para él.

–No quiero ir a un restaurante de lujo –le dijo ella–. Y tampoco quiero salir contigo por Palermo como si fuera tu mantenida.

Angelo frunció el ceño al oír sus duras palabras.

–¿Es así como crees que son las cosas, Lucia?

–Es lo que van a pensar los demás –le respondió ella secamente.

Vio sorpresa en sus ojos y supo que, hasta ese momento, no había pensado en cómo había sido su vida durante los meses posteriores a su primer encuentro. Cuando todos podían ver que estaba embarazada y sola, a la merced de los comentarios de la gente en una aldea tan pequeña como Caltarione.

No sabía qué estaba haciendo con él, cómo podía siquiera hablar con un hombre que tenía tan poca consideración por ella.

–No había pensado en cómo sería... –susurró Angelo en voz baja–. Supongo que hay un montón de cosas en las que no he pensado aún.

Le sorprendió que lo reconociera. Era una prueba más de que al menos había cambiado un poco.

–Muy bien, te veré entonces en el Borgo Vecchio poco después de las seis –le dijo Angelo.

Asintió con la cabeza. El corazón le latía con fuerza. Tenía algo de miedo, no quería sufrir más, pero tenía que reconocer que le apetecía verlo.

En medio de emociones tan contradictorias y turbulentas, sentía que una semilla frágil brotaba de nuevo, era una nueva esperanza.

Llevaba mucho tiempo sin sentirla. Pero le había bastado con que Angelo le mostrara un poco de comprensión para que tuviera por fin la esperanza de que las cosas pudieran cambiar entre ellos dos.

Angelo dio vueltas intranquilo por la estrecha calle del Borgo Vecchio, donde había quedado con Lucia. Había mucha gente y puestos de fruta, ropa barata y productos electrónicos por todas

partes. Era un sitio ruidoso y maloliente. No entendía por qué Lucia habría querido verse allí con él.

Podrían haber ido a cenar a uno de los mejores restaurantes de la ciudad, un sitio donde les sirvieran champán, caviar y paté. Creía que era un ambiente mucho más adecuado para seducir a alguien. Pero recordó entonces que no era eso lo que tenía en mente, solo quería hacerle ver la verdad, que en realidad no lo amaba y que una aventura sexual sin compromisos tenía muchas más ventajas.

Se sentía inquieto e indeciso. Y eso no le gustaba. Estaba acostumbrado a tener las cosas muy claras y había asumido desde pequeño la dura verdad. Pero hacía que le surgieran las dudas y que se atreviera a fantasear.

–Hola, Angelo.

Se volvió al oír su voz. Se había recogido su melena oscura en una trenza y notó enseguida que había algo de tristeza en sus ojos.

Había cambiado su uniforme por un sencillo vestido de algodón rosa. Se le fueron los ojos a la suave piel dorada de sus hombros y a la curva de sus pechos.

–Gracias por venir –le dijo él.

Lucia asintió con la cabeza.

–¿Te parece que vayamos ya a comer?

–¿A comer? ¿Aquí? –le preguntó con el ceño fruncido.

–Sí, de pequeño te gustaba la pizza que venden aquí.

Recordó entonces de qué le estaba hablando. Habían ido una vez en autobús hasta Palermo para ver ese mercado. Tendrían unos catorce años. Esa mañana había visto por casualidad a sus hermanastros, Alessandro y Santo, con su padre. Le habían parecido una familia feliz, paseando por las estrechas calles de Caltarione. Le había dolido tanto verlos que Lucia le había sugerido que fueran hasta la ciudad, probablemente para distraerlo y que no pensara en los Corretti. Habían comido pizza y helado y ella no había dejado de contarle chistes para hacerle reír.

Era algo que echaba mucho de menos, tener alguien con quien poder reírse. Se dio cuenta de repente de que Lucia era la única persona con la se había mostrado tal y como era.

–Lo recuerdo –susurró él.

Vio que Lucia sonreía levemente al oírlo.

Fueron hasta uno de los puestos de pizza y los dos eligieron *sfincione*, la pizza típica de Sicilia con migas de pan, queso y anchoas.

Angelo miró su pizza con gesto algo temeroso.

–Y pensar que podríamos estar ahora mismo comiendo lenguado

fresco en uno de los mejores restaurantes de la ciudad… –le dijo él.

–Ni hablar –protestó ella–. No sabría ni qué tenedor usar.

No era la primera vez que Lucia hacía algún comentario en alusión a lo distintas que eran sus vidas y no sabía qué pensar de ello ni cómo se sentiría.

–Seguro que lo aprenderías muy deprisa –repuso él–. Además, cuando vas a un restaurante, lo importante es disfrutar de la comida y hacerlo con el tenedor que te de la gana.

Lucia se rio al oírlo.

–Eso sería lo que harías tú, ¿no?

–Así es.

Lucia lo miró por encima de su pizza con los ojos muy abiertos.

–¿Por qué crees que en realidad no te quiero, Angelo? –le preguntó Lucia en voz baja .

Angelo sintió que algo en él cambiaba en ese instante y tuvo el impulso de negarlo, de convencerla de lo contrario. Le dio otro mordisco a su pizza y apartó la mirada antes de contestar.

–Porque no lo haces.

–Eso no es una respuesta y lo sabes.

Se encogió de hombros. Se dio cuenta de que no había pensado demasiado bien lo que iba a decirle. No tenía más razones que la obvia, creía que no lo podía amar.

–¿Cómo puedes decirme lo que siento o si de verdad lo siento? –insistió Lucia.

–¿Cómo sabes tú que me quieres? –replicó él–. ¿Cómo puedes estar tan segura?

La miró entonces y vio que se había quedado inmóvil, atrapada por la verdad. Tal y como había sabido, no estaba segura. Lo peor de todo era ver que se sentía decepcionado.

Lucia tragó saliva y se humedeció los labios. El simple gesto le recordó cuánto la deseaba. Incluso en ese instante, en mitad de una dolorosa conversación, no podía dejar de pensar en estar con ella.

Le habría encantado no seguir hablando con Lucia. No hacerle más preguntas y poder limitarse a abrazarla y besarla hasta que los dos perdieran la noción del tiempo.

–Yo sé que te quiero –le dijo ella lentamente y en voz baja–, porque cuando estoy contigo me siento completa. Y cuando te vas, me falta algo.

Angelo sintió que se quedaba sin aliento. No tenía palabras, no podía pensar…

–Pero has estado viviendo sin mí durante quince años –le dijo finalmente.

–Lo sé –repuso Lucia con una sonrisa triste.

Él negó con la cabeza. No podía creerlo. Se negaba a hacerlo.

–Dime algo, Angelo –le pidió Lucia–. ¿Por qué no quieres que te quiera? No te estoy pidiendo nada a cambio ni voy a hacer ninguna escena –añadió sonriendo con labios temblorosos–. ¿Por qué te da miedo que te quiera? ¿Por qué te da miedo el amor?

Él no contestó, se limitó a sacudir la cabeza. Una vez más.

–No me puedes amar, Lucia –insistió después.

–No has respondido a mi pregunta.

–Esa es la respuesta.

–Está bien –le dijo Lucia–. Voy a hacerte otra pregunta. ¿Por qué crees que no puedo quererte? Y quiero que me des una respuesta de verdad.

Le temblaba la voz. Aunque le hablaba con calma y sinceridad, sabía que decirle esas cosas le estaba resultando muy difícil. Valoraba mucho que estuviera haciéndolo y decidió que, si ella podía ser lo suficientemente sincera como para admitir que lo amaba, él podía ser lo suficientemente sincero como admitir por qué pensaba que no podía hacerlo.

–Porque... –comenzó él apartando los ojos–. Porque nunca... Nunca me ha querido nadie.

Apretó los labios nada más decirlo. Se arrepintió al instante de haberlo hecho. No se había sentido nunca tan vulnerable ni patético como en ese momento.

Lucia no contestó y se obligó a mirarla a los ojos. Estaba seguro de que habría pena en sus ojos, pero se equivocó. Lo miraba con más fuerza y determinación.

–Entonces, tengo la suerte de ser la primera en hacerlo.

Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas y parpadeó para controlarlas. No podía creer que estuviera casi llorando.

Tardó varios minutos en calmarse y tratar de controlar sus emociones.

–No termino de entenderlo, Lucia. No me dijiste nada de esto cuando te vi en el hotel el primer día ni cuando te hice ir a mi despacho. Entonces ni siquiera admitiste que estuvieras enfadada conmigo. Actuabas como si yo no te importara en absoluto.

–Es que amarte no es lo mismo que desear hacerlo –le dijo ella.

Se dio cuenta de que eso tenía más sentido. Después de todo, Lucia no quería tener esos sentimientos hacia él.

Vio que suspiraba y sacudía la cabeza.

–Si no quería amarte, Angelo, era porque sabía que mi amor no era correspondido –le explicó Lucia–. ¿Quién querría algo así?

Se encogió de hombros.

–Nadie. Supongo.

–Exacto –repuso Lucia–. El caso es que no quería amarte, pero después... Estos últimos días, he estado pensando... He llegado a la conclusión de que tal vez no te haya dado nunca una oportunidad.

–¿Una oportunidad? ¿Una oportunidad para qué?

–Para quererme.

Sus palabras se quedaron flotando en el aire entre ellos como una esperanza, un desafío.

Una oportunidad para quererla...

No sabía qué hacer con algo así.

–Lucia...

–No te estoy pidiendo que lo hagas –lo interrumpió Lucia rápidamente–. No es tan fácil. Pero, si realmente quieres estar conmigo, no pienso aceptar ninguna aventura sin compromiso, todo eso es muy sórdido. Si quieres estar conmigo, tendrás que estar conmigo. Tienes la oportunidad de conocerme otra vez, de invitarme a salir.

–Bueno, ya lo hice. Quería invitarte a cenar a un buen restaurante.

–Sí, para poder hablar conmigo y convencerme de que no te amo. ¿Por qué querías hacerlo, Angelo? ¿Creías que, si lograbas convencerme, me olvidaría de mis sentimientos y me acostaría contigo? ¿Es así como funciona tu retorcida mente?

Le hablaba con seguridad, pero también con humor y él no pudo evitar sonrojarse.

–El amor complica las cosas –se defendió él–. Es difícil...

Y además le daba miedo. Odiaba la idea de amar a alguien y no ser correspondido.

–¿Crees que no lo sé? –respondió ella sonriendo–. Mi vida habría sido mucho más simple y sencilla si no te hubiera querido desde el principio.

–Pues no lo hagas –replicó él.

–Lo he intentado –le aseguró Lucia mirándolo a los ojos–. Pero no he podido dejar de hacerlo, te quiero demasiado.

Sus palabras lo dejaron sin aliento, como si acabara de darle un puñetazo en el estómago.

–Entonces, ¿por qué me estás diciendo esto ahora cuando siempre lo habías negado?

–Porque decidí que debías saberlo –le contestó Lucia–. Quiero que lo sepas. Estoy cansada de fingir que nunca me has importado.

Angelo vio que ella respiraba hondo y su cuerpo se estremecía.

Acababa de mostrarle sus cartas y ponerlas sobre la mesa y él no sabía qué hacer con todo aquello. No sabía qué decir ni qué quería.

Pero cada vez le importaba más esa mujer.

–Ahora te toca a ti –le dijo ella mirándolo con orgullo y determinación–. Decide lo que quieres, Angelo. Si solo quieres sexo, busca a otra mujer. Si quieres una aventura, no me mires a mí.

Sintió una oleada de honda admiración por esa mujer tan fuerte, tan orgullosa y tan valiente. Había sufrido mucho, pero seguía con la cabeza bien alta.

–Pero, si quieres algo más, algo real… Si quieres darnos una oportunidad, entonces… –le dijo con una leve sonrisa–. Ya sabes dónde encontrarme.

Capítulo 9

Lucia no acababa de creerse lo libre que se sentía después de decirle la verdad. Admitir todo lo que le había admitido a Angelo la noche anterior había sido doloroso y difícil. Había pensando que iba a sentirse expuesta e incómoda.

No le había negado nada ni había fingido. No le había lanzado la verdad a la cara como una estratagema defensiva. Se había limitado a entregarle la verdad con generosidad, como un regalo. Ahora era Angelo el que tenía que decir qué hacer con ello.

Ya no tenía nada más que ocultar y ese hecho le daba una increíble y vertiginosa sensación de alivio y alegría. Por supuesto, le preocupaba lo que Angelo decidiera hacer con su regalo, pero no pensaba dejarse llevar por el miedo ni por las dudas.

Por primera vez, el amor que sentía por Angelo no era una debilidad ni una carga que soportar, era lo que la hacía más fuerte.

Vio a varias camareras charlando en el vestuario para el personal cuando llegó al hotel a la mañana siguiente. Se callaron y separaron en cuanto la vieron y no pudo evitar sentir cierta inquietud. Emilia era la única que se atrevió a mirarla directamente y vio envidia en sus ojos.

–Hola –las saludó Lucia dijo con una sonrisa–. ¿Qué tal todo?

–Mira –le dijo Maria mientras tomaba su brazo y la llevaba hasta una mesa al otro lado de la habitación–. Es para ti –añadió señalando un enorme ramo de flores.

–¿Para mí? –repuso Lucia mirando el hermoso ramo de lirios, rosas, orquídeas y claveles.

Era el ramo más maravilloso que había visto en su vida. No pudo evitar que una sonrisa tonta se dibujara en su cara. Era la primera vez que alguien le regalaba flores.

Emilia se cruzó de brazos y la miró con malicia.

–Será en pago por los servicios prestados, supongo… –le dijo la mujer.

Maria miró a Emilia con el ceño fruncido.

–¡No digas tonterías! –la reprendió molesta Maria.

Pero las palabras de Emilia no le hicieron daño, no le importaba lo que pudiera pensar. Se acercó al ramo y tomó la tarjeta que se escondía entre las flores. Leyó el mensaje escrito que Angelo había

escrito a mano.

Quiero esa oportunidad. ¿Cenarás conmigo esta noche? ¿A las ocho?

Su sonrisa se ensanchó aún más y el corazón comenzó a latirle con fuerza. Creía que esa oportunidad tenía el potencial de convertirse en algo maravilloso o hacer que terminara de nuevo con el corazón roto. Sentía ilusión y temor al mismo tiempo.

Durante su descanso a media mañana, Lucia tomó el ascensor de servicio hasta la planta donde estaban las oficinas del hotel. No pudo evitar ruborizarse al ver cómo la miraban.

–¿Está el señor Corretti disponible? –le preguntó a la recepcionista–. Creo que me espera –añadió en voz baja.

–Está reunido.

–¿Podría dejarle un mensaje, por favor? –le pidió–. Dígale que Lucia ha dicho que sí.

La secretaria levantó las cejas, la curiosidad debía de estar matándola.

–¿Eso es todo?

–Eso es todo.

Apenas pudo concentrarse en su trabajo durante el resto del día. No dejaba de pensar en la cena de esa noche. Le preocupaba no tener nada apropiado que ponerse si Angelo la llevaba a un restaurante lujoso. Tampoco dejaba de pensar en cómo iba a ser, de qué iban a hablar...

Por fin iba a tener una cita con Angelo, algo real. Le preocupaba que las cosas no fueran bien.

Cuando regresó a su apartamento esa tarde, estaba agotada y nerviosa. Se duchó y miró después en su armario. Le habría encantado tener algo bonito y femenino que ponerse.

Suspirando, eligió un vestido azul claro. Era muy sencillo, pero era todo lo que tenía. Después de todo, no iba a tratar de impresionar a Angelo ni fingir que era alguien que no era. Quería que él la conociera y aceptara tal y como era.

A modo de maquillaje, solo se puso brillo en los labios y un poco de rímel. Acababa de terminar de arreglarse cuando oyó un golpe en la puerta. Respiró profundamente y fue a abrirla.

Se quedó sin habla cuando vio a Angelo frente a ella. Llevaba una camisa blanca sin corbata y unos pantalones grises. Tenía un aspecto muy elegante e informal. Estaba guapísimo. No podía dejar de mirar sus ojos verdes y admirar cuánto brillaban contra su bronceada piel.

Angelo sonrió, tomó su mano y la hizo girar para verla bien.

–Estás preciosa.

–Sé que no es muy... –comenzó ella.

–Limítate a decir «gracias» –le pidió Angelo.

Ella se echó a reír.

–De acuerdo. Gracias.

Se miraron a los ojos durante unos segundos y Lucia se colocó un mechón de pelo tras la oreja. –Estoy nerviosa –le confesó.

Angelo bajó la cabeza.

–Yo también.

–¿Sí? No lo parece.

–Puede que te sorprenda lo que voy a decirte –le explicó con ironía–. Pero se me da muy bien esconder mis emociones.

Ella se echó a reír de nuevo y sintió que comenzaba a relajarse. Angelo tiró de su mano.

–¿Nos vamos?

Bajaron a la calle, donde Angelo había dejado su lujoso coche.

–¿Adónde vamos? –le preguntó ella nada más sentarse.

–A un sitio pequeño y poco lujoso. No te preocupes –repuso Angelo con una sonrisa.

Ella le devolvió la sonrisa, pero seguía nerviosa. Todo aquello le resultaba extraño, nuevo y emocionante. Pero también le daba miedo.

No hablaron mucho durante el trayecto hasta el restaurante, pero no fue un silencio tenso. El cielo empezaba a oscurecerse cuando Angelo entró en el aparcamiento de un pequeño y modesto restaurante. Estaban en un pueblo de montaña a unos veinte kilómetros de Palermo.

Tal y como le había dicho, el lugar no era nada lujoso. La decoración era sencilla y tradicional. Pero cuando miró la carta se dio cuenta de que seguía siendo un restaurante de clase alta y bastante caro.

–No hay muchos cubiertos en la mesa –murmuró Angelo cuando los llevaron hasta una mesa privada en la parte de atrás.

–Es verdad, creo que estos sabré usarlos –repuso ella sonriendo.

Se les acercó un camarero y Angelo le pidió una botella de vino mientras ella jugueteaba con la servilleta. No era un sitio lujoso, pero seguía sintiéndose fuera de lugar.

–Bueno, cuéntame qué has estado haciendo durante estos últimos quince años –le pidió ella cuando volvieron a quedarse solos.

Angelo sonrió débilmente

–Se podría resumir en pocas frases. He trabajado y trabajado sin descanso. Y he ganado mucho dinero.

–Preferiría que me dieras la versión larga de la historia. ¿Qué hiciste la primera vez que te fuiste de Sicilia?

Angelo se encogió de hombros.

–Me fui a Roma, pero no sé por qué. Fue lo primero que se me ocurrió.

Se lo imaginó en esa enorme ciudad donde nunca había estado, joven y sin dinero. Solo había tenido su ambición y su deseo de triunfar.

–¿Conocías a alguien allí?

–No. Trabajé como mensajero para una financiera. Eso me ayudó a conocer bien la ciudad. Mientras tanto, estuve aprendiendo inglés y ahorrando para poder comprarme un ciclomotor. Un año después, empecé mi propio negocio ofreciendo el mismo servicio, pero más rápido y barato.

–¡Es impresionante! Tu propia empresa con solo diecinueve años...

–Así es. Pasé los siguientes años aumentando y mejorando ese negocio y lo vendí cuando tenía veintitrés años. Quería dedicarme a los negocios inmobiliarios así que compré un edificio abandonado con el dinero de la venta. Estaba en un barrio que empezaba entonces a ganar más valor y lo convertí en un hotel.

Se detuvo entonces y miró hacia otro lado.

–¿Y después? –le preguntó Lucia después de un momento.

Angelo se encogió de hombros.

–Más de lo mismo. Compré un edificio más grande, un centro comercial y así sucesivamente. Hace cinco años me mudé a Nueva York y empecé a hacer lo mismo allí.

–Y ahora lo estás haciendo en Sicilia.

Angelo se quedó callado un segundo. Después, asintió con la cabeza.

–Sí.

El camarero llegó con el vino y Lucia vio cómo Angelo lo hacía girar en su copa, lo probaba y le daba el visto bueno. Había tantas cosas que no sabía de él... Se preguntó cómo y cuándo habría aprendido a valorar un buen vino y otros lujos de los que disfrutaba. Parecía haberse acostumbrado a los trajes de tres mil euros, los coches deportivos y los restaurantes de lujo. No tenía nada que ver con su vida, su viejo apartamento y su trabajo limpiando la suciedad de los demás. Se dio cuenta de que no tenían demasiado en común y temía que eso les impidiera poder tener un

futuro juntos.

–Pruébalo –le sugirió Angelo ofreciéndole una copa de vino.

–Es delicioso –repuso ella después de tomar un sorbo.

–Dime tú qué has estado haciendo estos últimos quince años, Lucia. Además de trabajar.

–No mucho –repuso ella.

–Pero seguro que haces otras cosas, que tienes aficiones...

–Me gusta leer.

–¿Qué tipo de libros?

–Cualquier cosa, la verdad. Me gustan mucho... –comenzó ruborizándose–. Me gustan los libros de viajes. Memorias sobre gente que va a otros lugares y ve otras cosas.

–¿Y te gustaría poder viajar algún día?

–Sí, claro que sí.

Aunque aún no había tenido la oportunidad de hacerlo.

–Recuerdo que solías coleccionar postales de todo el mundo –le dijo Angelo–. Querías ir a París. Tenías una postal de la Torre Eiffel, ¿verdad?

–Sí –respondió ella.

–Solíamos verlas juntos.

–Lo que quieres decir es que te aburría con ellas, Angelo. No es necesario reescribir el pasado. Sé mejor que nadie cómo eran las cosas. Por algo me llamabas «*mi cucciola*», ¿recuerdas? Era como un perrito que te seguía a todas partes. Unas veces me dabas palmaditas en la cabeza y, otras veces, me dabas una patada –le recordó ella sin querer mirarlo a los ojos.

Se quedaron en silencio y se arriesgó a levantar hacia él la mirada.

–Supongo que es verdad.

No sabía por qué le dolía que lo admitiera, pero así fue.

–Pero ese era mi problema, no el tuyo –le dijo Angelo en voz baja–. No valoraba lo que tenía. No me di cuenta de ello hasta que me fui.

–Lo estás haciendo otra vez, Angelo. Intentas reescribir la historia. ¿Esperas que me crea que pensaste en mí alguna vez durante todos esos años, mientras comprabas y vendías empresas y edificios?

Él no contestó y el dolor que sentía fue en aumento. Tragó saliva de nuevo e intentó calmarse. Sabía que no debía dolerle tanto.

–Tienes razón –le dijo Angelo finalmente–. No pensaba en ti. Pero no lo hacía porque así lo había decidido y necesité mucha energía y voluntad para hacerlo.

–¿Qué quieres decir?

–Que te echaba mucho de menos –le confesó Angelo–. Puede que no haya sido consciente hasta ahora, pero te echaba de menos, Lucia. Siempre lo he hecho.

El dolor que había sentido se disolvió y nació una nueva y cálida esperanza en su corazón.

–Yo también te echaba de menos –le dijo ella en voz baja.

–Dime qué más has estado haciendo durante estos últimos años –le pidió Angelo después de un momento.

Admitir que la había echado de menos no habría sido mucho en otra persona, pero sabía que para Angelo era una gran confesión.

–No hay mucho más que contar, la verdad.

–El otro día te vi ayudando a tu compañera. Creo que me dijiste que se llamaba Maria, ¿no?

–Sí –respondió ella–. Tiene problemas con la lectura y la escritura, así que le ayudo con sus cartas. Ya sabes que yo no estudié mucho, pero…

–Los mismos años que yo.

Asintió con la cabeza. Los dos habían tenido que abandonar los estudios a los dieciséis años para ponerse a trabajar.

–La verdad es que me gusta poder ayudarla.

–¿Lo has hecho con más gente?

–Sí, unas cuantas. Hay muchas mujeres en mi situación que apenas saben leer ni escribir. Tengo suerte de haber aprendido a hacerlo bien.

–Es una manera muy positiva de ver las cosas –le dijo Angelo.

–¿Qué quieres decir?

–¿Nunca te has rebelado contra tu destino, Lucia? ¿No te duele haber tenido que trabajar tanto y tener que estar agradecida por el simple hecho de tener al menos un trabajo para poder poner comida en la mesa?

Ella negó con la cabeza.

–No. Sé que no me serviría de nada rebelarme.

–No, pero es normal desear y anhelar algo más.

Sacudió la cabeza de nuevo. Eran muy diferentes y lo sabía.

Angelo siempre había sido ambicioso y había deseado salir de su pequeño pueblo. Ella, en cambio, se había resignado.

Pero una voz en su interior le recordó que no era del todo cierto. Había soñado con la posibilidad de que Angelo regresara a por ella y poder viajar con él, pero solo habían sido sueños, nada más.

Angelo se inclinó hacia delante.

–¿Qué estás pensando? –le preguntó.

–Que somos muy diferentes.

–Eso no es malo.

–No... –susurró ella.

Angelo se inclinó sobre la mesa y entrelazó sus dedos con los de ella.

–En el fondo, Lucia, no somos tan diferentes como piensas.

Ella le devolvió la mirada y sintió cómo Angelo le apretaba la mano.

–Puede que tengas razón –respondió ella con poca seguridad.

–Solo el hecho de que hayas guardado el álbum de postales me dice que has querido algo más.

–Pero eso no quiere decir que tenga que enfadarme con el mundo y que no acepte mi vida.

–No digo que tengas que protestar y quejarte –le dijo Angelo acariciando lentamente cada uno de sus dedos–. Pero podrías hacer algo al respecto.

–Tú eres el único de los dos que hizo algo al respecto, Angelo. Te fuiste de aquí, trabajaste duro y has conseguido mucho.

–¿Te arrepientes de haberte quedado en Sicilia? –le preguntó mirándola a los ojos.

–No tiene sentido arrepentirse. Tenía que quedarme. Tenía obligaciones...

–¿Te refieres a tu madre?

–Sí.

–Y después, nuestra hija... –añadió Angelo en voz baja–. ¿Qué tenías pensado hacer? ¿Que naciera y creciera en Caltarione?

–Claro, no tenía a donde ir.

–Podrías haberte mudado a Palermo.

No sintió que la acusara de nada ni que la juzgara, solo parecía sentir curiosidad.

–Se me pasó por la cabeza la idea de hacerlo, pero eso habría sido muy cobarde. No quería que nadie me echara de mi pueblo –le confesó ella sin querer contarle lo mal que lo había pasado–. No quería que la gente pensara que estaba avergonzada y que por eso me iba.

Angelo apretó con más fuerza su mano.

–¿Es así cómo actuó la gente contigo? ¿Como si tuvieras que sentirte avergonzada?

–Era una madre soltera en un pequeño pueblo –le contestó ella.

Angelo parecía muy afectado. Había mucho dolor y rabia en su mirada.

–Y no solo eras una madre soltera. Además esperabas otro hijo

bastardo de los Corretti.

–Es verdad –reconoció ella sorprendida.

–He tardado demasiado tiempo, pero al final he sido consciente de cómo te debieron de tratar en el pueblo. Tampoco se me han pasado por alto algunas miradas... La gente lo sabe, ¿verdad? Incluso los que trabajan en el hotel y a pesar de que hayan pasado tantos años...

–Algunos lo sabían desde el principio, otros se han ido enterando.

–Pero ¿cómo podían saber que yo era el padre?

–Angelo, el funeral por Carlo Corretti fue en la iglesia en Caltarione. Saliste de allí y fuiste por la calle principal hasta mi casa. Mucha gente te vio entrar y no salir hasta la mañana siguiente. Angelo se quedó callado durante un buen rato. Bajó la mirada y se quedó observando sus manos entrelazadas.

–Debería haber pensado en eso –le dijo después–. Debería haber tenido en cuenta lo que iba a significar para ti. Aunque no te hubieras quedado embarazada, la gente habría hablado. Debería haber...

–¿Qué ibas a hacer, Angelo? Tu vida estaba en Roma. Independientemente de lo que pueda pasar entre nosotros ahora, aquello solo fue un encuentro casual, de una sola noche...

–Solo porque no se me ocurrió pensar que pudiera ser otra cosa –le dijo él.

–¿Qué quieres decir?

–Este es un territorio nuevo para mí, Lucia. Nunca he tenido una relación...

–¿No? ¿Nunca?

Lucia frunció el ceño, le costaba creerlo. Angelo tenía treinta y tres años, era guapo y rico. Estaba segura de que habría tenido relaciones.

–He tenido... He tenido transacciones casi más comerciales que sentimentales –admitió Angelo–. Del estilo de la que te sugerí a ti.

–Me parece una manera muy triste de vivir.

–Lo ha sido. Lo es... Creo que siempre me he sentido vacío.

–¡Oh, Angelo! –exclamó ella.

–Lo siento, no era mi intención entristecerte.

–No, no lo has hecho –le aseguró ella.

–¿Y tú, Lucia? Supongo que habrás tenido unas cuantas relaciones durante estos años.

Ella se rio con incredulidad.

–¿Lo dices en serio? –repuso ella–. Recuerda que no he salido de

Caltarione y que llevo toda mi vida trabajando en la limpieza. Todo el mundo conoce mi pasado y mi vergüenza. ¿Qué hombre siciliano con dos dedos de frente querría estar conmigo?

–Yo mismo –replicó Angelo.

Sonrió al oírlo.

–Pero, ¿de verdad no ha habido nadie? ¿He sido tu único amante? –le preguntó en un susurro.

Lucia no pudo evitar sonrojarse.

–Ya sé que te parecerá patético...

–No, no lo es –le aseguró Angelo con firmeza–. Pero me da un poco de miedo.

–¿Miedo? –repitió sorprendida–. ¿Por qué?

–Porque la gente no suele tener en la vida una segunda oportunidad como esta, Lucia –le dijo con seriedad–. Y no quiero echarlo a perder ni volver a hacerte daño.

Ella abrió la boca, pero no sabía qué decir. No podía asegurarle que todo iba a ir bien, no podía prometerle nada porque no sabía si Angelo le iba a romper de nuevo el corazón o si aquello tenía futuro.

Angelo se quedó mirando la cara de Lucia y vio cómo mil emociones distintas se sucedían en sus ojos. Sabía que ella también tenía miedo. Miedo quizás al ver que eran muy diferentes o miedo a que esa relación no llegara a cuajar.

Supuso que a ella también le asustaba que volviera a romperle el corazón. También él lo temía.

Lo que le había confesado la noche anterior había conseguido poner su vida patas arriba. Porque, aunque al principio le había costado, sabía que era verdad. Lucia lo amaba.

Le parecía sorprendente e imposible, pero la había creído y eso le había dado una nueva esperanza, algo que nunca había tenido en su vida. Quería aprovechar esa oportunidad para aprender a amar y para demostrarle que era digno de su amor.

Pero sentía dudas. Nunca había amado a nadie y no sabía cómo hacerlo o si sería capaz de sentir ese amor. Nada en su vida lo había preparado para todo lo que estaba viviendo esos días. Tanta sinceridad y vulnerabilidad lo abrumaban.

Pensó que los dos necesitaban un descanso. Sonriendo, tomó su carta.

–Supongo que deberíamos pedir –le dijo.

Lucia asintió y pasaron unos minutos eligiendo la comida.

Después, disfrutaron de la cena, la charla y la compañía. Hablaron durante un par de horas sobre cosas intrascendentes, probaron lo que el otro había pedido y, simplemente, disfrutaron de la compañía. Se sentía mucho más relajado y sabía que a Lucia le pasaba igual.

Ya era bastante tarde cuando volvieron a Caltarione. Viajaron en silencio y vio de reojo que Lucia tenía la mirada perdida en el horizonte. Se preguntó si se habría arrepentido de todo aquello, de esa oportunidad que le había ofrecido.

Cuando llegaron al edificio donde vivía ella, subieron las desvencijadas escaleras hasta su apartamento. No le gustaba nada que tuviera que vivir allí. Le habría encantado poder llevarla a su casa y darle todas las cosas que no tenía, que nunca había tenido. Podía ofrecerle cosas materiales, pero también seguridad, comodidad y el tipo de vida que ninguno de los dos había tenido en su infancia. Era el tipo de vida que quería para ella, aunque ella se negara a desearlo. Pero sabía que Lucia quería algo más, algo que no sabía si podría llegar a darle.

Se volvió hacia él cuando llegaron a su puerta.

–¿Quieres...? –comenzó ella.

–¿Pasar? –terminó él–. Más que nada en el mundo, pero no lo haré.

–¿Por qué?

Acarició su mejilla suavemente y le apartó un mechón de pelo.

–Porque quiero hacer esto bien, Lucia. No quiero apresurarme, prefiero ir poco a poco.

Sabía que habría sido muy fácil dejar que el sexo acelerara las cosas entre ellos, que fuera la atracción que sentían el uno por el otro la que hablara. Pero sabía que ella quería más y a él le empezaba a pasar lo mismo.

Lucia asintió con la cabeza y él se inclinó hacia delante para darle un suave beso en los labios. Pero, en cuanto los rozó, no pudo detenerse. Le bastaba con saborear su boca para que se sintiera completamente perdido.

Los labios de Lucia se separaron y él profundizó el beso, abrazándola contra su cuerpo. Le resultaba muy fácil perderse en su calidez y en sus suaves curvas. El resto del mundo desaparecía por completo. Deslizó instintivamente una rodilla entre sus piernas, besándola más apasionadamente aún cuando Lucia se apretó contra ella.

Estaban contra la barandilla de madera y se sobresaltó cuando la oyó crujir. Tiró de ella hacia delante para protegerla.

–¡Dios mío! ¡Este sitio se cae a pedazos!

Se arrepintió de haber dicho algo así, pero ya era demasiado tarde.

–Es mi casa, Angelo.

–No quería ofenderte...

–Lo sé.

Se miraron en la oscuridad y en silencio.

–Ven conmigo a la Copa Corretti, Lucia. Es la semana que viene –le dijo él de repente.

–¿A la Copa Corretti? –repitió sin comprender–. ¿Te refieres a la carrera de caballos?

Él asintió. Otro de sus primos, Gio Corretti, era el propietario de la pista de carreras. Una de las más importantes de toda Italia.

Era un importante evento anual al que asistían los más ricos y famosos. Además de toda la familia Corretti. Nunca había estado, pero quería ir ese año y demostrar su fortaleza ante ellos.

Y deseaba poder hacerlo con Lucia a su lado.

Vio que se mordía el labio y que había incertidumbre en su mirada.

–No lo sé, Angelo...

–No puedes pasar toda la vida escondiéndote, Lucia.

–No me estoy escondiendo.

–Como quieras llamarlo. Sé que mi mundo es ahora muy diferente al tuyo, pero te quiero en mi mundo y en mi vida. ¿No te gustaría venir conmigo? ¿Por favor?

–No tengo nada que ponerme –le dijo Lucia con cara de preocupación.

Estuvo a punto de reírse. Se sentía muy aliviado.

–Eso es fácil de solucionar. Iremos de compras para elegir un vestido.

–Pero no...

–Lucia –la interrumpió él–. Quiero comprarte un vestido. Déjame que lo haga, por favor.

Sabía que no quería aceptar regalos de él, probablemente por lo distintas que eran sus situaciones. Pero lo único que había cambiado era que tenía más dinero que ella. Para lo demás, seguía siendo el mismo chico del que ella se había enamorado. Pero Lucia no parecía haberse dado cuenta aún.

–De acuerdo –respondió ella al final.

–Estupendo, iremos mañana, después del trabajo

–Bueno, la verdad es que tengo el día libre.

–¿En serio? Entonces podemos pasar el día juntos.

–¿No tienes trabajo que hacer ni importantes reuniones?

Tenía varias reuniones, pero le atraía mucho la perspectiva de pasar un día entero en compañía de Lucia.

–Puedo reorganizar mi agenda. Vendré a recogerte a las diez.

Ella asintió con la cabeza.

–De acuerdo –repuso ella con algo de incertidumbre y timidez.

La atrajo hacia él y le dio un beso en la frente.

–Todo va a ir bien –le susurró.

–Eso no puedes saberlo.

–Iremos poco a poco, con calma.

–No creo que sea una cuestión de tiempo ni de ritmo –objetó ella.

–¿De qué tienes miedo?

Ella no contestó, pero no tenía que hacerlo. Sabía muy bien lo que temía, lo mismo que él.

No sabía si sería capaz de amarla, si podría amar a nadie.

Ni Lucia ni él conocían la respuesta. Le dio otro beso más, la soltó y fue hacia las escaleras.

Capítulo 10

Qué tal este?

Lucia miró el ceñido y corto vestido con estampado de leopardo que le mostraba Angelo. Sacudió la cabeza sin poder contener la risa.

–No es mi color –le dijo riendo.

–¿Prefieres un estampado de cebra? –le preguntó mostrándole otro.

–No creo que haya ido nadie nunca a la Copa Corretti con un vestido estampado de cebra.

–Siempre hay una primera vez.

Estaban en una de las boutiques más exclusivas de la ciudad. No era la primera que visitaban y seguía sintiéndose incómoda en tiendas tan lujosas. Pero Angelo estaba consiguiendo que se relajara poco a poco con su buen humor. Había olvidado lo divertido que podía ser.

–Está bien, nada de estampados de animales... ¿Qué te parece este? –le preguntó Angelo yendo a otra parte de la boutique y mostrándole un vestido de seda del color de los zafiros.

–Es precioso –le dijo.

Pero no podía imaginarse llevando uno de esos vestidos. Se sentía como una niña jugando a las compras, como si estuviera fingiendo ser otra persona completamente distinta.

–Pruébatelo –le pidió Angelo–. Hace juego con tus ojos.

No lo tenía muy claro, pero tomó el vestido y fue hasta el elegante vestidor.

–¿Necesita ayuda? –le preguntó la vendedora.

–No, gracias –repuso ella cerrando la puerta.

No le entusiasmaban esas atenciones ni la riqueza y el poder que tenía Angelo. Supuso que era algo que atraería a la mayoría de las mujeres. Ella se sentía orgullosa de todo lo que había logrado, pero le inquietaba que fuera tan poderoso. A veces sentía que no lo conocía y le costaba creer que pudieran llegar a encajar siendo de dos mundos tan distintos, que pudiera llegar a amarla.

Pero no era el momento para preocuparse por esas cosas, al menos por el momento. Estaba terminando de ponerse el vestido cuando Angelo llamó a la puerta.

–Déjame verte.

–Espera un minuto –repuso ella mientras se subía la cremallera.

Abrió la puerta y se quedó sin aliento al ver cómo la miraba Angelo.

–¡Maravilloso! Nos lo llevamos.

–¿No me vas a preguntar si me gusta? –le preguntó ella.

–¿No te gusta?

–Sí, claro que me gusta.

–Entonces, no hay nada más de lo que hablar.

Le costaba aceptar sus regalos, pero trató de relajarse y disfrutar un poco de todo aquello.

Era muy agradable, pero le recordaba lo distintos que eran y lo difícil que sería su relación.

Angelo debió de darse cuenta de que estaba preocupada.

–No te alegra que te haya comprado el vestido, ¿verdad? –le preguntó en cuanto saliendo de la tienda–. ¿Preferirías que no lo hubiera hecho?

–Bueno, no quiero ser desagradecida…

–Pero lo estás siendo.

Se dio cuenta de que había herido sus sentimientos.

–No necesito que me compres cosas, Angelo –le dijo ella.

–Pero es que a mí me hace feliz comprarte cosas.

Lucia se detuvo en la acera y se volvió para mirarlo.

–¿Por qué? –le preguntó ella.

–¿Por qué no? Me gusta verte con cosas bellas y quiero ser quien te las regale. ¿Por qué no quieres que lo haga? La verdad es que no lo entiendo.

Ella se quedó callada durante un buen rato.

–Supongo que me recuerda lo diferentes que somos ahora –le dijo.

–¿De verdad crees que soy tan diferente? Porque, desde que he vuelto a Sicilia, he sentido que volvía a ser el mismo de antes. Un niño triste con la nariz ensangrentada y los sueños rotos.

Se le encogió el corazón al oír sus palabras. De ese niño era del que ella se había enamorado, no del hombre rico y poderoso en el que se había convertido.

Abrió la boca para decírselo, pero Angelo ya iba hacia otra tienda que parecía aún más cara.

–¡Angelo! –protestó ella.

–Necesitas algo para ponerte con ese vestido. Si así te sientes mejor, me lo puedes devolver después.

No sabía si se refería a después de la Copa Corretti o después de

que terminara con ella. Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no oyó a Angelo hablando con la dependienta.

–Pruébate esto –le pidió minutos después.

Vio que vendedora le mostraba un magnífico collar de diamantes. Estaba claro que era la joya más cara de la tienda.

Lucia sacudió la cabeza .

–Hazlo, por favor –insistió Angelo.

Suspiró cansada y dejó que se lo pusiera.

Angelo le dedicó una gran sonrisa.

–*Bellissima* –susurró con satisfacción.

–Es demasiado, Angelo.

Sin decir nada más, se desabrochó el collar y se lo devolvió.

–Me veo ridícula con algo así.

Angelo no parecía muy contento, pero no dijo nada.

Ella respiró hondo y miró las vitrinas.

–¿Qué te parece esto? –le preguntó ella señalando una pinza para el pelo con forma de libélula.

Tenía diamantes y zafiros en sus alas. Le pareció maravillosa.

–¿Prefieres eso?

En realidad, no tenía interés por nada de lo que vendían allí. Solo lo quería a él, al chico del que se había enamorado. Pero no era el momento de explicárselo.

–Sí –le dijo.

La dependienta lo sacó de la vitrina y Lucia se lo puso en el pelo. Le gustó ver que Angelo volvía a sonreír.

Angelo se lo compró y salieron de la joyería.

Dieron un paseo por el puerto y fueron después a un restaurante que tenía, según Angelo, el marisco más fresco de toda Sicilia.

Volvieron a disfrutar juntos. Le resultaba muy fácil charlar con él.

–La verdad es que este barrio deja mucho que desear –comentó ella mientras entraban en el restaurante.

El establecimiento era estupendo, pero estaba rodeado de muelles y almacenes abandonados.

–El gobierno tiene la intención de rehabilitar esta zona –le contó él cuando los sentaron a una mesa en la terraza y con vistas al puerto–. La verdad es que estoy intentando colaborar en el proceso. He presentado un proyecto para construir en la zona.

–¿En serio? –le preguntó sorprendida–. No sabía que tuvieras tantos negocios en Sicilia. Y eso que no tienes la intención de quedarte a vivir aquí.

–No, no quiero vivir aquí de forma permanente.

Ella asintió con la cabeza. Le extrañó que Angelo no viera que eso complicaba la relación que estaban tratando de comenzar. Ella no tenía mucho que la atara a Sicilia. Su madre había muerto, su padre se había ido y tenía pocos amigos, pero...

Una parte de ella sabía que Angelo acabaría alejándose de ella otra vez.

Pero prefería no pensar en eso.

–¿Qué te hizo decidir volver a Sicilia después de tanto tiempo? ¿Sólo la oportunidad de hacer unos cuantos negocios?

Angelo la miró durante unos segundos. Después sonrió y bebió un sorbo de vino.

–Sí –respondió–. Solo por esos negocios.

Pasearon después de comer y regresaron al casco antiguo de la ciudad. El sol estaba en lo más alto y era muy agradable pasear de su mano por las estrechas calles del centro.

A pesar de su elegante ropa y del poder que emanaba, casi podía imaginar que Angelo volvía a ser el chico del que se había enamorado.

–Esto me recuerda a los viejos tiempos –le dijo ella.

–¿A que sí? –replicó él volviéndose hacia ella con una sonrisa–. Creo que eres la única persona en el mundo con la que me muestro tal y como soy –admitió en voz baja.

Ella sentía lo mismo y notó que volvía a llenarse de esperanza.

–A mí me pasa lo mismo –reconoció ella apretándole con ternura la mano.

Angelo no había disfrutado tanto en toda su vida. Pasar el día con Lucia había conseguido aliviar el vacío que siempre había tenido en su interior. Se sentía feliz y completo.

Por eso estaba tan asustado.

Le había dicho a Lucia que el amor era complicado y empezaba a darse cuenta de que había dado en el clavo. Ese sentimiento crecía dentro de él sin que pudiera contenerlo, desordenando sus pensamientos, sus ambiciones, todo. Había llegado a Sicilia con un plan muy simple: arruinar a la familia Corretti. Había soñado con la venganza durante muchos años y se había convencido de que era todo lo que quería, pero ya no lo tenía tan claro.

Solo podía pensar en Lucia.

En ella y en tener un futuro y una vida a su lado. Era algo con lo que nunca había soñado.

Pero, durante los últimos días, se había sorprendido imaginando

una casa en algún lugar, una cocina soleada y fruta en la mesa. Un niño dando saltos hacia él y unos brazos amorosos que rodeaban su cintura. Era algo en lo que nunca había pensado y no sabía si algún día iba a encontrarse en esa situación.

–¿Angelo?

Su voz lo devolvió a la realidad. Lucia lo miraba con una sonrisa, pero había preocupación en sus ojos. A él le pasaba lo mismo.

–Bueno, debería llevarte de vuelta a casa –le dijo él–. Tengo que volver al trabajo.

–Entiendo...

Sabía que había sido algo frío, pero lo cierto era que tenía que centrarse de nuevo en los motivos que lo habían llevado de vuelta a Sicilia.

No hablaron durante el viaje de vuelta a Caltarione y no pudo evitar tensarse cuando llegó al pueblo. Odiaba este lugar y los recuerdos que tenía de ese sitio.

–Párate aquí –le pidió Lucia.

La miró con sorpresa. Quedaba medio kilómetro para llegar a su casa. Pero vio entonces que estaban al lado de la iglesia y se quedó sin aliento.

–¿Está segura?

Lucia asintió con la cabeza. Aparcó el coche al lado de la carretera. Aunque no había nadie por la calle, podía sentir las miradas indiscretas y los comentarios. Se preguntó cuántos estarían mirándolos desde detrás de las cortinas y las persianas. Muchos lo reconocerían como el hijo bastardo de Carlo Corretti y a ella como la mujer que había dado a luz a su hijo.

Quería mucho más para ella y quería ser él quien se lo diera. No entendía por qué Lucia parecía no entenderlo ni aceptarlo.

Se volvió hacia ella. Estaba muy pálida. Le dolía pensar en cuánto habría sufrido.

–Lo siento –le dijo él entonces–. Siento no haber estado contigo cuando estabas embarazada. Y siento no haberme dado cuenta de lo duro que sería vivir para ti en un pueblo como este.

–Fue duro, pero mereció la pena –repuso ella.

–¿Sí? A pesar de que...

–Sí –lo interrumpió Lucia con firmeza–. A pesar de todo.

Sintió un nudo en la garganta y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Vamos –le dijo Lucia tomando su mano.

Fueron en silencio hasta el cementerio. Había un pequeño jardín

en la parte posterior con lápidas más pequeñas. Y allí, en una esquina, bajo un rectángulo de mármol blanco, estaba su hija. La inscripción era breve y simple: *Angelica, molto amata*. Muy querida.

Se agachó y tocó la lápida de mármol. Sintió las lágrimas de nuevo. No podía hablar.

Lamentó una vez más no haber estado allí. Por Angelica y también por Lucia.

Sintió entonces que ella lo abrazaba por la cintura y que después apoyaba la cabeza en su hombro. Tenerla allí era el mejor bálsamo para el dolor que sentía en esos momentos.

–Lo siento –dijo él de nuevo.

–Lo sé –respondió Lucia–. Pero no te he traído para abrir las heridas del pasado, Angelo, sino para sanarlas y mirar hacia el futuro.

Le temblaba la voz. Los dos tenían miedo al futuro. Pero empezaba a pensar en cómo sería ese futuro si Lucia estaba en su vida y también tenía amor.

El sol había empezado a esconderse tras la iglesia y el cementerio se llenó de sombras.

–Nos tenemos que ir –le dijo él.

Volvieron en silencio hasta el coche y fue directamente a dejarla en su apartamento.

Después, fue a su despacho en el hotel Corretti. Se sentía inquieto y nervioso. Después del tiempo que había pasado con Lucia, se habían abierto viejas heridas y tenía nuevas dudas. Anhelaba estar con ella, pero odiaba sentirse así, creía que le hacía débil.

Y siempre había odiado esa debilidad y el vacío que nunca había terminado de llenar.

Su vida había estado repleta de decepciones desde el principio. Su padre lamentaba que hubiera nacido y lo mismo habían pensando su madre y también sus abuelos.

Nadie lo había querido. Había aprendido a vivir sin amor y era complicado asumir el reto que Lucia le presentaba, apareciendo en su vida llena de esperanza, amor y miedo.

Una parte de él le decía que era mejor que admitiera cuanto antes que aquello no podía funcionar, para evitar que los dos perdieran más tiempo.

–Señor Corretti, ha tenido varios mensajes...

La voz de la recepcionista lo devolvió a la realidad. La miró con impaciencia.

–Déjalos en mi escritorio –le pidió.

Empezaba a dolerle la cabeza y no tardaría mucho en convertirse en migraña. Podía notarlo.

Miró los mensajes y el dolor se incrementó al ver el precio tan alto que iba a tener que pagar por no haber estado en su oficina en todo el día. Había llamado uno de los accionistas de Diseños Corretti, el banquero de Milán al que había estado a punto de convencer para quitar a Luca y ponerlo a él como director general.

También había llamado Battaglia para hablar con él sobre su proyecto para la zona portuaria.

Tenía un mensaje de uno de sus hermanastros, Alessandro Corretti, que quería reunirse con él para hablar de ese mismo proyecto.

Dejó caer todos los mensajes. Se dio cuenta de que no había podido escoger un día peor para faltar al trabajo. Temió haber perdido muchas oportunidades mientras pasaba el tiempo con Lucia, persiguiendo sueños que ni siquiera tenía derecho a tener.

Creía que había sido estúpido y muy débil.

Con nueva energía y decisión, se sentó y sacó el teléfono. Dejó de pensar en Lucia y en nada que tuviera que ver con el amor y los sentimientos. Tenía mucho que hacer. Después de todo, para eso había regresado a Sicilia.

Lucia miró su reflejo en el espejo. La libélula de brillantes relucía en su pelo. Lo había dejado suelto y con algunos rizos suaves. El vestido azul era maravilloso. Los zapatos, en cambio, no le quedaban tan bien y estaban algo desgastados. Ni a Angelo ni a ella se les había ocurrido que iba a necesitar zapatos nuevos.

Suspirando, se apartó del espejo.

Ni siquiera creía que a él fuera a importarle si su aspecto era perfecto o no. Habían pasado cinco días desde que Angelo la dejara en su casa y no lo había vuelto a ver. Ni siquiera la había llamado. Todo eso le resultaba demasiado familiar. Ya había pasado por ello.

Pero no quería ser pesimista. Supuso que habría estado muy ocupado. Lo entendía, aunque no le gustaba. Respiró profundamente y fue al salón a esperarlo. Su secretaria le había enviado un mensaje esa mañana para decirle que iba a recogerla a las cinco.

Solo esperaba que no hubiera cambiado de opinión.

A las cinco y diez, empezó a preocuparse. A las cinco y cuarto, comenzó a dudar. Y, cuando vio que eran las cinco y media, se dio cuenta de que no iba a ir a buscarla.

Pero fue justo entonces cuando oyó pasos rápidos en la escalera y un fuerte golpe en la puerta.

–Lo siento, llego tarde –se disculpó Angelo en cuanto abrió la puerta.

–¿Qué es lo que ha pasado? –le preguntó ella.

–Una reunión de negocios que se alargó más de lo previsto –le explicó Angelo–. ¿Nos vamos?

Angelo le ofreció su brazo y, después de un momento de pausa, Lucia lo aceptó. Podía sentir lo tenso que estaba. Se dio cuenta de que algo había cambiado, algo iba mal.

–¿Pasa algo, Angelo? –le preguntó tratando de mantener la calma.

–No, lo siento. He estado un poco estresado por el trabajo. Eso es todo.

Angelo la atrajo hacia su cuerpo y la besó en la frente. Ella lo abrazó y sintió entonces que se relajaba un poco.

–Estás preciosa, Lucia.

Ella también se relajó. Se echó hacia atrás y le dedicó una gran sonrisa.

–Tú también estás muy guapo.

Angelo sonrió y bajaron de la mano a la calle.

No hablaron mucho de camino a la población costera donde se celebraba la Copa Corretti.

Supuso que estaría algo tenso, sabiendo que era su primo quien organizaba ese evento tan prestigioso. No entendía cómo podía odiarlos tanto y querer al mismo tiempo usar su apellido.

Cuando llegaron al hipódromo, un botones se acercó a abrirle la puerta del coche.

Se quedó impresionada al ver a tantas mujeres con vestidos de diseño. Estaban rodeados de lujo y elegancia. No pudo evitar sentirse algo incómoda. Era una suerte contar con la presencia tranquilizadora de Angelo a su lado.

Le explicó que estaba a punto de empezar la carrera principal de la Copa Corretti. Fueron juntos hasta la zona más exclusiva del hipódromo y, cuando encontraron sus asientos, un camarero se les acercó para servirles champán.

–Después de la carrera se celebra una fiesta que pone el broche de oro al evento –le dijo Angelo.

–Es la primera vez que pruebo el champán –le confesó ella.

–A ver qué te parece.

No le gustó. Era más amargo de lo que había esperado y las burbujas le hicieron cosquillas en la nariz. Dejó la copa en la mesa

de mármol que había entre ellos y trató de calmarse. Pero no le gustaba estar allí.

–¿Vas a apostar? –le preguntó ella.

–Sí, por supuesto –repuso Angelo con seriedad.

Había algo en su tono que la inquietó aún más.

–¿Por qué caballo?

–Por Trueno.

Lucia no sabía nada de carreras de caballos, pero había oído a la gente comentar que Trueno era un caballo procedente de España que llevaba poco tiempo compitiendo y al que nadie apoyaba allí. Todo el mundo quería que ganaran los caballos de Gio Corretti, que habían sido criados en Sicilia. Todo el mundo menos Angelo.

–Pero no es probable que gane, ¿verdad?

–No.

–Entonces, ¿por qué vas a apostar por él?

–Hay cosas más importantes que el dinero –repuso Angelo algo molesto con la pregunta.

–Por supuesto, pero siendo una carrera de caballos y una apuesta... Me extraña que te preocupe otra cosa que no sea ganar dinero. Uno apuesta para ganar, ¿no?

Angelo la miró. Su rostro no expresaba lo que sentía.

–Así es, se trata de ganar –le dijo finalmente.

Pero su enigmática respuesta no le había aclarado nada.

Entraron otros invitados a la tribuna y Angelo se levantó a saludarlos. Lucia vio que una de las mujeres miraba despectivamente la libélula que se había puesto en el pelo y después sus zapatos. Intentó no sonrojarse, pero se sentía muy avergonzada. Creía que todos podían ver que estaba fuera de lugar. Ese no era su mundo y tampoco quería que fuera el de Angelo. Estaba deseando volver a casa.

–¿Todo bien? –le preguntó Angelo.

–Sí –mintió ella con una sonrisa forzada.

Estaba en tensión y la noche no había hecho más que comenzar. Miró de reojo a Angelo. Parecía tan nervioso como ella. Sabía que no se estaba divirtiendo y eso le gustó. Tal vez no fueran tan diferentes como había pensando. Ninguno de los dos quería estar allí.

Apenas hablaron. Pocos minutos después, comenzó la carrera. Lucia se distrajo mirando la belleza de los caballos. Eran animales increíbles, muy elegantes, y la pista estaba en un lugar maravilloso, con el mar al fondo y el sol iluminando el horizonte con los colores del atardecer. Antes de que supiera qué estaba pasando, terminó la

carrera y Trueno llegó en quinto lugar.

Había ganado el caballo de Gio Corretti.

–¿Cuánto dinero has perdido? –le preguntó a Angelo con una sonrisa.

–¿Qué importa? –repuso él encogiéndose de hombros.

Pasaron entonces al pabellón donde se iba a celebrar la fiesta y el baile.

Había un montón de camareros ofreciendo a los invitados más champán, fresas bañadas en chocolate, caviar, paté... Era comida que no había probado nunca y no le gustó demasiado. Angelo siguió mirando a su alrededor como si estuviera buscando a alguien. Apenas hablaba con ella y cada vez estaba más molesta.

–Angelo...

–Ven aquí –la interrumpió tomándola del brazo y caminando hacia un hombre que acababa de entrar.

Vio que era Gio Corretti, hijo de Benito Corretti, y primo de Angelo.

El hombre saludó con un gesto a su primo y le dedicó una breve sonrisa. El rostro de Angelo, en cambio, era implacable. Podía notar lo tenso que estaba.

–Has perdido bastante dinero esta tarde, ¿no? –le comentó Gio mientras le daba la mano.

–No tanto, ha sido poco para mí, Gio –repuso Angelo.

–Entiendo –asintió Gio Corretti.

Lucia no entendía nada. Los dos hombres se miraban a los ojos, le parecía increíble que se comportaran de manera tan inmadura. Le entraron ganas de gritar. Estaba desesperada.

–No soy yo contra quien luchas. Lo sabes, ¿no? –le dijo Gio en voz baja.

Angelo se puso aún más rígido.

–¿Quién dice que esté luchando? –replicó Angelo.

–¿No es así? –le preguntó Gio.

–No, solo se trata de negocios.

–Sí, claro... –repuso Gio encogiéndose de hombros.

Se dio la vuelta y se fue. Angelo parecía fuera de sí. Le temblaba todo el cuerpo. Estaba furioso y dolido, no podía ocultarlo. Sabía cómo se sentía, como si no lo tuvieran en cuenta, rechazado una vez más por otro miembro de la familia Corretti.

Lo que ella había visto era respeto por parte de Gio Corretti ante un hombre hecho a sí mismo como Angelo, pero él no parecía ser consciente de ello.

–Angelo... –murmuró ella.

Pero sacudió la cabeza y se apartó de ella.

–Vámonos.

Quería irse de allí, pero no le gustó que quisiera irse de esa manera ni que le diera órdenes.

–¿No crees que...?

–Ya he hecho lo que vine a hacer –la interrumpió Angelo.

Tomó su mano y salió con ella del salón de baile.

No hablaron hasta que estuvieron en el coche y de vuelta hacia Palermo.

–¿Qué es lo que ha pasado? –le preguntó ella en voz baja.

–¿Qué quieres decir?

–¿Por qué querías que viniera contigo, Angelo? ¿Por qué has venido tú? Ha quedado muy claro que no lo has hecho por amor a las carreras de caballos.

–¿Acaso te ha gustado a ti la experiencia?

–No, pero eso no creo que te sorprenda, ¿no? Nunca he querido codearme con ese tipo de gente –le recordó ella–. Ni me gusta esa clase de vida.

–¿Nunca has soñado con tener algo mejor y poder dejar de hacer las camas de otros y de limpiar sus malditos baños?

–Es un trabajo tan respetable como cualquier otro, Angelo.

–Hay más cosas en la vida que un trabajo.

–Eso ya lo sé. Hay cosas más importantes. Como el amor, la familia, los niños, la felicidad...

Se le hizo un nudo en la garganta. No sabía cómo habían llegado a esa discusión tan desagradable en tan poco tiempo y no sabía cómo salir de esa situación.

–Pero no creo que te refirieras a ese tipo de cosas.

–No, no me refería a eso –repuso Angelo con los ojos fijos en la carretera.

Lucia cerró los ojos. No le gustaba la dirección que estaba tomando esa conversación. Se quedaron en silencio durante mucho tiempo.

–¿Cuánto dinero has perdido hoy? –le preguntó ella sin poder contenerse.

–¿Importa eso?

–Yo creo que sí.

Angelo la miró irritado.

–¿Por qué? Tengo un montón. Y como no quieres que me lo gaste en ti...

–No es el dinero lo que me preocupa, no entiendo por qué no me dices la verdad.

–Y yo no te entiendo a ti, Lucia.

Estaba muy cansada, demasiado cansada.

–No me has traído a la Copa Corretti porque quisieras estar conmigo. Y no pensabas en mí cuando me compraste este vestido ni cuando quisiste comprarme el collar de diamantes más caro de la joyería. No querías complacerme ni hacerme feliz.

–¿Por qué crees que lo hice entonces?

–Porque querías utilizarme para presumir de pareja y de ti mismo, de todo lo que has conseguido –respondió ella–. Solo querías que te vieran los Corretti porque, a pesar del tiempo que ha pasado, sigues odiándolos. Y no sé por qué. Ahora eres más rico y poderoso que ellos. Creo que por eso apostaste por el caballo perdedor. Para demostrarles que puedes perder mucho dinero sin despeinarte –continuó ella–. Y por eso compraste el hotel. ¿Qué estás tratando de hacer, Angelo? ¿Arruinarlos?

–Cualquier cosa que les suceda, se lo merecen.

–¿Cómo puedes decir eso? Nadie se merece que lo arruinen. ¿Por qué sigues enfadado con ellos, Angelo? Es con tu padre con el que debías estar enfadado y él está...

–No hables de mi padre –la interrumpió él en un tono que la inquietó.

–¿Por qué?

Angelo suspiró y sacudió.

–No quiero hablar de él. Eso es todo.

Lucia cerró los ojos. Estaba agotada y decepcionada. No entendía cómo no se había dado cuenta antes de los planes que tenía Angelo. Era como si ese odio hubiera sido lo único que lo había empujado a llegar donde estaba, en una posición que le permitía vengarse de los Corretti.

Creía que el amor no iba a poder florecer en un corazón donde solo parecía haber sitio para el odio y la sed de venganza.

Llegaron poco después a Caltarione y Angelo se detuvo frente a su apartamento.

–No entiendo por qué te importa tanto lo que haga o deje de hacer, no tiene nada que ver con nosotros –le dijo Angelo sin mirarla–. ¿Por qué te molesta? No son buena gente y pensé que también tú los despreciabas. ¿Acaso no es así? –añadió con suspicacia.

–¿Qué estás diciendo? –le preguntó ella.

–¿Por qué los defiendes? ¿Es que alguno de mis hermanastros te ofreció algo de consuelo aprovechando mi ausencia? A lo mejor querías estar con un Corretti de verdad...

Lucia no pensó, se limitó a reaccionar y lo abofeteó.

Angelo se llevó la mano a la mejilla mientras la miraba con incredulidad.

No se arrepentía de haberlo abofeteado, pero sí de todo lo demás. De esa noche y de la discusión que habían tenido.

Angelo se cubrió la cara con las manos mientras dejaba escapar un suspiro tembloroso.

–¡Dios mío, lo siento! –le susurró–. ¿Cómo te he podido decir algo así? Sé que no es verdad.

Se quitó las manos de la cara y la miró con tanta desolación y dolor que también a ella le entraron ganas de llorar.

–Perdóname, Lucia. Perdóname por todo. Soy un malnacido... Te he tratado fatal. Siempre lo he hecho –gimió lloroso–. No puedo hacer esto...

Extendió la mano hacia él y acarició su mejilla.

–Lo estás haciendo, Angelo. De otro modo, no habrías podido admitir lo que acabas de decirme.

–Eso no es decir mucho.

–Bueno, es algo.

Angelo la miró fijamente, con los ojos brillantes.

–Vámonos de aquí –le dijo de pronto–. Lejos de Sicilia. Aquí siento que me convierto en alguien que no quiero ser. Deja que te lleve a algún sitio donde nunca hayas estado, Lucia.

–Pero tengo que...

Se detuvo antes de terminar la frase. Angelo parecía tan desesperado... Y sabía que, a su manera, había sido tan terca como él, negándose a recibir sus regalos. Pensó que quizás les viniera bien escapar.

–Por favor, Lucia.

Ella sonrió de nuevo y se acercó lentamente a él para besarlo en la boca.

–Sí, de acuerdo –respondió ella–. Vamos a escaparnos de aquí...

Capítulo 11

Angelo miró a Lucia con una sonrisa. Estaban sentados el uno frente al otro en su jet privado. Creía que había tomado la decisión correcta y que les sentaría bien estar fuera de Sicilia durante un tiempo.

En la isla se había sentido atrapado y herido. Allí tenía demasiados recuerdos de su infeliz infancia.

Cada vez que recordaba el desdeño con el que le había hablado Gio Corretti sentía que le hervía la sangre en las venas. Esperaba que pensara de forma diferente cuando se hiciera cargo de otro pedazo del imperio Corretti. La noche anterior, después de dejar a Lucia en casa, había organizado varias reuniones con accionistas de las empresas de los Corretti.

–Estás frunciendo el ceño –le dijo Lucia en voz baja.

La miró entonces, fijándose en el azul de sus ojos y en la sombra de preocupación que había en ellos. Creía que ella no lo entendía, no compartía su necesidad de venganza.

–Lo siento. Estaba perdido en mis pensamientos.

Se inclinó hacia delante para besarla. No podía pensar en negocios, accionistas ni adquisiciones cuando sus labios se encontraban. Lucia era la fruta más dulce que había probado nunca. Deseaba tomarla en sus brazos y perderse en su cuerpo. No habían vuelto a compartir más que besos desde aquellas inolvidables horas en su casa, pero esperaba que las cosas cambiaran esa noche.

–¿Ni siquiera me vas a decir adónde vamos? –le preguntó Lucia–. No será muy lejos, ¿no?

–No –repuso él sonriendo–. Estamos a punto de llegar.

Veinte minutos después, el avión aterrizó. Lucia apretó entusiasmada sus manos sobre el pecho y se volvió hacia él con los ojos brillantes.

–¡París!

–Siempre me dijiste que querías venir –repuso besándola de nuevo–. Espero que esté a la altura de tus expectativas.

–Seguro que sí –murmuró ella.

Angelo se sintió mucho más tranquilo y relajado. Se alegró una vez más de haber tomado la decisión de irse de Sicilia. Creía que, lejos de allí, podrían ser ellos mismos y aprender a amarse.

Lucia estaba en una nube. Por fin estaba en París y con Angelo. Se sentía como si fuera cumpleaños y Navidad, todo en uno. Todo lo que siempre había querido. O casi.

Fueron en limusina hasta la ciudad y ella mantuvo todo el tiempo la nariz pegada al cristal, observando todos los monumentos por los que iban pasando: la plaza de la Concordia, el Arco del Triunfo, el museo del Louvre y, por supuesto, la Torre Eiffel.

Tenía en casa postales de todos esos lugares, pero la realidad era mucho mejor.

–Quiero verlo todo –dijo ella suspirando.

–Lo harás –repuso Angelo riendo–. Pero antes vamos a comer.

Se alojaron en la suite presidencial del hotel Georges Cinq. No podía dejar de mirar las antigüedades, la enorme bañera de mármol, el balcón privado... Había limpiado suites casi tan lujosas como esa, pero nunca había dormido en una.

Miró las vistas de la Ciudad de la Luz desde el balcón y sacudió la cabeza con asombro.

–¿Te gusta? –le preguntó Angelo con algo de incertidumbre.

–¿Que si me gusta? –repitió ella–. Nunca he estado en un sitio como este. Es incluso mejor que la suite del ático en el Corretti.

–Por ahora, pero tengo intención de convertirlo en el hotel más lujoso de toda Europa.

–Seguro que lo conseguirás –le dijo.

Lejos de Sicilia, de los recuerdos y los prejuicios, sentía que le resultaba más fácil ser comprensiva con Angelo y su nueva vida. Esperaba que por fin allí pudieran ser las personas que querían ser y que encontraran el amor.

–Gracias por traerme, Angelo –le dijo yendo hacia él y tomando sus manos.

–Gracias a ti por venir conmigo –repuso abrazándola–. Me alegra haber escapado de la locura siciliana. Allí me siento atrapado.

–Lo sé –le dijo ella–. Vamos a ver la ciudad.

Pero Angelo seguía sin soltarla.

–Se me ocurre una idea mejor. ¿Por qué no nos quedamos aquí en el hotel...? –le sugirió Angelo.

A ella también le parecía una buena idea, pero... Pensar en hacer el amor con él la emocionaba y aterrorizaba a partes iguales. Esa vez no iba a ser un rápido y apasionado encuentro sexual o una aventura de una noche. Sería mucho más.

Sin dejar de reír, Angelo la soltó.

–Vamos. No me perdonaría si por mi culpa no puedes ver la Torre Eiffel –le dijo él.

Fueron hasta allí y subieron en ascensor hasta el mirador superior. La ciudad se extendía ante ellos como un mapa. Hacía un día despejado y espectacular. Angelo apretó con fuerza sus manos mientras miraban la ciudad.

–¿Es como lo imaginabas?

–Mejor.

–Es estupendo cuando las cosas están a la altura de tus expectativas, ¿verdad?

–¿Ha sido así para ti, Angelo? –le preguntó ella al verlo más serio.

–¿A qué te refieres?

–Al éxito, la riqueza, el poder, la venganza... A todo eso. ¿Ha estado a la altura de tus expectativas? ¿Es como esperabas que iba a ser?

Angelo entrecerró los ojos, pero no la miró.

–La riqueza y el poder tienen sus ventajas.

–Pero ¿llenan ese vacío?

–¿De qué estás hablando? –preguntó Angelo algo molesto.

–¿No te acuerdas? Cuando tu... Cuando Carlo Corretti murió, viniste a verme. ¿Recuerdas lo que me dijiste? Te preocupaba que tu padre había muerto y no sentías nada. Te sentías vacío.

–¿Por qué estamos hablando de eso? –repuso con impaciencia–. Pensé que habíamos venido a París para olvidarnos de todo eso. Al menos por un tiempo.

–¿Te parece mal que quiera saberlo? ¿Que quiera conocerte mejor?

–No, no es malo. Pero me resulta difícil, Lucia. Y sé que no entiendes por qué hago las cosas que hago –le explicó Angelo.

–Bueno, no tenemos por qué hablar de esto ahora –concedió ella.

–Hay mucho más que ver en esta ciudad, ¿sabes?

Pasaron la tarde recorriendo los lugares más turísticos, paseando por Montmartre y por el Barrio Latino. También visitaron el moderno Centro Pompidou y el museo del Louvre.

Fueron a los Campos Elíseos y Angelo insistió en comprarle un vestido para la cena. Eligió uno negro con tirantes que la hacía sentirse sofisticada y sexy.

–Y será mejor que esta vez no nos olvidemos de comprar zapatos –murmuró Angelo haciéndole un guiño.

Los dos se echaron a reír. Se dio cuenta de que no se le habían pasado por alto los viejos zapatos que tuvo que ponerse para la Copa Corretti.

–¿Qué te parecen esos? –le preguntó Angelo señalando unos de alto tacón plateado e incrustaciones de diamantes.

–¡Son ridículos y carísimos! –protestó ella.

–Sí, pero te encantan.

Tenía que admitir que era verdad. Nunca había tenido nada tan frívolo y extravagante y de repente esos zapatos le parecieron los más bonitos que había visto en su vida.

Angelo entró con ella en la tienda y unos minutos más tarde, le estaba poniendo uno de los zapatos.

–Me siento como si fuera Cenicienta –le dijo riendo al verlo arrodillado frente a ella.

–Tú eres mi Cenicienta.

–Y eso es todo lo que quiero ser –repuso ella con el corazón a mil por hora.

Se puso de pie y anduvo unos pasos por la tienda. No era fácil hacerlo, pero se sentía muy sexy.

–Nos los llevamos –le dijo Angelo al dependiente.

La abrazó después y le susurró al oído para que solo pudiera escucharlo ella.

–Tengo la fantasía de verte con esos zapatos y nada más.

Se estremeció al oírlo y apartó la mirada.

–Vaya... Bueno, me parece una... Una fantasía interesante –murmuró.

Cuando volvieron por fin al hotel, Lucia estaba agotada pero feliz. Angelo se había mostrado relajado y divertido durante toda la tarde, recordándole al chico del que se había enamorado como una tonta. Seguía siendo un hombre rico y poderoso, pero el verdadero Angelo seguía existiendo y darse cuenta de ello la llenaba de alegría.

De camino al baño de la suite, se detuvo frente a las puertas entreabiertas del balcón. Alguien había preparado la mesa para la cena, con un elegante mantel e incluso velas.

Se volvió hacia Angelo.

–¿Cómo...?

–Me gustaría decirte que me ha costado mucho organizarlo, pero solo tuve que hacer una llamada, la verdad –repuso él.

–Aun así –murmuró ella emocionada–. Bueno, creo que será mejor que me duche. Me siento muy sucia y sudorosa después de tanto andar por todo París.

–Pues aprovecha que tenemos esa gran ducha de mármol –le dijo Angelo con un brillo especial en los ojos–. De hecho, los dos podríamos aprovecharla.

Lucia se quedó sin aliento. Recordó entonces todo lo que habían hecho en la ducha de Angelo.

–No te preocupes –continuó él riendo–. Ya habrá tiempo para eso más tarde. Antes, dúchate y cenaremos.

–Está bien.

Fue al baño, se desnudó y se metió bajo el poderoso grifo de agua caliente. No entendía por qué las palabras de Angelo le habían inquietado. Quería hacer el amor con él, había soñado con ello, pero... Tenía miedo de que el sexo pudiera echar a perder la relación que estaban tratando de construir. No quería defraudarlo.

–Ya basta –se dijo en voz alta–. Deja de ser tan pesimista.

Había vivido siempre de esa manera y estaba cansada. Quería soñar y creer en ellos dos.

Después de la ducha, se puso su nuevo vestido y los zapatos de tacón.

Se miró en el espejo, casi no se reconocía. Se había dejado el pelo suelo y sus ojos reflejaban ya el deseo que sentía por ese hombre. El vestido destacaba sus curvas y los zapatos hacían que sus piernas parecieran interminables.

Respiró profundamente y fue hasta la terraza. Angelo ya estaba allí. También se había duchado. Llevaba unos pantalones grises y una camisa blanca. Se quedó sin aliento al verlo.

Lo amaba tanto...

–*¡Bellissima!* –le dijo Angelo yendo hacia ella–. *Mi cucciola.*

No le importó que la llamara así, sabía que era parte de su historia, de quiénes eran.

–Tienes un aspecto tan delicioso que podría comerte –le dijo él–. Y me muero de hambre.

Charlaron y rieron mientras cenaban con esas maravillosas vistas. Nunca se había sentido tan feliz y sabía que a Angelo le pasaba lo mismo.

Cuando por fin se hizo de noche, Angelo tomó su mano y le señaló la Torre Eiffel.

–Mira.

Acababan de encender las luces de la torre, que brillaba como una joya en el centro de la ciudad.

–¡Dios mío! –exclamó sin poder contener su emoción–. ¡Qué maravilla! No sabes cuánto me alegra poder haber visto todo esto.

–Y a mí me alegra haberlo visto contigo.

Se volvió entonces hacia Angelo y vio cómo la estaba mirando.

–Hazme el amor, Angelo –le susurró con algo de inseguridad.

Angelo sonrió. Se levantó y tomó su mano. Entraron de nuevo en la habitación y la llevó hasta la enorme cama con dosel.

–Estás temblando –le dijo Angelo al abrazarla.

–Es que estoy algo nerviosa –le confesó–. Esta vez es diferente, ¿no te parece? Tiene que serlo. Las otras veces… Ocurrió de manera urgente y apasionada. Con prisas…

–Bueno, no fue así en la ducha –le recordó él.

–Es verdad –repuso ella riendo–. Pero, aun así, sentía que era algo temporal.

–Esto no lo es –le dijo Angelo–. Esto es solo el comienzo, Lucia. Y es para siempre.

La besó entonces suavemente y ella se quedó sin aliento. Poco a poco, sus labios se abrieron y el beso fue haciéndose más apasionado. Apenas podía pensar, la inundaba el placer.

Lentamente, Angelo fue desnudándola como si fuera una valiosa y frágil obra de arte. Le bajó los tirantes del vestido y se lo quitó. No tardó en quedarse solo con la ropa interior y los zapatos de tacón.

Angelo la miró de arriba abajo.

–Mi fantasía… Casi –le dijo Angelo mientras le desabrochaba el sujetador y se lo quitaba.

Con sus braguitas hizo lo mismo.

Estaba desnuda, solo llevaba los zapatos, pero no se sentía avergonzada, sino poderosa, sexy y muy deseada.

Sonrió y comenzó a desabotonar su camisa.

–Vamos a cumplir ahora mi fantasía…

–¿Cuál es? –le preguntó Angelo con la voz cargada de deseo.

–Verte completamente desnudo…

Le quitó la camisa y desabrochó su cinturón. Podía sentir cómo contenía el aliento.

No tardó en deshacerse de sus pantalones y los boxers hasta que quedaron los dos desnudos.

Lucia se quitó entonces los zapatos y Angelo suspiró fingiendo decepción.

–Bueno, se acabó la fantasía…

–Creo que podría mejorarla.

–Estoy seguro de ello. De hecho, tiene más que ver contigo que con los zapatos.

Tomó su mano y la llevó a la cama. Era increíble estar así con él, abrazados y desnudos sobre el colchón. Sus cuerpos encajaban a la

perfección, como las piezas de un puzle. Había echado mucho de menos ese calor y esa conexión que tenían.

Una conexión que se fue reforzando con cada caricia y cada beso. Lucia se arqueó hacia él, sin poder controlar sus gemidos cuando Angelo comenzó a acariciarla de la manera más íntima con las manos y la boca, con sus dedos y sus labios.

Era un mundo increíble de sensaciones. Ella también lo acarició y se deleitó con cada centímetro del su cuerpo. Al principio, con timidez e inseguridad, pero no tardó en ganar confianza y sentirse muy poderosa al ver cómo reaccionaba él y el placer que podía darle.

Sentía que conocía ya a la perfección su cuerpo y su alma, pero quería más, necesitaba más, anhelaba esa unión completa y perfecta de sus cuerpos.

–Angelo...

–Aquí estoy, *mi cucciola* –susurró mientras la hacía rodar hasta que ella quedó boca arriba–. Aquí estoy, *amore mio*.

Angelo no tardó más de unos segundos en ponerse un preservativo y deslizarse dentro de ella, llenándola por completo, dejándola sin aliento. Le clavó las uñas en los hombros y lo rodeó con sus piernas para sentirlo aún más cerca, más dentro de ella.

–Te amo, Angelo... –gimió ella casi sin aliento y dejándose llevar por el más absoluto de los placeres.

–Te amo –respondió también Angelo con la voz entrecortada.

La besó entonces mientras su cuerpo temblaba de placer y llegaban juntos al clímax. A un clímax más hermoso y perfecto que nunca.

Sus palabras aún resonaban en su cabeza mientras yacía en sus brazos, saciada y agotada. Le había dicho que la amaba. De verdad lo había hecho, pero no sabía si de verdad lo habría querido decir o si se le habría escapado en medio de la intensidad del momento.

–Te estás preguntando si lo he dicho en serio, ¿verdad? –adivinó Angelo mientras le apartaba un mechón de la cara y se miraban a los ojos.

–¿Lo hiciste?

–Sí –le dijo Angelo.

Parecía tranquilo y seguro, pero un poco triste.

–Sí. Pero esto es nuevo para mí, Lucia. Nunca he amado a nadie. Nunca me lo he permitido.

–Lo sé –respondió ella en voz baja.

–Te quiero. Aunque no me resulta fácil ni cómodo admitirlo –le confesó con una sonrisa temblorosa–. Pero me siento bien. Y ahora

no puedo vivir sin ese amor. Sin ti.

Hicieron el amor de nuevo, incluso más lentamente que la primera vez.

Después, se ducharon juntos, enjabonándose mutuamente antes de hacer el amor una tercera vez. Cuando terminaron, Lucia se echó a reír con la cara enterrada en el cuello de Angelo.

–¡Dios mío, Angelo! Mañana voy a estar agotada.

–Mejor, así tenemos una excusa para pasar todo el día en la cama.

–¿No tienes nada que hacer? ¿Reuniones? ¿Trabajo? –le preguntó ella mientras salían de la ducha y volvían al dormitorio.

Se acostaron en la cama, acurrucados el uno contra el otro, esa vez para dormir. Angelo la acarició con ternura durante unos minutos antes de contestar.

–Puedo tomarme uno o dos días libres –le dijo finalmente.

No pudo evitar sentirse algo decepcionada.

–Uno o dos días –repitió ella.

–Esta vez el viaje tiene que ser breve. Pero ya habrá otros momentos y otros sitios, Lucia. Otras escapadas –le prometió Angelo.

Ella lo miró fijamente, quería aceptar lo que le decía y creer en él, pero algo la detenía.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Angelo–. Estás frunciendo el ceño.

–No quiero una relación que se base solo en escapadas de vez en cuando –le dijo ella–. ¿De qué estamos escapando en realidad, Angelo?

–No era eso lo que quise decir –le contestó él–. Me refería a que ya tendríamos otras vacaciones, otras ciudades, otros hoteles... Quiero mostrarte el resto del mundo.

–Y yo quiero verlo contigo –le aseguró ella.

Le habría encantado poder dejar las cosas así y contentarse con lo que tenían, pero no podía. Seguía teniendo miedo y dudas. Y supo que la única manera de acabar con esas sensaciones era siendo clara con él.

–Pero esos viajes por el mundo no son la vida real, Angelo.

–Podrían serlo.

–Pero... ¿Qué hay de mi vida en Sicilia? ¿Y tu vida? ¿Qué va a pasar cuando volvamos?

–No lo sé, ya lo decidiremos. No tienes por qué seguir trabajando como camarera de hotel si no quieres.

Sabía que le estaba costando sugerirle algo así y no exigírselo. No quería volver a ofenderla. Tenía muy claro que Angelo no

deseaba que siguiera fregando suelos y limpiando baños.

La verdad era que a ella tampoco le gustaba. Por eso no entendía por qué se empeñaba en aferrarse a su trabajo. Quizás lo hiciera por orgullo y por miedo. Dejar su empleo era casi como asumir que iba a vivir de Angelo, como si fuera una mantenida o su amante.

–No sé qué otra cosa podría hacer –le dijo ella.

–He estado pensando en eso. Te gusta ayudar a mujeres como Maria, ¿no ?

–Sí...

–Entonces, ¿qué te parecería poner en marcha una asociación benéfica que se encargue de alfabetizar a mujeres como ella? Mujeres que tuvieron que dejar la escuela muy pronto para poder trabajar. Podrías enseñarles tú misma, ayudarlas en lo que necesiten. Me encantaría proporcionarte la financiación inicial que necesites para...

Ella sintió cómo crecía una nueva esperanza dentro de ella y lo abrazó con fuerza.

–¿Harías eso por mí? –le preguntó ella.

–Por supuesto. Y también por esas mujeres. Me habría gustado poder seguir estudiando y sé lo frustrante que es tener que trabajar desde muy joven y sufrir por no tener los estudios y las oportunidades que uno querría.

Lucia le dio un suave y tierno beso en los labios.

–Eres muy buena persona, Angelo.

Él sonrió y siguió abrazándola. Se quedaron unos minutos en silencio.

No dejaba de darle vueltas a la sugerencia que acababa de hacerle y al futuro que se les presentaba. No terminaba de estar tranquila.

«Déjalo, Lucia. Déjalo estar y sé feliz. Es mucho más de lo que soñaste tener», se dijo ella.

Pero no podía hacerlo.

–¿Y tú, Angelo? ¿Qué vas a hacer cuando volvamos a Sicilia? ¿Qué clase de hombre vas a ser? Está en tu mano decidirlo.

Sintió cómo el cuerpo de Angelo se tensaba.

–Soy como soy, Lucia.

–Sé cómo eres y te quiero. Pero tú mismo me has dicho que en Sicilia te conviertes en alguien distinto, alguien que no deseas ser. No quiero que vuelvas y actúes como alguien que no eres en realidad. Sé que eres capaz de hacer mucho bien.

Angelo se quedó mirando al techo sin contestar y ella contuvo el

aliento. Esperaba que entendiera a lo que se refería. Tenía que renunciar a esa terrible venganza…

–Tienes razón –le dijo al fin–. No quiero ser ese chico que siempre tenía que pelearse en la escuela para defenderse, ese chico rechazado por su propia familia. Cuando estoy en Sicilia, es así como me siento, como un mendigo en una fiesta de los Corretti. Por eso lo estoy haciendo. Puede que lo veas como una venganza, pero no es solo eso. Trato de mostrarles que ya no soy ese chico, sino alguien a tener en cuenta.

Se le llenaron de lágrimas los ojos.

–Pero Angelo. Yo me enamoré de ese chico…

Por un momento, pensó que lo había entendido.

–¿Y no sientes lo mismo por el hombre en el que se ha convertido ese chico? –le preguntó Angelo sin poder ocultar el dolor en sus ojos.

A Lucia le costaba respirar. Era muy difícil tener esa conversación tan dura y complicada con él cuando solo hacía unos instantes que habían estado haciendo el amor.

–Te quiero, Angelo, pero esta venganza que quieres llevar a cabo… Creo que está acabando contigo. Y con nosotros. No lo ves, pero es así. ¿Por qué crees que sufriste esa migraña…?

–Siempre he tenido dolores de cabeza.

–¿Y por qué crees que es así? ¿Por qué sigues enfadado e infeliz después de conseguir tanto por tus propios méritos? ¿Por qué te sientes aún tan vacío?

Él la miró sin decir nada. Temía que se volviera a cerrar en sí mismo.

–¿Por qué crees tú que es así? –le preguntó Angelo finalmente.

–Porque la venganza no te satisface, Angelo. A pesar de la riqueza, el poder y el éxito, sigues sintiéndote tan vacío como lo estabas tras el funeral de tu padre, cuando viniste a verme.

–No…

Angelo se apartó de ella y se sentó en la cama. Ella hizo lo mismo. Por dura que fuera, sabía que tenían que tener esa conversación.

–Sé que no quieres oírlo, pero tengo que decírtelo. Nuestro amor no puede sobrevivir en medio de tu sed de venganza, Angelo. Tienes que olvidarte de ello.

–Se trata de negocios , Lucia.

–No, no lo es. Es mucho más que eso. A mí no puedes mentirme.

–¿Crees acaso que me gusta sentirme así y que disfruto viendo cómo se burlan de mí los Corretti? –le preguntó fuera de sí mientras

se levantaba de la cama y comenzaba a vestirse.

–¿Y crees que arruinarles la vida hará que te sientas mejor?

–Sí.

–No, Angelo –lo contradijo ella–. No vas a sentirte mejor. A lo mejor así consigues que te respeten, pero no es eso lo que quieres.

–¿No? –repuso Angelo con sarcasmo–. ¿Sabes acaso mejor que yo lo que quiero?

–Que te quieran –repuso ella–. Y no van a hacerlo. No puedes obligar a nadie a quererte. Pero yo sí te quiero, con todo mi corazón. El amor es lo único que puede llenar ese vacío. Deja que mi amor sea suficiente.

Angelo no respondió. La miró fijamente, pero su cara no expresaba nada.

Lucia contuvo la respiración y esperó. No sabía qué iba a hacer si Angelo le decía que su amor no era suficiente.

–No me hagas elegir –le advirtió Angelo.

–¿Y si lo hiciera? –repuso ella con lágrimas en los ojos–. ¿Elegirías la venganza?

–No tiene por qué ser así –repuso impaciente mientras se ponía la camisa–. Eres tú la que está obsesionada con destruir las cosas. ¿Por qué tratas de echar a perder lo que tenemos? Ha estado muy bien hasta ahora, ¿no te parece?

–Ha sido increíble –susurró ella–. La experiencia más maravillosa de mi vida.

–Entonces, ¿por qué no dejas las cosas como están? ¿Por qué sigues pidiéndome más?

–Porque en eso consiste el amor, Angelo –respondió ella tratando de no llorar–. No se puede amar solo parte de una persona, hay que amar todo lo que esa persona es. Y así es como quiero quererte. Pero no puedo...

–¿No puedes seguir queriéndome si continúo con mis planes? Me da la impresión de que tu amor no es incondicional, Lucia. Es como si estuvieras tratando de manipularme. Como hice yo contigo cuando te sugerí, poco más o menos, que te convirtieras en mi mantenida. Quería ponerte en un compartimiento de mi vida, era lo más cómodo para mí. Tú estás haciendo lo mismo.

–No, no es así –insistió ella con lágrimas rodando por sus mejillas–. Yo estoy tratando de liberarte y...

Angelo levantó una mano.

–Basta, no quiero seguir con esta ridícula discusión. ¡Nada de lo que hago es suficiente para ti!

–Eso no es justo. Yo nunca te he pedido nada. Ni los diamantes,

ni la ropa ni un viaje a París. Solo quiero tenerte a ti, al verdadero Angelo.

–Este es el verdadero Angelo –replicó él con firmeza.

Se dio la vuelta y salió de la habitación.

Capítulo 12

Angelo se quedó muy pensativo mirando por la ventana del avión. No podía dejar de pensar en la discusión que habían tenido la noche anterior. Estaba cansado de que Lucia tratara de analizarlo como si fuera su psicóloga. Le parecía increíble que lo hubiera acusado de hacer todo lo que hacía porque quería que los Corretti lo quisieran. Creía que era absurdo.

Solo deseaba vengarse y que se hiciera justicia. Pero Lucia no parecía entenderlo ni aceptarlo.

Había llegado a la conclusión de que en realidad no lo quería. A lo mejor Lucia se había convencido a sí misma de que lo amaba, pero no podía ser así.

Por eso regresaba solo a Sicilia. Lucia se había ido esa misma mañana y él había organizado varias reuniones con los accionistas a los que creía que iba a poder convencer más fácilmente. Si todo iba bien, podía hacerse con el control de Diseños Corretti esa misma noche.

Estaba más decidido que nunca a hacerse con todas las empresas de sus enemigos. Quería demostrarle a Lucia que estaba equivocada.

Se quedó entonces sin aliento.

No entendía por qué estaba reaccionando así. Estaba actuando como un niño pequeño, como el niño que había sido, intentando que alguien lo quisiera.

Lucia lo había hecho y le había pedido que lo tomara y se conformara con ese amor, pero para Angelo no había sido suficiente.

Estaba tan confundido...

Una parte de él creía que Lucia le había pedido demasiado, no podía renunciar a sus planes. No se imaginaba su vida sin ese propósito, creía que eso haría que se sintiera más vacío aún.

Pero, por otro lado, no sabía si su plan de venganza podría cambiar las cosas. Si comprar una empresa más de los Corretti iba a hacer que se sintiera mejor, satisfecho, completo o feliz.

Suspiró frustrado. Sabía que no iba a sentirse mejor. Pero, aun así, no podía renunciar al odio que lo había empujado a estar donde estaba.

Lucia miró a su alrededor. Había alquilado una pequeña habitación en un hostal, cerca de la Gare du Nord. Había ido allí directamente después de dejar a Angelo en la suite del hotel.

Sabía que a Angelo le había sorprendido ver que estaba decidida a irse esa misma mañana. A lo mejor había pensado que solo trataba de montar una escena, pero no había sido así. No había podido soportar la idea de seguir ni un minuto más a su lado. No pensaba regresar a Sicilia en jet privado ni pedirle que siguiera con ella.

Se daba cuenta de que había decidido irse para evitar que la volviera a abandonar él. Estaba muy triste e inquieta, pero creía que había tomado la decisión correcta.

Mientras Angelo quisiera seguir adelante con su vengativo plan, creía que nunca podrían tener una relación. Estaba segura de ello, pero, aun así, temía haberlo presionado demasiado.

Estaba muy angustiada, tenía que salir de su pequeño cuarto.

Pasó horas paseando por París, perdida en una neblina de tristeza y dudas. No podía evitar la sensación de que había cometido un terrible error. Pero no le parecía que le hubiera quedado otra opción.

No podía volver a Sicilia y ver cómo Angelo trataba de arruinar a los Corretti. Creía que eso lo convertiría en una persona aún más amargada e infeliz.

Sabía que le había puesto en una situación muy complicada, dándole un ultimátum.

Se había convencido de que había actuado por amor a él, pero en realidad lo había hecho por miedo. Siempre había estado actuando por miedo.

Se quedó mirando fijamente la Torre Eiffel en la distancia. No pudo controlar las lágrimas.

Se dio cuenta de que había cometido un terrible error y no sabía cómo arreglarlo.

Empezaba a atardecer y, cuando desaparecieron los últimos rayos de sol, se iluminaron las luces de la Torre Eiffel. Le parecía increíble que solo hubieran pasado veinticuatro horas desde que Angelo se lo mostrara. Recordaba muy bien el amor que había visto en ese instante en sus ojos.

Lamentaba no haberle dado el tiempo, el espacio y el apoyo que necesitara para tomar la decisión que sabía que podía llegar a tomar por su cuenta. Pero no lo había hecho. Se había limitado a

presionarlo, a darle un ultimátum y a irse de su lado.

Y ahora se daba cuenta de que necesitaba recuperarlo.

–No es que no confiemos en Luca Corretti...

–Por supuesto que no. Esto es una buena decisión de negocios, nada más –repuso Angelo mientras sonreía al banquero milanés que iba a ayudarlo a orquestar su plan.

Creía que así iba a poder convencer a los demás accionistas para quitarle a Luca el puesto de director general y ponerle a él en su lugar. Y así iba a lograr que Diseños Corretti fuera suya. Sabía que debía estar contento. Pero, cuando miraba a ese hombre, solo podía pensar en que se estaba comportando como un traidor.

Y Angelo no estaba satisfecho, se sentía vacío. Diseños Corretti no iba a proporcionarle ninguna alegría, solo era otra empresa para su cartera de negocios.

La compañía de Lucia había sido lo único que había conseguido aplacar su ira y su dolor.

–¿Señor Corretti?

La voz del hombre lo devolvió al presente.

–Aquí tengo el documento. Necesitamos seis firmas, la mitad de la junta directiva –repuso Angelo mientras le ofrecía el papel.

Vio que sacaba su estilográfica y analizaba el documento que iba a darle el control sobre la empresa de su primo. Pensó en Luca y en la admiración que había sentido por su trabajo.

Su primo le había dicho que para él no se trataba de negocios, que era algo más.

Se dio cuenta en ese instante de que, tal y como le había dicho Lucia, lo que quería era la aceptación de su familia, que lo quisieran.

–¡Espere! No firme.

El banquero lo miró sorprendido .

–¿Cómo?

–No firme –respondió Angelo–. He cambiado de opinión. Luca Corretti es perfectamente capaz de mejorar los beneficios de su empresa si llega a ser necesario. No tengo que hacerlo yo.

Tomó el documento y lo rompió.

–No necesito hacer nada de esto...

El hombre lo miraba boquiabierto. Angelo se levantó de la mesa.

–Perdone, pero debo despedirme. Tengo que tomar un avión.

Lucia había tardado día y medio en regresar a Sicilia. Como no tenía dinero para el billete de avión, había tenido que tomar un tren a Milán, otro a Génova y, después, un ferry de veinte horas hasta Palermo. Cuando llegó al hotel estaba agotada y sucia. Necesitaba desesperadamente una ducha y una comida caliente, pero se olvidó de todo eso porque tenía algo mucho más importante en mente, encontrar a Angelo.

Los botones la miraron con asombro al verla entrar. Supuso que, sin el uniforme, no la reconocían y tampoco iba vestida como una huésped habitual del hotel. La recepcionista se le acercó rápidamente.

–*Scusi, signorina* –le dijo con frialdad–. ¿Puedo ayudarla?

–Estoy buscando a Angelo Corretti.

–Me temo que no está disponible...

–Iré a comprobarlo por mí misma.

Vio que la mujer tomaba el teléfono, sin duda para llamar a la seguridad del hotel. Solo le faltaba que la echaran de allí y que la despidieran del trabajo, pero prefería no pensar en eso.

Lo que estaba a punto de hacer era más importante.

Apretó el botón del ascensor y rezó para que le diera tiempo a meterse dentro antes de que la echaran. Vio a dos hombres uniformados ir hacia a ella justo cuando las puertas se abrieron.

Se quedó boquiabierta al ver al propio Angelo saliendo del ascensor.

La miró con asombro e incredulidad.

–¡Lucia!

–*Scusi, signor* Corretti –le dijo uno de los guardias mientras la agarraba del brazo–. Venga conmigo, *signorina*...

–¡Suéltala ahora mismo! –le ordenó Angelo–. Esta mujer no es solo una empleada del hotel, sino que además es mi invitada.

Él la miró y Lucia sintió de nuevo renacer la esperanza en su corazón.

–Lucia... –le dijo en voz baja y con urgencia.

–¿Podemos...? ¿Podemos ir a hablar a algún otro sitio?

Angelo asintió con la cabeza, pero cambió de opinión.

–No, lo que tengo que decirte yo, puedo hacerlo aquí, delante de todos.

Lucia tragó saliva, le dio mala espina.

–Tenías razón, Lucia. Tenías razón en todo.

–¡Angelo! No, en realidad...

–Me convencí de que lo que estaba persiguiendo era mi sueño, pero conseguirlo no me ha hecho feliz. Me sentía solo y vacío. Tú

eres la única que me llena, Lucia, la que me quiere. Y desprecié tu amor a cambio de algo que no me ha dado más que insatisfacciones y amargura. Pero no voy a seguir con ello. No quiero vengarme de nadie, eso no va a cambiar el pasado ni lo que otros puedan pensar de mí.

–¡Angelo! –exclamó con lágrimas en sus mejillas mientras tomaba sus manos–. Y yo vine para decirte que estaba equivocada, que no debería haberte dado un ultimátum ni obligarte a elegir lo que de verdad querías cuando estaba claro que aún no estabas preparado para ello y que nuestra relación era aún algo muy nuevo –agregó con sinceridad y emoción–. Lo hice porque seguía teniendo miedo a que me dejaras y te empujé a hacerlo para no seguir sufriendo. Pero fue un error, no debería haberlo hecho.

–No pienso irme de tu lado –le aseguró Angelo–. Nunca lo haré. Te quiero y deseo pasar el resto de mi vida contigo, envejecer contigo y tener más hijos si estás dispuesta.

–Sí –susurró ella casi sin voz–. Claro que sí. Es lo que más deseo.

–Yo también –repuso Angelo con una gran sonrisa.

Y allí, en el centro del vestíbulo del hotel, plantó una rodilla en el suelo y tomó su mano derecha entre las de él. Se quedó sin respiración al ver sus ojos llenos de amor.

–Lucia Anturri, te quiero más que a mi misma vida. ¿Quieres casarte conmigo?

Sin decir nada, Lucia asintió con la cabeza. Le dolía demasiado la garganta para poder hablar.

–Levántate –susurró por fin con una sonrisa llorosa–. Levántate para que pueda besarte.

–Buena idea –le dijo Angelo riendo.

La tomó en sus brazos y la besó apasionadamente.

A su alrededor, el personal y los huéspedes del hotel Corretti comenzaron a aplaudir con entusiasmo.